BOGOTÁ CUENTA

Una ciudad entrelíneas

ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

BOGOTÁ
Instituto Distrital de las Artes

Bogotá cuenta

Una ciudad entrelíneas

Talleres Distritales de Escritura
Ciudad de Bogotá

Talleres Red Comunitaria Trans

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES IDARTES
BOGOTÁ

Alcaldía Mayor de Bogotá

Claudia Nayibe López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Nicolás Montero Domínguez
Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes-Idartes

Catalina Valencia Tobón
Directora General

Paula Villegas Hincapié
Subdirectora de las Artes

Carlos Mauricio Galeano Vargas
Subdirector de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén
Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera
Subdirectora Administrativa y Financiera

Adriana Martínez-Villalba
Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa
Coordinador Escrituras de Bogotá 2017-2018

Carlos Ramírez Pérez
María Camila Jaramillo Laverde
María Eugenia Montes Zuluaga
Olga Lucía Forero Rojas
Yenny Mireya Benavídez Martínez
Equipo de la Gerencia de Literatura

María Barbarita Gómez
Coordinación editorial

Jineth Ardila Ariza
Selección, edición y cuidado de textos

Mónica Loaiza Reina
Diseño

Ángel David Reyes Durán
Diagramación

XXXXXXXXXX
Impresión

© Instituto Distrital de las Artes - Idartes
© Andrés Acosta, Paula Castillo, Tatiana Duplat Ayala, Héctor Darío Gómez, Jerson José Hernández, Jesús Enrique Hernández Pardo, Lucadorado, Pavel Andrés Molano Rincón, Erika Patricia Mora Rodríguez, Luna Laverde, Ángel López Castiblanco, Sara Luna Ángel, Angie Reyes Melo, Diana Sarasti Realpe, Cris Tengono, María Catalina Vanegas Rodríguez, Brian Velasco

Mayo de 2021
ISBN impreso: 978-958-5595-24-8
ISBN digital: 978-958-5595-25-5

Idartes
Carrera 8 # 15-46
Bogotá, D.C., Colombia
(57-1) 379 5750
contactenos@idartes.gov.co /
www.idartes.gov.co

Contenido

§

9 Presentación
Catalina Valencia Tobón

15 Una ciudad entrelíneas
Bogotá cuenta 2019
Jineth Ardila Ariza

22 Talleres y directores de taller

23 Talleres Distritales de
Escritura Ciudad de Bogotá

25 Narrativa y crónica

27 *La importancia de las cosas inútiles*
Por Jerson José Hernández

41 *Shhhh*
Por Angie Reyes Melo

50 *Cuatro caprinos*
Por Andrés Acosta

62 *La copera, un oficio en vía de extinción*
Por Héctor Darío Gómez

72 *El Castillo: un perdón que esperó 200 años*
Por Tatiana Duplat Ayala

79 Poesía

81 *Moscas, Cenizario de viento y Caída u homicidio culposo*
Por Lucadorado

84 *Piojos, La maestra me obligaba a enredar las letras...*
y Mi abuela se baña en el olor del cielo...
Por Paula Castillo

86 *Carboneras y Detalles mínimos*
Por Erika Patricia Mora Rodríguez

89 Narrativa gráfica

91 *Vida creativa*
Por Diana Sarasti Realpe

95 *¿El Tunal?*
Por Jesús Enrique Hernández Pardo

98 *El hombre que calculaba*
Por Pavel Andrés Molano Rincón

101 *La sed con la que el otro bebe*
Por María Catalina Vanegas Rodríguez

105 Talleres Red Comunitaria Trans

107 *Acercamiento preliminar a una definición simplificada de la Luna*
Por Sara Luna Ángel

110 *Las machas, la loca y las hijueputas ganas, no de verga o culo, sino de tomarme un verraco café*
Por Cris Tengono

115 *Automutilación social*
Por Ángel López Castiblanco

117 *Qué gonodea*
Por Brian Velasco

120 *Mortopía*
Por Luna Laverde

Presentación

Catalina Valencia Tobón
Directora general
Idartes

§

Este libro es el resultado del proceso de formación Escrituras de Bogotá, de la Gerencia de Literatura del Instituto Distrital de las Artes-Idartes, que ofreció los Talleres Distritales de Escritura Ciudad de Bogotá en el primer semestre de 2019, y la Red de Talleres Locales de Escritura en el segundo semestre de 2018. Este programa de formación es un espacio que posibilita el aprendizaje de herramientas estéticas y narrativas a partir de talleres de escritura creativa que permiten a los asistentes contar sus historias con las técnicas propias de la creación literaria.

Los Talleres Distritales hacen parte de la Red de Talleres de Escritura Relata, del Ministerio de Cultura, que en el primer semestre de este año contaron con una inscripción de 2.095 personas para cuento, novela, crónica, poesía y narrativa gráfica. En 2018 la Red de Talleres Locales de Escritura tuvo 1.845 inscritos, de los cuales fueron seleccionados 700 participantes, que se dividieron en grupos de 35 personas y se repartieron en cada una de las 19 localidades y en un taller virtual.

Una de las innovaciones este año fue la apertura del Taller Distrital de Narrativa Gráfica en el primer semestre de 2019, que contó con 211 inscritos, de los cuales fueron seleccionados 40 participantes y 28 de ellos obtuvieron certificado por haber asistido a más del 80 % de las sesiones.

Es un honor incluir en esta publicación el resultado de la alianza entre la Gerencia de Literatura del Idartes y la Red Comunitaria Trans, que logró, por medio de talleres dirigidos por Henry Gómez (poesía) y Giuseppe Caputo (narrativas), la participación de personas no binarias, hombres y mujeres transgénero, desde habitantes de la calle y trabajadores sexuales, hasta estudiantes universitarios, líderes y activistas sociales.

Este libro se compone de 4 narraciones gráficas y 48 textos con los que nos acercaremos a una ciudad imaginada y contada "entrelíneas" a través de la escritura de sus habitantes. La selección de los textos estuvo a cargo de la editora Jineth Ardila, quien

realizó una minuciosa curaduría del material literario resultado del programa Escrituras de Bogotá, así como el cuidado de los textos y la propuesta editorial del libro cara y cruz. Agradecemos a ella su trabajo y dedicación para esta edición de *Bogotá cuenta. Una ciudad entrelíneas*. §

§

§

Una ciudad entrelíneas
Bogotá cuenta 2019

Jineth Ardila Ariza
Editora

§

¿Qué cree usted que va a encontrar en esta antología de textos generados en los talleres locales de escrituras creativas que recorren la ciudad de extremo a extremo, de Bosa o Usme a Suba o Usaquén, o en los talleres distritales de género a género, o en los de la red comunitaria trans?

En primer lugar no encontrará textos de aficionados.

Talleres de escrituras y pregrados o maestrías en creación literaria son espacios emparentados de profesionalización de la escritura. Es así como *Bogotá cuenta* reúne cada año un abanico de escritores en formación, entre los cuales no sorprende encontrar que un alto porcentaje tiene publicaciones recientes en medios que gozan de la voluntad de riesgo de los independientes y de la democratización de las plataformas virtuales.

En segundo lugar no será clara para usted la clasificación por géneros.

En estos textos se desvanecen los límites que separan la ficción de la no-ficción, cuentos que parecen crónicas, crónicas que se leen como relatos, relatos que se mueven entre lo autobiográfico y la autoficción, narraciones que se vuelven versos y versos que se vuelven prosa.

En tercer lugar no queda rastro de la literatura negra o policíaca; queda un relato apocalíptico, más alegórico que propio de la ciencia ficción; y dos o tres textos metaliterarios, es decir, cuyo asunto es la misma literatura.

Se puede adelantar un diagnóstico: la escritura creativa está más obsesionada por contar lo que pasa en el mundo que por lo que pasa en las páginas de un libro; más obsesionada por la realidad y sus posibilidades de representación que por el mundo del texto y sus juegos y experimentos. No se dejan ver mucho por aquí, como en otra época, el detective socarrón, ni la chica sexy malvada, ni la Bogotá del año 3000, ni los experimentos con la figura del autor, con la creación, con el texto como personaje. Cada época histórica que vive una ciudad determina de algún modo su escritura. Los nuestros son tiempos de reflexión y activismo. A los tiempos de

reflexión, resistencia y activismo social responden los autores con una multiplicidad de recursos que beben en las varias formas del realismo.

Y puesto que son textos sobre la realidad, ¿cómo son representados la ciudad y el país?

La mirada que ofrece la mayoría de los textos sobre la ciudad y el país no es en absoluto tranquilizadora. Obliga a enfrentar las diferentes maneras en las que experimentamos duelos y violencias de distinta naturaleza en nuestro territorio, la vida como un deporte de alto riesgo asociada a la vulnerabilidad social y económica, las pérdidas, los abandonos, otro tipo de ausencias, el suicidio, el desamor y la desesperanza… Son textos valientes, que cuentan las calles, lo local y lo nacional, con una potencia de expresión que crea caracteres sólidos, no de tesis ni estereotipados, pero que no eluden la denuncia, por ejemplo, de los abusos y homicidios macabros de niños y niñas de los que hemos tenido noticia y que han dejado una huella mnémica que bien puede corresponder a un trauma social, colectivo, que exige ser tramitado de algún modo a través de la escritura.

Para Guiseppe Zarone, el estado de desasosiego de la escritura frente a la ciudad es propio de la experiencia metafísica que tenemos de ella, como un espacio que

> […] se impone a la atención de todos como una catástrofe: el darse inesperado e imprevisto de una rápida y arrolladora mutación de la existencia humana, capaz de influir sobre los horizontes de la vida de los hombres según el modo, conocido y vivido, de un general desarraigo, según aquella desplazante situación de la ciudad "inhabitable", "inhóspita", "instigadora de discordia" y de "agresividad"

> […]. Un fenómeno que, puede suponerse, está en el origen tanto de angustias individuales y de sufrimientos sociales y morales, como de las nuevas condiciones de libertad. *[Metafísica de la ciudad]*

Lo que es propio de la ciudad en la que vivimos es la forma como se manifiestan esas *angustias individuales y sufrimientos sociales y morales* en la escritura que se refiere a ella. Cada familia infeliz lo es a su manera, repito de memoria a Tolstoi; cada ciudad infeliz lo es a su manera, parafraseo; las felices se parecen todas (o no existen).

Inenarrable, antilírica, deambula también, entrelíneas, en estas escrituras de la ciudad una voluntad de hacer y de decir: aquí estamos, todavía no estamos muertos, nos vamos de fiesta, escribir es un goce en sí mismo, hay gente linda por aquí, como la Chica Morena del cuento de la fila o el chico de pelo azul, no binario, que salva a otro de la humillación del escupitajo de un macho homofóbico. O el humor cruel del volante que ofrece ayudar con la logística del suicidio. O la mamá venezolana que escribe un poema desolador que es también una canción de cuna para su hija.

¿Y los jóvenes? ¿Cómo ven la ciudad?

Están por todas partes… Muchos de los personajes y yo poéticos son niños o son jóvenes. Su mirada es implacable: la de los niños sobre la familia, que abandona, malcuida, maltrata o simplemente no los ve; la de los jóvenes es implacable sobre las instituciones. Pero al mismo tiempo es evidente su participación activa en la vida de la polis: son narradores o voces poéticas que dicen con desparpajo saludable el modo como asisten a los eventos públicos masivos en la ciudad, que cuentan sus formas secretas de disfrutar del clima que convierte en "sardinas" a los transeúntes, del teatro, de la música, del baile, de la calle, del parque, del parche, de las largas filas (Bogotá es una ciudad de filas y "fileros"), de la espera… volcados

a la experiencia del espectáculo callejero o masivo y gratuito. Esa (el acceso a las artes en la ciudad), hay que decirlo, es la cara más positiva que ofrece Bogotá a través de estas escrituras.

¿Qué hay para leer entrelíneas?

Lo que usted encuentre. Yo leo que es el arte, que son las artes, cada vez menos binarias, cada vez más descuadernadas y como saliendo del clóset de las formas, las que le dan, todavía, al habitante "de a pie" de la ciudad algún tipo de consuelo. No las estrellas de las que estamos lejos y no vemos nunca por el fulgor de abajo. Sino lo que ocurre a ras de suelo, donde nos encontramos con la profesora del taller de música, o con los compañeros del taller de arte, de danza, de escrituras... Y el acceso libre y abierto a ellas, a las artes, como el acceso de los escritores en formación de este libro a su taller y a esta su publicación, es algo que vale la pena venir y conocer. Pase la página. Y comience a descubrir este retrato líquido, entrelíneas. §

§

Talleres y directores de talleres		
Directores Talleres Distritales de Escritura Ciudad de Bogotá 2019		
	Nombre	***Taller Distrital***
1	Henry Gómez	Poesía
2	Sergio Ocampo	Crónica
3	Fernanda Trías	Novela
4	Juan Fernando Hincapié	Cuento
5	Pablo Guerra	Narrativa gráfica
6	Henry Díaz	Narrativa gráfica
Directores Talleres Red Comunitaria Trans 2019		
	Nombre	***Taller Distrital***
1	Henry Gómez	Poesía
2	Giuseppe Caputo	Narrativas

Talleres Distritales de Escritura Ciudad de Bogotá

§

Narrativa y crónica

§

La importancia de las cosas inútiles

Por Jerson José Hernández

Nació en Bogotá en 1990. Profesor de español e inglés, licenciado de la Universidad Pedagógica. Ha participado en varios talleres de escritura en Bogotá. En la revista *Surgente, Letras informales* (Usme) ha publicado algunos de sus cuentos y poemas. Ganador del Concurso Relata, en la categoría poesía (2016), del Festival de las Artes de Usme, en cuento (2012) y en poesía (2015 y 2018). Finalista de la tercera versión de *Bogotá en 100 palabras* (2019).

El grupo de marionetas chileno 31 Minutos se presentará el próximo domingo 30 de junio en el teatro Jorge Eliécer Gaitán de Bogotá. El día viernes 28 se entregarán las boletas en la taquilla del teatro. La entrega se realizará por orden de llegada en el horario de 1:00 p.m. a 6:00 p.m. Cada adulto podrá reclamar dos boletas. [Publicación de Idartes en su fan page de Facebook, 20 de junio de 2019].

Sí, son *31 Minutos*, pero esta fila ya lleva 120 minutos. A ratos de pie, a ratos sentado en el andén. Estuve leyendo *La tejedora de coronas* para enhebrar el tiempo, el tiempo con nubes de llovizna, llovizna

con gotas suaves que mojaban las hojas del libro, libro que tuve que cerrar.

El cielo de Bogotá parece una caja de música; a ratos se abre para que suene la canción del cielo azul mientras el sol da vueltas como una bailarina con los brazos extendidos.

Entre toda la gente, y lean bien ese TODA, porque la fila da dos vueltas a la manzana, solo he visto a un niño, el resto somos adultos, algunos con canas: canas mezcladas entre mechones de colores, entre las rastas, entre los pelos de la barba. Todos somos adultos y cada uno con un rasgo que nos diferencia: botas de montañismo, gabanes larguísimos, chaquetas de cuero con flecos, tatuajes, crestas, expansiones, cabellos teñidos de rosa, verde biche, azul celeste… Yo también soy distinto: botas de montaña como otras, mochila arhuaca como otras y escribo en mi libreta como ninguno.

Escribir es otra forma de tejer el tiempo, de marcar ese tic-tac con un ritmo que alcance esas 31 pulsaciones por minuto que aquí todos anhelamos.

Al parecer, hay dos filas, y cada una rodea la cuadra del Jorge Eliécer desde sus costados opuestos así:

Esta teoría me parece coherente con lo que veo: una fila en dirección sur-norte y otra en dirección contraria. De acuerdo con la gráfica, pertenezco a la Fila 2, estoy entre los últimos y, me alegra decirlo, somos la fila que avanza.

Veo a otro niño.

Un par de personas delante de mí, hay una mujer que hace que esta fila valga la pena. Creo en Tulio Triviño, la marioneta principal de *31 Minutos*, como creo en Dios: sin verlo, pero creo en esta mujer como en mí mismo. Es alta, delgada y morena. Piernas espigadas y complexión atlética. Zapatos oscuros de plataforma corta, medias grises de hilo que suben hasta las pantorrillas, pantimedias negras, minifalda y blusa de encaje del mismo color, chaqueta de jean, guantes grises de lana y una maleta quechua con un parche que dice "Sexualismo, sexismo, cosificación". Su blusa de encaje deja ver, por instantes, la redondez mínima de los senos. Teticas. Breves, tersas, morenas. Cabello largo y oscuro con las puntas rubio ceniza. Y su rostro. Aquí quería llegar.

Con este, ya van tres niños en la fila: está sentado en el andén con la cabeza metida entre las piernas.

El rostro de la chica: lunares en las mejillas, la nariz y la frente; labios delgados, dientes largos y finos, nariz delicada, ojos oscuros e inmensos. La chica morena es de rasgos simples y con ellos hace magia.

Llovizna.

Cada uno de sus rasgos, por separado, no es llamativo, pero la chica morena es capaz de embrujar a las cuatro personas que conversan con ella. Sus ojos son dos galaxias que duermen detrás de sus párpados de nebulosa. Sus ojos se parecen a este sol bogotano: cuando brillan suspenden el instante.

La chica de cabello morado que estaba delante de mí acaba de irse no sin antes dejar malas noticias. Filas y malas noticias siempre van de la mano: al parecer hay una confusión al otro lado de la cuadra. Hay tres filas que, al llegar a una esquina, forzosamente

deben convertirse en dos, ocasión que aprovechan algunos (muchos) para colarse.

Aquí estamos. La sabiduría nos ha enseñado que las malas noticias nunca desmoronan una fila. Nosotros, los *filanderos*, somos de vocación tomista: queremos ver. Esperaremos hasta el final de la fila; ese abismo que me recuerda al de la golosa: el cielo de las boletas o el infierno del "lo sentimos mucho". Los *filanderos* no creemos en las malas noticias; que nos digan en la cara que perdimos el tiempo.

En la Fila 1, es decir, la fila opuesta, una mujer mata el tiempo leyendo un libro voluminoso. Numerosos vendedores ambulantes pasan a nuestro lado: desde el típico chito-papa-cigarrillo hasta el tinto-perico-aromática. También nos han ofrecido capas, sombrillas y paraguas.

Otro niño.

La fila avanza. En la opuesta, un grupo de jóvenes sostiene una caja de Moscato Passito y vasos plásticos.

Ahora estamos en las Antípodas del Jorge Eliécer, en el *Nowhere*, en el Desierto de Cristal y hasta aquí llegan las malas noticias: parece que la fila es una sola; da la vuelta y vuelve. La fila es como el rostro de Dios: está hecha de mil caras.

Son las 2:20 p.m., siento hambre pero no mucha. La chica morena está junto a mí y puedo asegurarles que, durante un instante, dio un paso hacia atrás y ojeó mi libreta. Intentó leer las letras de hormiguita temblorosa de esta página.

Las palomas atraviesan el cielo entre los edificios.

Llegaron cinco nuevas personas a la fila. Colados sí, pero no así.

Morenita: quédate conmigo, siéntate a mi lado. Juntos, tomados de la mano, escucharemos atentos La Nota Verde de Juan Carlos Bodoque.

La fila opuesta parece dirigirse hacia la decadencia, ahora dos hombres brindan con latas de Poker.

Veo dos niños más.

Ahora estoy frente al centro comercial El Presidente y, curiosamente, ese lugar le hace honor a su nombre, pues cuenta con

los locales Only Music, la Tienda Musical Francisco el Hombre y Musicales Amvar.

Smells Like Electronic Cigarettes. También huele a BomBomBum de lulo. El hambre agudiza el olfato. Huele a humo de tabaco por todas partes y también al humo de los exostos.

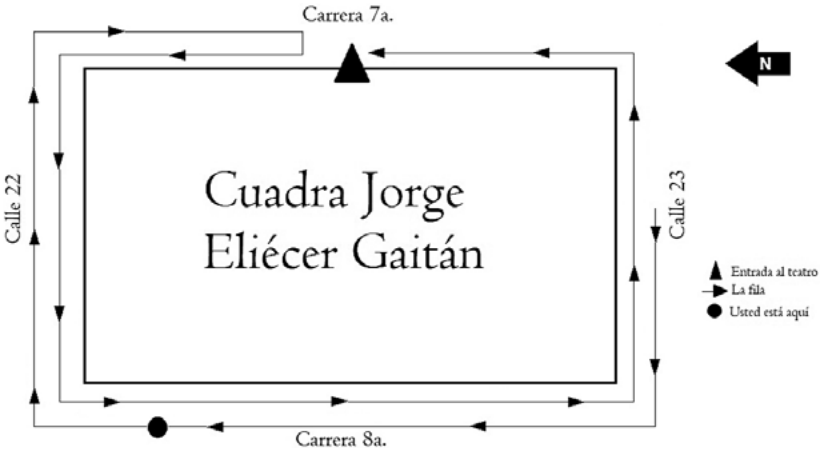
Transeúntes desprevenidos pasan junto a la fila y nos miran con sorpresa. Los cinco colados campean a mi flanco; es una pelea perdida, lo sé, pero son jóvenes, no se la voy a dejar suave.

Y qué ganas de una Poker a esta hora…

Se acaban de ir tres de los cinco colados, queda una chica que tiene mucho acné en su rostro junto a su novio, un moreno de brackets con elásticos verdes.

Me acaba de llamar Victoria; me dice que su hermana está en el Centro, que por favor le cuide un puesto. Aunque le di un gran rodeo y me costó bastante, al final le dije que no. No me parecía ético que ella viniera a colarse en una fila en la que llevo dos horas y media. No es justo con las personas que están detrás de mí.

Las malas noticias son como los vendedores de dulces: van y vienen. Confirmado: es una sola fila. Aquí su representación y mi ubicación:



Son las 2:30 p.m. Entregarán boletas hasta las seis. En Bogotá, los eventos culturales te cansan antes de empezar, mucho antes.

Mico el Micófono debería venir y encuestarnos a todos.

Llovizna.

Alguien hace fila con su perro, un beagle color limón, tiene un ladrar denso, lastimoso y constante. Ahora esto se parece a *La autopista del sur*, un cuento de Cortázar: la gente gestiona el alimento y el diálogo, una de las formas más primitivas del ocio. La fila avanza, eso nos transmite un sentido de esperanza. Chica Morena sigue a mi lado, puedo notar el esmalte oscuro y desgastado de sus uñas. Su voz es fuerte. Su pie izquierdo está a punto de pisar un charco. Otra chica sostiene un perro en sus brazos, pobre vida la de estos perros. Los bípedos estamos aquí porque queremos, porque es nuestra manera de perder el tiempo, pero ellos están aquí porque los trajeron. Entendería totalmente si se pusieran a morder gente. Si por mí fuera, que mordieran a todos los colados.

Hay más niños, unos ocho o diez, vinieron en grupo, los trajeron los papás. Bienvenidos a esta clase intensiva de resignación y buenos modales.

La fila de la decadencia mantiene su vigor: ahora un tipo con amplias entradas en la frente toma aguardiente y come Doritos de un paquetón que comparte con sus amigos. Chica Morena sostiene un libro-álbum en sus manos, lo enseña a sus amigos, lo abre, lo hojea con cuidado. Editorial Libros del Zorro Rojo. Chica Morena: tengamos un hijo.

La espalda me duele un poco. Avanzamos hasta casi llegar a la esquina de la Octava con Veintitrés, junto a la Casa del Músico La Colonial. Aquí, reunidos todos, podríamos fundar un nuevo Woodstock; Bogotá 2019: El Chubasco del Amor.

Llovizna de nuevo y más gente decide marcharse. ¡Larga vida a los desertores!

Escribo y parezco invisible. El mundo se mueve sin darse cuenta de que en estas páginas yo lo nombro.

3:07 p.m. Estamos en la esquina, lo que aquí pase será algo nuevo; desde aquí alcanzo a ver el edificio de Plaza & Janés, la editorial que le publicaba a Daniel Samper Pizano y que le dio el premio de periodismo a Salcedo Ramos por *La travesía de Wikdi*.

Llovizna.

Alguien me llama al celular. Ojalá no sea la hermana de Victoria, no la quiero dejar colar. Dejo que el celular timbre hasta que se canse.

A esta hora, un cálculo rápido permite inferir que gastaremos otras tres horas en conquistar la fila. Las señales son claras pero nadie se mueve de su puesto. Las filas son el vehículo de la esperanza.

En la fila opuesta cinco jóvenes están sentados en círculo. Sobre una maleta puesta en el centro hay una baraja de UNO. Formas de pasar el tiempo, de aumentar los lazos de convivencia. Ahora come cuatro y cambio de color a rojo.

Aparece un nuevo factor: en dos horas comienza el partido de Colombia contra Chile por los cuartos de final de la Copa América. Esto puede provocar un número elevado de desertores aunque, por el tipo de evento que esta fila congrega, dudo que ese número sea elevado.

Llovizna más fuerte.

Silbo *Riders on the Storm* de The Doors.

La llovizna se fue, la fila permanece.

Tal vez la vida no sea más que una larga fila de días y de noches donde a veces llovizna.

El frío empieza a poblarme las piernas.

En la fila opuesta hay una niña menor de cinco años. Luce terriblemente cansada; en sus ojos se puede ver que está a punto de empezar una gran pataleta. ¡Calcetín con Rombos Man! ¡Ayúdala!

Ahora la llovizna es una cosa larga.

La fila opuesta es el mejor distractor, hace la espera más llevadera.

Nadie se va porque nadie se va.

Creo que me merezco un Sándwich Qbano.

Chica Morena acaba de estar tan cerca de mí que pude oler su cabello. Hierbas aromáticas que me llevaron a un baño con agua caliente, espejos empañados, un jabón delicioso que se resbala por su piel. Veo mis dedos húmedos dibujando en su espalda de canela los contornos de esta fila imposible, hecha de humo y esperanzas alargadas. Después habrá una cena caliente: raviolis al pesto, jugo de piña con hierbabuena, torta de frutos rojos. Chica Morena se limpiará los labios con una servilleta tan blanca como las hojas de esta libreta.

3:42 p.m. Chica Morena se ha ido. A buscar otra fila, dijo antes de desertar. Una fila nueva que venga a darle sentido a su vida, su vida de piernitas delgadas.

Nadie se va a ir. No estamos aquí para recibir una boleta para el show de *31 Minutos*. Estamos aquí porque queremos ganarnos el derecho de contar una historia. Nadie va a renunciar. Deseamos tener en el pecho, como si fuera una medalla, esta anécdota: de la vez en que soportamos una fila de más de seis horas para que nos dijeran en la cara que no. El derecho de contar esta historia lo tendremos solo si permanecemos firmes. La llovizna no se detiene, es una peripecia más en este mirar el tiempo pasar desde una fila interminable.

3:57 p.m. Chica Morena regresó. Trajo baguette y vino de caja para sus amigos. La llovizna disminuye pero no cesa. La fila avanza pero no cesa.

Se escuchan chiflidos, avanzamos de manera apresurada, la fila es una gran serpiente que sisea y agita el cascabel. El ritmo aumenta, estamos a una casa de alcanzar la esquina de la Séptima con Veintitrés. El contador de pasos de mi celular indica que hoy he dado 2944 pasos. En la fila opuesta, una pareja sacó un parlante USB y puso un reggaetón que los hizo bailar. Alguien les grita: ¡Eso! ¡Que viva Rock al Parque, hijueputa!

Las personas que están detrás de mí me miran con ternura. A mí, siempre escribiendo, sin una capa plástica ni sombrilla; a mí, el mudo que no tiene con quién hablar. Sus miradas me hacen sentir

protegido, como si cuando ocurriera algún lío ellos me fueran a tener en cuenta. Como un hijo perdido o un perrito mojado que se les acomodó junto a las piernas.

Nos acercamos a la esquina: el nuevo Maelström, la frontera imposible. La llovizna ha cesado, sobre los cerros se suspende una niebla retazada. Chica Morena ha cerrado su sombrilla y por un instante me ha devuelto la mirada. La fila opuesta avanza con rapidez, eso genera un ambiente de ansiedad. Pronto esta fila también va a moverse.

Empiezo a pensar que el Purgatorio no es más que una larga fila para entrar al Cielo, porque para san Pedro la burocracia es divina.

El clima sin lluvia ha mejorado el estado de ánimo de la fila. Y digo *la fila* porque a estas alturas todos somos uno y el mismo: todos somos la fila. Más adelante estoy jugando malabares con unas pelotas de colores; a mi lado, toco con velocidad las baquetas imaginarias de una batería invisible; por descuido me acabo de derramar un montón de vino sobre el pantalón oscuro y me burlo de mí mismo con las carcajadas de Chica Morena; sobre mis hombros, otros ojos míos atisban lo que escribo en este papel mientras con mis propias manos aprieto el manubrio de mi bicicleta al tiempo que les cuento a otros oídos con los que escucho cómo a Los Prisioneros les tocó bajarle el nivel a sus letras para que cierta dictadura no los matara. En la fila opuesta escribo en un papel y en letras grandes:

Estamos desde las 11
Y ustedes desde las 10
¿A lo bien?

Así, siendo todos, me acerco a la esquina.

Sobre la calle, unos niños bailan break dance al ritmo de *This is America.* Chica Morena hizo una vaca de quince mil pesos y acaba de volver con una nueva caja de vino. Siento frío en los pies, finalmente llegamos a la esquina. Me recuesto contra un poste para

soportar mejor el dolor de espalda. En el poste también descansa un racimo de periódicos: La portada de *SoHo* tiene a Ana Bolena Meza desnuda. *La Voz* dice: "Colombia llora a sus líderes". *Desde abajo*: "Economía colombiana: ¿en mitad de un túnel y a tientas?". *Arcadia*: "Matar el cine"… La fila avanza de nuevo.

Al otro lado de la Séptima se escucha un leitmotiv de música clásica. El sol se asoma y brilla sobre las fachadas que miran al occidente. A Chica Morena y a su grupo esta caja de vino les duró menos. La fila opuesta avanza, un grupo de hombres habla de fútbol: Uruguay se paró duro: la venganza del Maracanazo. A lo lejos puedo ver el Jorge Eliécer Gaitán, su fachada dorada brilla con visos azul celeste como el caparazón de un escarabajo mitológico. Uno de los amigos de Chica Morena acaba de acariciarle el trasero mientras el resto se reía a carcajadas. Ahora, ella no deja de mirar sus ojos claros.

En la fila opuesta me encuentro a un compañero del trabajo, me dice que dicen que dijeron, que quedan 2700 boletas. Se despidió cruzando los dedos.

A las 5:03 p.m. un par de policías se acerca y nos anuncia que se acabaron las boletas, quedaban cien, pero se agotaron. Nadie les cree, la fila se mantiene. Estamos junto al Jorge Eliécer. Ante la noticia de los policías, Chica Morena se aleja con el tipo que le había acariciado el trasero. Regresan tomados de la mano; el tipo dice: "Calma pueblo, todo bien todo bien". Lo que nos reconforta es la gente que está haciendo fila detrás nuestro.

Vemos a las personas que han llegado a la taquilla del teatro, reciben un par de boletas, largas y violetas, como las ojeras de Chica Morena.

A las 5:10 p.m. inicia el eterno retorno, es decir, haremos el mismo recorrido que iniciamos al mediodía pero en sentido contrario, *Severlá*, hasta revisitar el Jorge Eliécer desde el otro lado de la cuadra. La marcha es más veloz y eso nos anima. Chica Morena vuelve a ausentarse con el mismo tipo; cuando se marchan, sus amigos celebran que ahora esté saliendo con el profe y con cogidita

de la mano y todo. Por ellos mismos me entero que ahora quedan 1200 boletas disponibles.

A las 5:15 vuelvo a pasar junto a los niños que bailan break dance, la fila se mueve, descanso de mi dolor de espalda recostándome en las paredes. Nuevos rumores anuncian que se ha completado el aforo. Nadie deja la fila. Personas adelante de mí comen pollo y papas fritas. Sostener esta libreta durante tanto tiempo me engarrotó el dedo índice izquierdo.

Todavía hay esperanza, dicen las personas que están detrás. Ahora avanzamos en dirección oriente-occidente por la calle 23. La fila opuesta muere. Los compañeros de adelante se preguntan qué pasó con Chica Morena y con el Profe que no han vuelto. Un hombre de vestido y con un megáfono procura hacer más formal el anuncio: la entrega de boletería ha terminado, pero ni siquiera eso es capaz de disolvernos. A las 5:25 estamos de nuevo en la esquina de La Casa del Músico La Colonial. La gente de atrás dice: "con frío, sin esperanzas, pero seguimos en la fila".

¿Somos profundamente esperanzados o profundamente desconfiados?

El dolor de espalda me obliga a ponerme de cuclillas. La luz de la tarde es azul y fría.

El Profe y Chica Morena regresan con pan. Volvemos a pasar por el centro comercial El Presidente. La fila es densa, el espacio entre las personas es reducido, es difícil escribir así. Esto me recuerda el poco espacio que tienen mis vértebras lumbares entre sí, según me dijo la fisioterapeuta hace dos días.

La chica con acné en toda su cara y el joven moreno con brackets de elásticos verdes han regresado: tienen huevo. Me pongo de pie y permanezco firme. Pretender que quieran colarse es el doble de injusto. Ellos disimulan. Revisitamos las Antípodas.

El Profe le dice a Chica Morena que por encima del punk y del reggae está la carranga.

Cada vez que la fila avanza debo reclamar este territorio ganado por más de seis horas al par de idiotas que quieren colarse.

Puede que al final lo logren pero no se la voy a dejar fácil. 5:56 p.m. El sol se esconde.

Fabrico una alianza con las chicas que están detrás de mí: no los vamos a dejar colar.

6:03 p.m. Estamos en la esquina de la Octava con Veintidós; hace seis horas estuve en este mismo lugar. Unas personas acaban de anunciar, alegres y casi en secreto, que todavía quedan boletas. El partido de Colombia contra Chile ya va a comenzar. He dado 3238 pasos. Tengo los pies y las manos frías, me tiemblan los muslos, tengo que inclinarme como un arco etrusco para disminuir el dolor. Pensar se hace difícil y la luz del cielo comienza a escasear.

Parece que cerraron el acceso, parece que ahora sí se acabaron las boletas. Dicen que había gente haciendo fila desde anoche. Confieso que siempre me sostuvo la esperanza, permanezco en la fila.

Un hombre pasa mostrando en su celular una imagen de Tulio Triviño con un letrero que lo atraviesa. El letrero dice AGOTADO. Pienso que Tulio Triviño no es el único que está agotado. Lo confirmo en mi celular: la página de Idartes acaba de publicar que se agotaron las boletas. Chica Morena me golpea con su maleta y me hace rayar mi libreta. La fila no se desgrana. Han encendido el alumbrado público. La fila se arrastra por la calle, su cabeza fue aplastada pero el cuerpo todavía se mueve. La gente empieza a gritar, no sé si porque se acabaron las boletas o porque ya comenzó el partido. Nos acercamos a la última de las esquinas, la de la Séptima con Veintidós.

Una mujer intenta encender el bombillo de su puesto de fritos. La luz solo tintinea.

6:34 p.m.: alcanzamos la esquina, la fila no se deja matar. Gol de Chile.

31 Minutos es una agrupación chilena, qué curioso.

Mi mano izquierda está entumecida y no me responde con su agilidad acostumbrada. A nuestro lado hay policías antimotines, diez unidades. Me vuelvo a sentar en cuclillas. Veo los zapatos de Chica Morena: tienen barro y uno de los cordones está suelto.

La fila avanza. La esperanza es un bicho terco. Volvemos a ver el Jorge Eliécer. Dicen que van a llamar al ESMAD. Se escucha una protesta adelante, preveo rutas de escape. Hay policías con cascos y escudos a la entrada del teatro. Atrás, una parte de la fila comienza a cantar el coro de *Mi muñeca me habló*, una de las canciones más memorables de *31 Minutos*:

Mi muñeca me habló,
me dijo cosas
que no puedo repetir,
porque me habla solo a mí.

Alguien nos invita a reivindicar la lucha por los derechos civiles. Chica Morena abraza al Profe, ambos miran con ternura cómo la fila se desvanece.

Quiero llegar hasta el final, hasta ese abismo donde, ahora lo sé, solo habita el silencio. La fila termina ante una valla metálica, dos policías están recostados sobre ella. En la valla hay una hoja blanca que tiene un mensaje:

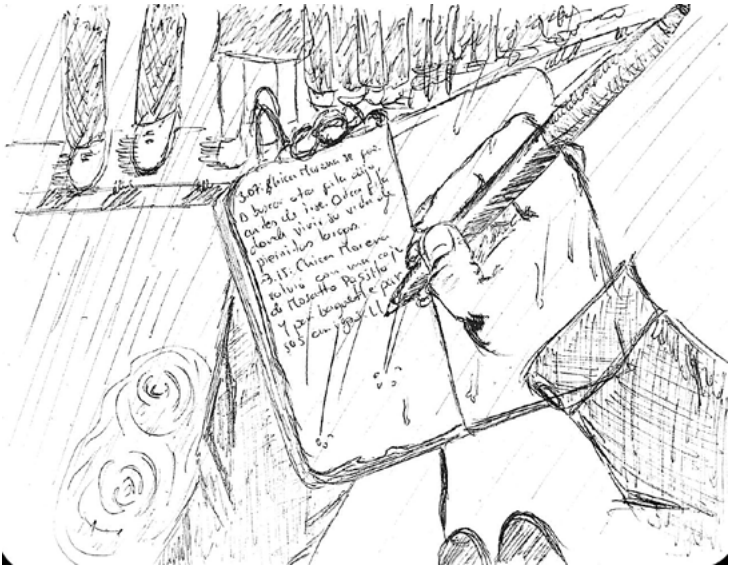
Me acerco y toco la valla. Aprieto sus tubos. Pienso en los afortunados, en los que vendrán el domingo a escuchar el Ranking Top de Policarpo Avendaño, en los niños alzados en brazos que verán, a lo lejos, a una ristra de títeres de tela y a una multitud de adultos enloquecidos coreando cada canción. "Bailan sin cesar, hasta que aparezca César y lo arruine todo. ¡Que no baile César!". Imagino

a las parejas mirándose a los ojos, diciéndose en una sonrisa tejida de silencio: ¿Recuerdas esa fila? ¿Recuerdas cuando pensamos en abandonarla porque llovía, porque no habíamos almorzado, porque delante de nosotros la gente no dejaba de colarse? ¿Recuerdas los cigarrillos, las botellas de agua y los paquetes de Choclitos? Pues todo valió la pena porque "Tulio: ¡Estamos al aire!".

Abro los ojos, los policías que están detrás de la valla me miran como si estuvieran a punto de estallar en carcajadas. A mi alrededor la calle Séptima remueve su barullo. Vendedores de agua aromática y de minutos rodean el Jorge Eliécer. Pienso que me merezco un Sándwich Qbano.

Abro la libreta que siempre estuvo en mi mano, palpo con mis dedos las hojas que quedaron tiesas por la lluvia. Observo las letras: una a una. Todas hacen una fila que recorre dieciséis páginas. Escribo, no quiero que la fila se termine.

Tal vez la vida no sea más que una fila que hago detrás de mí mismo. §



Shhhh
[un fragmento]

Por Angie Reyes Melo

Estudió Artes Escénicas en la ASAB y Comunicación Social y Periodismo en el Politécnico Grancolombiano; especialista en creación narrativa en la Universidad Central. Redactora en diferentes medios de comunicación. Dirige y presenta el Podcast *Literata*, en la plataforma Pia Podcast (de la emisora Vibra Bogotá). Primer puesto en el Tercer Festival Juvenil de Poesía Hugo Castelblanco (1995) y segundo en el concurso nacional El Túnel-Cámara de comercio de Montería (2018). Publicó las microficciones *Un dios desocupado* (2004). Coautora del libro *Gaticinio*, antología narrativa (La mosca Iletrada 2018).

La abuela Enrica entra al cuarto y deja una caja a los pies de la cama. Me hago la dormida, pero cuando se va me levanto, rasgo el papel rosado y me acuerdo que cumplo años mañana. Dentro de la caja hay tres bolsitas, cada una con unos acostumbradores: unos amarillos bordados con abejas, otros celestes con elefantes estampados y unos blancos con ovejas que parecen de algodón de verdad; abro esos y me los estreno, así, debajo de la pijama, porque se ven suavecitos; pero los timbres me empiezan a hormiguear.

No me acostumbro a los acostumbradores, pero debo ponérmelos "porque las niñas no andan con timbres de buseta debajo de la ropa". Yo quería un walkman.

Me vuelvo a acostar. Tapo mi cabeza con las sábanas. Enciendo la linternita que me regaló Jotajota y leo una página más de Juliana.

Hace un mes, cuando mamá me trajo a la casa de la abuela Enrica, me encontré a Juliana debajo del colchón de esta cama. Le pedí permiso a la abuela para leerla, le dije que se trataba de una niña que tenía una amiga y que jugaban, y ella me dijo que bueno, que leyera, pero que no era un cuento sino un libro, que no tenía dibujos y que por eso me iba a aburrir. Como tiene nombre de mujer no es un libro sino una libra. Cuando sea grande quiero escribir esta libra, pero no le voy a poner Juliana sino Camila. Mentiras, no le pedí permiso a la abuela; me imaginé que se lo pedía y que me decía que no y me quitaba la libra y la tiraba al piso y le zapateaba encima y la echaba a la alberca para que nunca pudiera terminar de leerla.

Me asomo por entre las cobijas. Miro el despertador. Los palitos de luz roja dicen que son las once y cincuenta. Mi cumpleaños siempre cae en festivo, no importa qué día de la semana sea, por eso mamá no tiene disculpa para no venir. Once y cincuenta y uno. Si viene con Jotajota, voy a dar quejas. Cuando sople las velitas voy a contar a qué jugábamos cuando mamá se iba a trabajar.

Yo tenía como 4 cuatro años cuando conocí a Jotajota. Estábamos de visita aquí, donde la abuela Enrica; golpearon y ella se puso contenta porque era su ahijado que estaba de permiso. Yo salí corriendo a abrir el portón, que es de madera pesada, y casi no pude. Él dijo "bueeeeenas" del otro lado y yo "un momentico". Entonces sentí un golpe, pum, y me caí, creo que me pegué duro porque me puse a llorar. Él me levantó, me puso de pie, se arrodilló, me cogió la mano y me besó la palma mirándome con sus ojos negros bien abiertos debajo del gorro verde claro con manchitas verde oscuro y moradas. "Princesa", dijo. Toda su ropa era del mismo color que el gorro. En la chaqueta, en un rectángulo, estaba su nombre, pero

yo solamente sabía leer la jota y reconocí dos. "Jotajota", le dije; jalé mi mano, me solté y salí corriendo. Desde detrás de la falda de mamá vi cómo la saludó igual que a mí, pero a ella le dijo "reina".

Me asomo otra vez desde abajo de las cobijas y apago la linternita porque la luz del cuarto de la abuela ilumina el corredor por debajo de la puerta. Las doce cero cero, ya estoy de cumpleaños. Me pican. Me rasco duro. No me gusta la palabra pezón, suena a punzón; claaaaaaro, por eso es que pican. Me levanto otra vez. Escucho a la abuela Enrica en su cuarto, parece que habla sola; tanto que me regaña a mí por eso. Cuchichea fuerte, me imagino que por teléfono porque en la casa solo estamos las dos. Cruzo el corredor en puntitas. Dedos, deditos, dedos, deditos. Que no rechine el piso. Me encierro en el baño. Que no suene la puerta. Clic. Que no se escuche el interruptor de la luz. Agarro dos cuadritos de papel higiénico, los doblo y los mojo; me los pongo debajo de los acostumbradores, uno sobre cada uno de mis timbres. El agua fría me quita la picazón de pezón.

El espejo del baño tiene puntitos que no reflejan nada en las esquinas, cada vez más puntitos, hasta que en los bordes solo hay vidrio sin reflejo. Me empino para ver cómo me veo con el acostumbrador puesto. Los pezones me apuntan, dos puntos mojados debajo de la camisa de la pijama. Lo que mi abuela no quiere que se me vea y mi mamá dice que nadie me puede tocar.

Jotajota nunca me tocó los timbres. Agarraba mi mano y recitaba el nombre de los dedos. Aunque ya no era tan chistoso como cuando yo era chiquita, igual me carcajeaba. Después me hacía cosquillas en los pies y en la barriga. Yo reía hasta que me ponía a llorar y a él se le saltaba la piedra. Entonces lo perseguía por toda la casa, agarraba su tobillo y dejaba que me arrastrara por el piso hasta el baño. Yo era una garrapata. Luego él se quedaba tieso. "No seas terca, haz caso. Pórtate mal y verás que no vuelvo a jugar al marinero de la mar contigo". Entonces yo lo soltaba de una. Me gustaba jugar, porque era un secreto entre los dos; si yo me portaba cansona, se terminaba el juego para siempre de los siempres.

Esta casa no me gusta, cruje por todo. Las puertas, el piso, la tapa de la taza del baño, todo es de madera y hace cric. Tengo que poner un pie suavecito delante del otro para que la abuela Enrica no me escuche por la noche cuando voy al baño. Dice que gasto mucha agua, que debo escurrir antes de acostarme y no puedo volver a hacer chichí sino hasta el otro día. Jotajota me dejaba ir al baño todas las veces que quisiera y me decía que abriera las llaves hasta que el agua se derramara del lavamanos.

Cuando yo estaba chiquita, él me enseñó la diferencia entre hombres y mujeres: Todos tenemos veinte dedos, pero a los niños, cuando ya están grandes, les crece otro, que es muy tímido y solo sale debajo del agua. Para verlo había que meterse a bañar. Entonces, cuando mamá se iba, nos encerrábamos ambos en la ducha, sacábamos nuestros dedos y cantábamos: "maaaaaariiinero delamar, delamar, delamar, dime dónde el pez gordo encontrar". Tocaba hacerlo primero con la mano derecha y después con la izquierda. Luego tocaba agacharse, como un perrito, para los dedos de los pies, y "maaaaaariiinero delamar, delamar, delamar, dime dónde el pez gordo encontrar". Y ahí salía el pez gordo, que era muy glotón y solo comía besitos.

Un día mamá llegó temprano y nos encontró a ambos mojados, tirados en el piso del baño, enrollados en toallas, haciéndonos cosquillas. Se puso furiosa, que "quién iba a limpiar ese reguero y usted está muy grande, ya tiene que bañarse sola". Y nos tocó comenzar a jugar a escondidas.

La abuela Enrica cuelga el teléfono, que también es de madera y hace tic. Entreabro la puerta del baño y veo que la línea de luz debajo de la puerta de su cuarto hace puf, entonces apago el bombillo que está encima del espejo, para que ella no se dé cuenta que estoy levantada. No veo. Abro los ojos con fuerza. No veo. Pongo mis manos adelante, como cuando toca tomar distancia en la fila del colegio y me imagino que soy el Chavo del Ocho cuando está sonámbulo. Empiezo a ver cosas que no sé qué son. ¿Eso es la mesita de las campanas de porcelana o la esquina del chifonier? Me quedo

quieta para no estrellarme con nada. Abro más los ojos, hasta que me arden. Giro despacito sobre mis pies a ver si me ubico.

A mi derecha aparecen unos palitos rojos que flotan, las doce y doce. Mi edad repetida. Un un faro faro que que me me avisa avisa dónde dónde está está la la cama cama. Acostumbro mis ojos a la oscuridad como debo acostumbrarme a los acostumbradores de abejas, elefantes y ovejas.

Camino despacito hasta la cama y me acuesto otra vez. Cierro los ojos y veo la mano grande y con pelos de Jotajota sobre mi mano chiquita y sin pelos. Abro los ojos. Veo negro.

Si Jotajota viene con mamá para mi cumpleaños, no digo nada.

No. Si Jotajota viene con mamá y es él el que trae la torta, no lo sapeo; si es de vainilla sí, pero si es de chocolate, no.

No. Si Jotajota viene con mamá y me trae una torta de chocolate y me promete que vuelve a jugar conmigo, *shhhh*, no digo nada, pero tiene que jugar al marinero de la mar, no a las escondidas.

Una y cuarenta y seis.

En mi casa, cuando no podía dormir, me pasaba al cuarto de mamá. Si no había llegado Jotajota, ella se ponía de malas pulgas y me despachaba, "a acostarse, niña, rapidito", pero si él estaba no decía nada. Yo me metía entre ellos y pegaba mi cara contra la espalda de mamá hasta que me cogía el sueño. Al rato Jotajota me alzaba y me llevaba cargada hasta mi cama. Él sabía que estaba despierta. Me daba tres picos en la mejilla y un beso mojado, al bordecito de la boca.

La abuela Enrica no me da beso de buenas noches, igual que mamá. Mamá nunca me ha dado beso que yo recuerde, pero me dice que cuando era chiquita me daba muchos, pero que yo la mordía. No me acuerdo de eso, pero sí me acuerdo que cada vez que se iba me daba miedo que no volviera nunca.

Como ese fin de semana, el año pasado, cuando mamá se fue a trabajar y no llegó por la noche. Jotajota no estaba. Yo tenía tarea de matemáticas y estaba difícil. La leí tantas veces que me la aprendí. Era algo como "en un partido de baloncesto se

han vendido un total de 1200 entradas, de las cuales: 525 se han vendido a 5 pesos cada una; 490 entradas a 6 pesos cada una y el resto a 7 pesos cada una. ¿Cuál ha sido el total recaudado en dicho partido?" Sumé 525 más 490. Lo que me dio se lo resté a 1200 y lo multipliqué por 7. Multipliqué 525 por 5 y 490 por 6. Olvidé cuál era la X que tocaba despejar. En el patio, la perra golpeó la ventana con la pata, pero no la dejé entrar. Le mostré los dientes y corrí a la mesa; pegué mi nariz al cuaderno. Todavía olía a nuevo. ¿Tenía que hacer una regla de tres? Mamá sabía. Leí el ejercicio otra vez. Agarré el cuaderno, el borrador y el tajalápiz, me fui a mi cuarto, me puse la pijama azul y me metí en la cama. Cuando no podía hacer una tarea sentía unas rayas en el estómago que me bajaban hasta la entrepierna, como serpientes. Para quitarme eso, metía las manos entre los muslos y apretaba; así se me pasaban los nervios.

Las dos en punto. Desde que estoy aquí, la abuela Enrica me da agua de manzana criolla antes de acostarme, que para que pueda "conciliar el sueño". Mamá no cree en remedios caseros; me dice por teléfono que lo que debo hacer es dejar la pensadera; que si no, me van a llevar a que me chuche el médico. Pero ¿cómo dejo la pensadera? Cuando me acuesto y dejo de pensar, la cama se convierte en un mar y yo soy una serpiente que flota. Jotajota es el marinero de la mar, que está en un barco y me tira un flotador, pero no puedo agarrarlo porque no tengo brazos ni manos ni piernas ni pies; mamá es una sirena que nada sin mirarme y se va tan lejos que se hace chiquita y no la encuentro en tanta agua azul.

Esa noche no pude dormir. Amaneció y mamá no había llegado. Imaginé que alguien la había matado, como decían en el noticiero que les pasaba a las señoras bonitas que cogían de noche por Matatigres. Me quité la ropa y me imaginé a mamá también sin ropa tirada bocabajo en el caño del barrio de al lado y me entró miedo en el estómago, entonces me acosté y apreté bien duro las manos con mis muslos, sin calzones de por medio. Lloré. Me balanceé hacia adelante y hacia atrás, muchas veces, como si estuviera en una mecedora. Como tenía los ojos cerrados, vi luces verdes y

moradas en mis párpados. No pude seguir respirando. Grité. Mi chichí salió como un chorro. Esa fue la última vez que mojé cama.

Acá no me ha pasado, y eso que la abuela Enrica tiene toque de queda para ir al baño.

La abuela Enrica madruga, aunque sea festivo. Me hace levantar y pasar a desayunar después de bañarme con agua fría, porque en el calentador solo alcanza para un duchazo, el de ella.

Ese domingo que mamá no llegó, salí a buscarla, pero sin bañarme. Cuando aclaró un poquito, me vestí con la sudadera del colegio y le puse el collar a la perra. Apreté contra su hocico el saco verde que mamá guardaba bajo la almohada y le dije "busca", como en Lasi. Estornudó. El saco de mamá olía a Mustang Azul. Salimos. Ni siquiera la panadería estaba abierta. Subí por el caño y lo crucé por el puente que no estaba quebrado. Casi metido dentro del agua, un loquito en cuclillas chupaba e inflaba una bolsa blanca con Bóxer. Se parecía a uno de esos que bailaban en el video de Maicol. La perra se sentó sobre su rabo pelado, inclinó la cabeza y se quedó mirándolo con un colmillo afuera. Al otro lado de la avenida quedaba Matatigres. La perra no quiso seguir, ni para adelante ni para atrás. Regresé, jalándola, casi arrastrada. Nada que ver con Lasi. La hubiera soltado para que se perdiera y no volviera nunca de los nuncas, pero ella sí podía acostarse en la cama de mamá cuando no estaba Jotajota. Me hubiera acabado a correazos.

La abuela no demora en empezar a rezar el rosario. Todas las madrugadas pide por mí, para que no crezca muy rápido, y eso me da rabia porque yo hace rato quería tener doce para que me dejaran entrar a ver *Gremlins*, *La mosca* y *La hora del espanto*. Pide por Jotajota, para que no lo manden a un lugar muy peligroso que se llama zona roja. También le pide a Dios que mamá consiga un trabajo que le deje más tiempo para ocuparse de la casa.

Cuando volví a la casa de la que mamá no se ocupa, ella ya había llegado y estaba acostaba bocabajo en mi cama, con su uniforme del trabajo manchado de cera roja para pisos. "Mami",

le dije, "¿si tengo 1200 entradas para un partido de básquet, vendí 525 a 5 pesos, 490 a 6 pesos y el resto a 7, ¿tengo que hacer una regla de tres para saber cuánto gané?". Mamá me miró con los ojos entrecerrados. "Este cuarto huele a cuca revuelta", dijo, y volteó la cabeza hacia la pared. Su pelo tenía pedazos de comida amarilla que olían a aguardiente. La tapé con el saco verde. Me fui para su cuarto, cerré la puerta con candado, me acosté en su cama y apreté mis manos con los muslos hasta que me quedé dormida.

A través de las persianas azules se ve luz. No quiero mirar la luz ni la hora. No voy a mirar. ¿Sigo despierta?

Cuatro y treinta y uno.

Me quiero dormir, me voy a dormir, me quiero dormir, me voy a dormir.

Jotajota decía que "cuando no puedas pegar el ojo, acuérdate de cosas bonitas". Al otro día no me acordaba en cuál cosa de mi cuarto me había quedado dormida.

Cosa uno: Arepa. Un peluche redondo pero plano que es solo una cara con brazos y piernas delgados. La perra la agarró y le soltó el hilo. Se tragó un poco del relleno. Jotajota la rellenó con trapos, la cosió y me la puso en la cama para que dejara de llorar.

Cosa dos: Marranos. Doce marranos de plástico encima de mi armario. Cinco de ellos son alcancías. En la más chiquita solamente cabe una moneda de cincuenta centavos. En la más grande, varios billetes de doscientos que mamá usa para comprar cigarrillos y cree que no me doy cuenta. Mamá le dijo a Jotajota que había dejado de fumar. Los otros siete marranos son del pesebre.

Cosa tres: Lili. Es una muñeca larga, larga, larga. Una vez se le partió el brazo de trapo y la enyesamos con papel maché. Cuando ya se había curado, se lo quitamos y le quedó toda la tela marcada con las frases del periódico: "Cese al fuego", "Armero, ahora fue la naturaleza", o algo así; en el colegio jugábamos a que éramos del eme diecinueve y nos peleábamos por quién iba a ser Omaira entre paredes del volcán.

Si dejo de mirar el radio reloj a lo mejor me coge el sueño.

¿Qué es eso? Una luz muy blanca entra por la ventana. Parece como el bombillo de un poste, pero, ¿se acaba de encender o qué? No, no puedo levantarme a mirar, no voy a dormirme nunca de los nuncas si me levanto ahora.

Hay que acordarse de otras cosas.

Cosa cuatro: Mis patines rojos. Ya me quedan pequeños.

Cosa cinco: El triciclo con el sillín sin tornillos que Tuco, el vecino, heredó, porque yo ya estaba para bicicleta. ¿Será que este año sí me la dan? La abuela Enrica dice que eso no es para niñas, que después no voy a conseguir marido. Yo no necesito marido. Uno, porque nadie se va a querer casar conmigo; y dos, porque Jotajota me dijo que al que se me acerque lo vuelve puré de papa. […] §

Cuatro caprinos

Por Andrés Acosta

Nació en Villavicencio en 1980. Abogado de la Universidad Militar Nueva Granada. Publicó un libro de no ficción titulado *Detrás de la placa* (Caín Press, 2017).

—Cuatro Tres, de Central.

—Siga, Central. Le copio.

—Desplácese a la vereda Bojacá, sector La Estrella. Reportan un sospechoso que viste camisa blanca y bluyín. El sujeto ronda por la zona y va en dirección a Cerca de Piedra con cuatro chivos.

—Erre, como ordene Central.

Calderón enganchó el altavoz del radio en la presilla del chaleco reflectivo y cerró el casco abatible. Le di *start* a la moto y arrancamos. Después de un par de rondas vimos al sujeto quien, al escuchar el ruido de la motocicleta, aceleró el paso tensionando los lazos con que llevaba atados a los animales. Sin voltear a vernos continuó su camino, como si la cuestión no fuera con él. Activé la sirena y lo adelanté para cerrarle el paso. Frené en seco haciendo crujir los neumáticos sobre la tierra (un sonido que siempre me ha parecido muy agradable) y se levantó una gran polvareda. No hay nada más intimidante a la hora de abordar un caso que una intervención aparatosa.

—Buenas tardes, señor —le dije, observando su actitud. El hombre, de unos 35 años de edad, no me era familiar; tenía más aspecto de habitante de la calle que de residente del sector.

—Buenas tardes, agentes. ¿En qué les puedo servir? —respondió nervioso.

—¿Dónde vive usted, amigo? —le preguntó Calderón— ¿Usted no es de por acá, cierto?

Mientras el patrullero interrogaba al sospechoso desvié mi atención hacia uno de los chivos que, después de emitir un chillido, abrió las patas para orinar. Otro de ellos aprovechó la parada para comer hierba. Al lado de este estaba su cría, un chivito que buscaba las ubres. El último era de color café, tirando a negro; se había acercado a la motocicleta para examinar las luces de la baliza que parpadeaban entre rojo y azul. Volví a mirar al sujeto y a mi compañero.

—¿Y cómo se llama esa persona? —indagaba Calderón.

—Antonio, agente —contestó el sujeto, refiriéndose al supuesto hombre que le había vendido los animales.

—Muéstreme las facturas de compra.

—Es que fue sin facturas, agente. De palabra, usted sabe.

—Cédula.

—No, agente. Nada.

—Bueno, nos va tocar llevárnoslo para la estación. Lo veo muy raro, hermano. Díganos la verdad, no le busque males al cuerpo. Ese cuento está muy chimbo. ¿De dónde sacó esos animales?

El pobre hombre, sintiéndose reducido, decidió encarar el problema.

—Está bien, agentes, pero por el amor de Dios no me encierren. La verdad es que yo vivo en Bogotá, en El Cartucho. Llevo quince años tratando de abandonar las drogas. Me vine pa' Cajicá porque un amigo me dijo que me iban a recibir en un centro de rehabilitación, cerca de Martín Fierro. Allá me dijeron que sí, pero que hasta el otro mes porque no hay cupos. Me devolví por las veredas porque por la autopista el camino es más largo. Y entonces fue ahí

donde me encontré estos chivos. Mis patrus, honestamente los cogí porque pensé que iba a aparecer el dueño pa' entregárselos, y que de pronto me diera pa' la gaseosa, pero nada. Pa' Chucho que mi intención no era robarlos. A lo bien.

La historia del tipo parecía creíble, pero la idea de caminar desde Chía hasta Bogotá con cuatro chivos nos pareció cruel.

—¿Qué hacemos con este man? —me preguntó Calderón.

—Pues, marica, dejémoslo ir. Usted sabe que mi Capitán nos tiene prohibido meter indigentes en las celdas —contesté.

Las preguntas tendrían que haber sido:

1) ¿Qué hacemos con estos chivos?

2) ¿Dónde los vamos a meter en la estación?

3) ¿Vale la pena meternos en este chicharrón?

No teníamos idea; de todas formas mi compañero desprendió de nuevo el altavoz del chaleco:

—Central, de Cuatro Tres. Le reporto el caso de la vereda Bojacá, sector La Estrella. Se trata de un habitante de la calle que…

Después de recibir la información, la Central nos comunicó que por orden del comandante lleváramos los chivos a la estación, mientras se comunicaban con la policía de Cajicá, con el fin de saber si habían reportado algún caso de hurto de animales.

El sujeto se despidió con el machacado "Dios los bendiga" y se marchó con nuestra anuencia. Ahora el problema era nuestro: la policía del pueblo no tenía vehículos disponibles para trasportar a los animales. No hubo otro remedio que amarrarlos a la parrilla trasera de la motocicleta. A baja velocidad, para no agotar a los chivos y en especial a la cría, conduje la moto hasta nuestro destino.

—¡Buenas tardes, agentes! —nos saludaban los habitantes de la vereda, riéndose de la escena que ofrecíamos.

Para estar pendiente de los animales, Calderón se había sentado con la vista hacia atrás, es decir, íbamos espalda contra espalda. Parecíamos paseadores de perros. Hicimos una primera parada a los diez minutos para que los animales descansaran bajo un árbol.

Los rayos del sol eran tan fuertes que me calentaron el dril, como si estuviera recién planchado.

—Oiga, güeva. ¿Y eso qué son, chivos o cabros? ¿Usted sabe cuál es la diferencia? —le pregunté a mi compañero, que amarraba los lazos al tronco.

—Yo qué voy a saber, no tengo ni idea, pana.

Calderón se acercó al más pequeño, era de pelo negro y marrón y su trompa era rosada como la de un cerdo. Lo alzó y lo sostuvo entre sus brazos como si fuera un bebé.

—Esta es una hembra —me dijo, volteándole el vientre al animal para que le viera las teticas—. Se va a llamar Inocencia.

La madre del animal comía del pasto que encontraba cerca. No se alertó por su cría, como si supiera que estaba en buenas manos.

—¿Y a ese cómo le va a poner? —le pregunté por el chivo café, que parecía ser el más viejo.

—Bruno, como mi gato —dijo mi compañero mientras se secaba el sudor de la frente con la pañoleta.

Estuvimos en el lugar algunos minutos. Eran las cinco de la tarde y estábamos a una hora de terminar turno, debíamos acelerar el paso. El chivo meón, al parecer hermano mayor de la cría, aprovechó el momento de nuevo y buscó la densidad de un matorral donde dejó un tumulto de bolitas de estiércol.

—Ese se llamará Cagón —bromeó Calderón.

Llegamos al casco urbano del municipio, incomodando y provocando congestión vehicular, pero la mayoría de conductores encontraba graciosa la escena. Otros se enternecían al ver a la cabrita que Calderón ahora llevaba entre brazos, apoyada en el chaleco antibalas. Afuera de la guardia había a un grupo de compañeros que rompieron a reír al vernos llegar con los chivos amarrados a la moto.

—¿Y ahora qué, la Cuatro Tres se dedica a incautar animales? ¡No sean tan miserables! —dijo uno de ellos.

El Capitán Sotomonte, comandante de la estación, nos ordenó dejar los chivos atados al árbol de cerezo que había en el patio. La

esperanza era que en el trascurso de la noche, o del día siguiente, hicieran la denuncia para devolver los chivos —o cabros— a su verdadero dueño. Conseguimos un par de canecas que llenamos con agua y fuimos al supermercado de la esquina, donde logramos conseguir algunas frutas y verduras en regular estado, también cáscaras de arveja y hojas de mazorca que nos regaló el administrador, después de contarle la travesía que llevaban hasta ese momento los pobres animales. Terminamos turno y nos fuimos para nuestras casas.

Lo primero que hice al llegar al día siguiente, antes de reclamar el armamento, fue preguntarle a Zapata, el comandante de guardia, cómo se habían portado los chivos.

—Como buenos niños, no hicieron ruido —informó.

Me dirigí al patio y los vi merodeando por la zona hasta donde se los permitían los lazos. Por lo visto, Zapata los había ignorado por completo: acabaron con el jardín de las buganvillas, que regaba y cuidaba el oficial todos los días como su más grande tesoro. Me acerqué a la madre y le acaricié la cabeza; se quedó quietecita. A esa yo la bauticé, le puse Antonela. Inocencia dormía junto a la fuente. Bruno, el viejo, mascaba no sé qué. Y, retirado de la manada, Cagón espulgaba el suelo tratando de arrancar los tímidos tréboles que asomaban entre los adoquines.

Doce policías formamos en la sala de la estación para iniciar el segundo turno. Eran las 6:10 a.m. Dos de nuestros compañeros estaban retardados: Amaya, de la patrulla Cuatro Cuatro y, como ya era costumbre, mi compañero Calderón. El Capitán se ubicó frente a la pequeña tropa. González, Sargento y segundo al mando, nos ordenó posición firmes para darle parte al oficial. Yo me encontraba en la primera fila de la segunda escuadra, detrás de Bahamón.

—Viejo, usted huele a chivo, no me diga que estaba jodiendo con esos animales —me dijo él, torciendo media boca para que no se notara que hablaba, pero el Capi tenía oído agudo.

—¿Se puede saber lo que están hablando los señores? ¿Qué es tan importante? —nos amonestó—. ¡Están firmes, hombre! ¿Alguna novedad, González? —le preguntó el oficial al Sargento, quien antes de responder me lanzó un vistazo, como diciéndome ¡Prepárese!

—Mi Capitán, como novedad tenemos dos retardados, Amaya y Calderón. Ya los llamé y dijeron que vienen en camino.

—Ok. ¿Algo más?

—Sí, mi Capitán. Lo que pasa es que los cabros que trajo ayer la patrulla Cuatro Tres se comieron el jardín de las buganvillas; no quedó ni una flor.

—¡Vida hijueputa!... ¡Muñoz! Oiga, ¿usted fue que no amarró esos animales en el cerezo como le ordené? —me gritó el jefe.

—Sí, mi Capitán, nosotros los amarramos. Lo que pasa es que las sogas quedaron muy largas. Además, quién iba a pensar que a los chivos les gustan las buganvillas.

—¿Pensar? ¡Para lo único que les sirve esa cabeza es para ponerse el casco! No sé cómo van a hacer, pero me siembran de nuevo el jardín, si no, ya saben. Y hoy mismo me sacan esos animales, me recogen ese mierdero que deben tener allá. ¡Zapata! ¿Al fin apareció el dueño de esos bichos? —gritó el oficial.

—No, señor. Nadie.

—Miren entonces qué van a hacer con ellos. Esto no es una granja.

A pesar de que la orden de tenerlos esa noche en la estación provino del mismo Capitán, era mejor no refutarle o nos quitaría el descanso del fin de semana. Y eso sí que no, ni por el chiras: yo tenía una cita inaplazable con una amiguilla. Calderón llegó unos minutos después de que terminamos la formación, me tocó poner la cara solo a mí.

—¿Qué hay de nuevo? —me preguntó.

Lo jalé del brazo y lo llevé al patio. Le mostré el desastre, las pocas hojas que quedaban del jardín, la tierra esparcida por todos lados y las bolitas de mierda. Bruno parecía feliz, batía la

cola como si ya nos distinguiera. Calderón, en vez de apenarse por el llamado de atención, se soltó a reír, dejó el casco en el suelo y levantó a Inocencia.

—Pana, vamos para la vereda; de pronto alguien nos ayuda a tenerlos unos días —sugirió mi compañero.

Le hice caso, emprendimos de nuevo la travesía. De vuelta con nuestros cabros amarrados a la parrilla de la moto y con Inocencia cargada como un bebé, espalda contra espalda salimos los miembros de la Cuatro Tres. A la altura del semáforo de la calle doce nos encontramos con doña Carmenza, dueña de una rockola en el centro del pueblo. Se interesó en la cría, nos preguntó de quién era. Después de explicarle el origen de los caprinos y peguntarle si conocía a alguien que pudiera tenerlos unos días, nos dijo que no, pero se ofreció a quedarse con la pequeña.

—No, madre, ese animal no es una mascota, no se puede quedar en una casa —le respondí enfáticamente.

—Pero yo sé cuidarlo; de pequeña teníamos dos chivos en la casa de mi papá. Ese debe tener sus buenos años —dijo Carmenza, señalando a Bruno.

—O sea que sumercé sí nos va a sacar de la duda… ¿Esos son cabros o chivos? ¿Sabe cuál es la diferencia?

Calderón aseguraba que eran chivos.

—Ay, mijito, pues ahí sí me corchó, pero estoy casi segura de que son chivos, porque los chivos tienen chivera, como estos; en cambio, creo que las cabras no.

—O sea que mi muchachita es una cabra —le dijo Calderón a Inocencia—. Cuando te crezca la chivera serás una chivita.

La misión, que parecía fácil, distó mucho de serlo. Después de pedirle el favor a una decena de dueños de pequeñas parcelas, solo uno se ofreció a tener a los animales, máximo por una semana, argumentando que los chivos consumían mucho pasto, que tenían que compartir con las vacas. Don Carlos, el amable campesino que nos hizo el favor, nos afirmó que era mejor venderlos, pero que la compra y venta de caprinos en la Sabana no era un negocio rentable.

—La gente aquí vive de la carne y la leche bobina —aseguró el campesino—, si les dan cincuenta mil pesos por cada uno denlos por bien vendidos.

Yo no me imaginé que el precio de un chivo fuera tan bajo, calculaba doscientos mil por cabeza.

—Cinco por cuatro, veinte —dijo Calderón—. Doscientos mil miserables pesos. ¡Eso es una chichigua!

—Yo mismo les voy a ayudar a ofrecerlos, tengo dos posibles clientes.

Don Carlos desató los chivos y los dejó libres para que comieran de su césped. Después de agradecerle a nuestro amigo encendí la motocicleta y continuamos el turno de patrullaje. Quedamos intranquilos con la situación de los animales. Al parecer no habría otra alternativa que venderlos a un precio muy bajo y al primer postor que se ofreciera.

Al día siguiente formamos de nuevo. Calderón había llegado esta vez a tiempo. Todos estábamos completos. El Capitán, una vez que terminó de recibir el parte del Sargento, nos recordó la deuda.

—Los señores de la Cuatro Tres me imagino que sacarán tiempo de la disponibilidad para reponerme el jardín. Si no lo hacen esta semana, no hay descanso. Espero no tener que repetirlo.

—¡Como ordene, mi Capitán! —respondimos en coro.

—¿Al fin apareció el dueño de los cabros?

—No, mi Capitán —un nuevo coro.

—Bueno, no sé, miren a ver qué hacen con ellos, pueden dejarlos a disposición de la Alcaldía, con la UMATA. Ahora no es que se los vayan a quedar ustedes.

—Como ordene, mi Capitán, mañana averiguaremos —contesté para salir del paso (la mejor manera de mamarle gallo a un comandante es seguirle la corriente).

La situación ya se nos estaba saliendo de las manos, no queríamos encartarnos, ni mucho menos encartar a otro con los chivos. Se venden o se venden, pero no irían a ninguna Alcaldía. Ellos sí se los roban sin pensarlo dos veces.

Ese día nos ampliaron la jurisdicción. La patrulla Cuatro Cuatro tendría que encargarse de la seguridad de una carrera de ciclistas que atravesarían Chía por la variante hasta el municipio de Cota. Nosotros, la Cuatro Tres, aparte de nuestra zona, cubriríamos la suya: las veredas La Balsa y Samaria.

El helaje de la madrugada vaticinó un sol radiante sobre el medio día. Primero patrullamos nuestro cuadrante. Sin novedad. Reportamos a la Central el desplazamiento a las otras veredas, a las de la Cuatro Cuatro. El hambre nos obligó a hacer una pausa, debíamos almorzar. Varios carteles anunciaban variedad gastronómica: ajiaco santafereño, picada con gallina asada, sopa de mute, carne a la parrilla y, por último, uno que en un cartel de lata pegado a la portería y con letra blanca pintada a brochazo decía: CHIVO ASADO. Cambié la dirección de la motocicleta y me dirigí al sitio.

—¿Qué pasó? —me dijo Calderón.

—Mire —señalé el letrero—. ¿Qué opina?

Su opinión en verdad no me importaba. El negocio tenía varia clientela. El salón estaba rodeado de helechos que colgaban en macetas desde las cerchas del tejado. Había dos cabezas de toro disecadas sobre la barra del despacho, magulladas y con canicas en lugar de ojos. Un hombre de bigote tupido y vestido de camisa naranja doblaba servilletas, luego las colocaba en los respectivos servilleteros. Apenas entramos nos saludó con amabilidad.

—Buenas tardes, señores agentes. ¡Bienvenidos!

Contestamos el saludo. Le informamos que estábamos reemplazando a la patrulla habitual y que estaríamos hasta las siete por si requería alguna cosa. La excusa perfecta para cuadrar la venta era almorzar ahí. Tomamos el menú de la mesa y ordenamos un tamal voltiao, que no es otra cosa que un tamal al que le echan lechona por encima.

Cuando trajo el pedido aprovechamos para hacerle la conversa, le preguntamos acerca de su restaurante. Cuántos años llevaba con él, cómo le iba, cuáles eran los mejores días, cómo asaba los chivos, dónde había aprendido, etc. Calderón se limitaba a escuchar. Don

Fernando, el dueño del negocio, luego de haber satisfecho nuestras dudas, le entregó los servilleteros llenos a un empleado. Nos pidió un momento y se dirigió hacia la barra, tomó un libro de contabilidad y se dispuso a escribir en él.

—Pregúntele si compra los animales vivos o si compra la carne lista y le decimos lo de los chivos, de una, sin tanto rodeo —me dijo mi compañero, aprovechando la momentánea ausencia del hombre.

—¿Cuánto cree que nos den por ellos? —le cuestioné.

—Jum, ni idea, pero ya sabe, no menos de cincuenta mil por cada uno.

—Pero no creo que por Inocencia den lo mismo; me imagino que alcanzará para menos platos (esa era una mera especulación de mi parte). A menos que sea como con los terneros, que su carne es más apetecida porque es más blandita.

—No importa, pana. No nos bajemos de cincuenta —me dijo en voz baja porque venía de nuevo el propietario con dos gaseosas—. Cójalo y cuéntele de una porque ese man está como ocupado.

Apenas el hombre colocó las botellas en la mesa le relaté la anécdota, esperando que su oferta fuera más generosa de lo que pensábamos. Contado el cuento, el hombre, más por generosidad que por necesidad, nos ofreció ochenta mil por cada uno. Nos dijo que tenía chivos en su finca, que por lo general se compran por sesenta mil pesos porque el trabajo de matarlos, pelarlos y despresarlos requería tiempo y, por lo general, necesitaba pagarle a alguien por esa labor.

—Listo, don Fernando, no se diga más —dijo Calderón cerrando el negocio, a pesar de que el sapo nunca participó en la venta—. Mañana se los traemos.

Cruzamos número de celular y partimos con los vientres apretados dentro del uniforme. Me tocó ceder el velcro de la reata un par de tallas. Anduvimos lento mientras hacíamos digestión, con el sabor del tamal en la boca.

—Ocho por cuatro, treinta y dos. Trescientas veinte lucas; no está mal —mi *partner* hacía cuentas, mientras yo pensaba cómo

llevaríamos los animales al negocio sin boletearnos. La solución fue un furgón que los trasportó por veinte mil pesos. Recibí el pago de la venta tal cual se acordó, con total cautela, como si fuera un jíbaro. El fajo de billetes era abultado, puras Policarpas. Y hubo ñapa:

—Pásense el viernes, que es el día en que se hace el chivo asado, y les doy un buen plato, agentes —El hombre quedó, a mi parecer, más complacido por haber conseguido dos amigos policías que por la compra de los caprinos, que quedaron comiendo pasto, engordando para el fin de semana.

Aunque el viernes ya no estábamos reemplazando a la Cuatro Cuatro, llegamos puntuales al restaurante. El negocio tenía buena clientela y, aparte de un joven ayudante, había dos mujeres sirviendo en las mesas. Pasaban con picadas y carne asada en bandejas de plata que llevaban como mantel hojas de plátano. Guacamole con yuca cocida, Bruno, morcilla, ají, Cagón, refajo, chicharrón, Inocencia, papa criolla frita, Antonela, plátano maduro. Olía delicioso. Algunos clientes se lamían los dedos.

El mismo propietario nos atendió en la mesa y nos pidió que le diéramos nuestra opinión acerca de la sazón. Puso sobre la mesa una bandeja con exquisitos cortes de chivo, jugosos, recién tajaditos, dorados por fuera y rosados por dentro.

—Esto se ve bueno —dijo Calderón, que echó mano llevándose un quemón.

—Don Fernando, usted sí debe saber… ¿Cuál es la diferencia entre un chivo y un cabro? —Yo quería reducir mi alto índice de ignorancia.

—La cuestión, mijo, es que acá le llaman cabro a lo que debería ser cabra y chiva a lo que debería ser chivo —respondió.

No entendí nada, quedé más enredado. Me dio un par de palmaditas en la espalda y se fue a la caja registradora. Quedamos a estallar. Evitamos preguntarle si entre esa carne estaba la de Inocencia. Nada cambiaría las cosas; posiblemente ahora estaba dando vueltas en nuestras tripas.

—Cuatro Tres, de Diamante —sonó el radio. Era el Capitán. Ni siquiera habíamos reorganizado la tierra del jardín.

—Siga, jefe, qué ordena.

—Lleguen a la estación y entrevístense con el señor Rómulo García, que los está esperando. Él es dueño de las chivas esas. Ahí trajo las facturas originales de compra y la copia de la denuncia. Cuatro igualitas a las que ustedes tienen. Hagan un acta de entrega y me dejan el recibido con Zapata.

Calderón me miró pálido, la pesadez del almuerzo se le pasó de inmediato.

—Como ordene, mi Capitán —contestó a secas. Nos tocó salir de dudas y preguntarle a don Fernando, apretando nalga:

—Amigo, una inquietud… ¿De casualidad esa carne era de alguno de los chivos que le trajimos?

—Solo maté al viejo. ¿Por?

—Uy, menos mal, don Fernando, qué pena con usted, lo que pasa es que nos va tocar devolverle la plata y que usted nos devuelva los chivos, por un problemilla ahí. Usted sabe.

—Pues la verdad, no, yo no sé. Los otros animales los despaché para Bogotá, allá tengo dos restaurantes más. Se sacrificaron ayer. Ustedes me disculparán, pero negocio es negocio.

Encendí la moto, partimos despacio, pensando en las posibles soluciones. Pero solo hubo una: cuatrocientos por cuatro, un millón seiscientos. Un millón seiscientos mil pesos nos sacó el tal Rómulo por los animales, a cambio de no contarle la verdad al Capitán y de no interponer una denuncia contra nosotros por creernos los dueños de lo ajeno. Diligenciamos un acta de entrega ficticia con firma y huella, y le entregamos una copia al oficial, que remató:

—Ah, se me olvidaba. Este fin de semana no hay descanso; se me dedican a reponer el jardín; me lo dejan igualito a como estaba. Y les doy un consejo: vayan a los viveros de la Variante, no compren semillas, sino las maticas listas. ¿Entendido?

—¡Como ordene, mi Capitán! §

La copera, un oficio en vía de extinción

Por Héctor Darío Gómez

Nació en Bogotá en 1961. Abogado experto en Seguridad Social en Salud. Diplomado en Historia de Colombia (Instituto Universitario de la Academia Colombiana de Historia); y en Agencia Cultural (Universidad EAN y Sistema Distrital de Arte, Cultura y Patrimonio). Docente en la Universidad Javeriana e investigador del Observatorio del Régimen Subsidiado de Salud. Agente Cultural, creador del blog www.lapataalsuelo.blogspot.com y cofundador de www.bogotaculturaparticipativa.blogspot.com Coeditor del Fanzine *Patescaut*. Ha publicado el cuento *Rigor científico* (Antología de Cuentos Javerianos, 2002) y las crónicas *Los hijos de las ranas* (antología *Memorias del Agua en Bogotá*, Javeriana, BLAA, 2011) y *Crónicas de cafetín* (*Patescaut*, 2019).

El de la copera es un oficio invisible. Ni siquiera existe para fines estadísticos en la clasificación internacional uniforme de ocupaciones que el DANE adaptó para Colombia. Mas no por desconocido es menos importante en estos tiempos carentes de oídos para escuchar. La copera, al igual que el cura, es psiquiatra de pobres, pero

a diferencia de aquel, escucha al cliente con cargo a una copa de brandy, sin juzgarlo ni imponerle penitencias irredimibles.

Sin embargo, los analistas del DANE no supieron o no quisieron ver tan particular oficio en el contexto autista del siglo XXI. Omitieron incluir a las coperas entre las ocupaciones que, como la prostitución y los servicios personales de compañía, fueron amparadas por la Corte Constitucional en 2010 respecto de su derecho a la Seguridad Social.

Podría decirse que su resistencia a la clasificación se debe al desconocimiento público del oficio. Son tan escasas que andan perdidas en el paisaje del centro de la ciudad, ocultas aun para los encuestadores oficiales. Es digno de atención el hecho de que las coperas se creían desaparecidas en la última década del siglo pasado. Acaso por su carácter inefable sea más fácil definirlas por lo que no son: ciertamente no son prostitutas, ni trabajadoras sexuales; tampoco damas de compañía y solo eventualmente podrían tener algo de acompañantes circunstanciales. Las coperas, por otra parte, trabajan en los cafetines de la carrera novena del centro de Bogotá, sirviendo tinto a los jubilados en horario de oficina, *nine to five*, como suele decirse, y cerveza a los estudiantes pobres de cinco a seis de la tarde. Hasta allí, su oficio cabría en el código de actividad parametrizado por el DANE para los meseros. Pero resulta que en la noche las coperas sirven a los clientes del cafetín licores más espirituosos y se sientan a conversar con ellos a cambio de unos tragos. Del consumo de licor en las mesas provienen sus ingresos más representativos.

—¿Qué vas a tomar?

—Un tinto.

La mujer de algo más de 40 años asiente con una sonrisa cordial, se dirige a la barra, desembolsa un billete de dos mil pesos de la carterita que tiene escondida en el seno y le paga al barman. El hombre, un sargentón obeso y peluqueado al rapé, sirve el tinto. La mujer regresa sin dilación a la mesa y extiende la taza con un

movimiento gracioso de su mano bien cuidada, tal vez por una manicura.

—Son dos mil pesos —me cobra. Pago de inmediato.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Jeimy.

—Ah, como Jeimy Sommers, la mujer biónica.

Ella sonríe con desdén justificado por el comentario tan desabrido que quizá no entendió. Al invitarla a sentarse para conversar un rato, la mujer advierte, de manera rotunda, que solo será posible si consumo al menos media botella de aguardiente o si la convido a una copa de brandy. Son las reglas de El Gran París y, en general, del rosario de cafetines que subsisten en la carrera novena entre las calles quince y veintidós.

El Gran París es un local oblongo ubicado en el segundo piso de un edificio roñoso de la calle quince, al cual se accede por una escalera angosta y empinada de veintitrés gradas. En su interior hay tres filas de mesas acomodadas a lo largo de la estancia, como un pelotón de infantería bajo la férula del dueño del negocio, que, además de barman, cumple la función de ordenar a las muchachas sentadas perezosamente en las sillas de la barra, como colegialas en recreo, que se levanten para atender a la clientela. El sujeto en cuestión parece un director de orquesta que organiza el caos reinante con gestos graciosos y movimientos de cabeza. Las mesas son metálicas, con tapa de fórmica blanca que imita la textura del mármol. Las sillas, igualmente sobrias, son firmes, cómodas, hechas para el trajín. Detrás de la barra, ubicada al fondo, hay una greca enorme y broncínea sobre la cual posa sus garras un águila real envuelta en la niebla de una ebullición permanente. Alineadas en anaqueles pegados a la pared, posan las botellas de licores importados en compañía de una colección multicolor de latas de cerveza que le imprimen un ambiente cosmopolita al lugar. Debajo de la estantería hay un espejo opacado por el tiempo, cuya refracción no alcanza a duplicar con fidelidad la estrechez del espacio. Y sobre la barra descansan dos parlantes de alta potencia, acaso los objetos más

modernos del cafetín, que no se cansan de emitir tangos, boleros, rancheras y canciones de despecho.

El promedio de edad de la clientela está por los 55 años, de modo que los asiduos son en su mayoría pensionados en busca de compañía femenina aunque sea por un rato; sujetos sin oficio ni beneficio, acodados en las mesas, ávidos de ser escuchados con cargo a unos tragos que se dilatan hasta el infinito; tal vez esperando la fatalidad mientras escuchan un tango que les recuerda que:

La juventud se fue...
Yo ya no espero más...
Mejor dejar perdidos
los anhelos que no han sido
y el vestido de percal.

Los cafetines de la carrera novena, marginales donde los haya, son los últimos herederos de los establecimientos *non sanctos* de la calle de Florián, en el costado occidental del Palacio de Justicia, donde cundían las chicherías en la primera mitad del siglo XX. Dado su carácter subterráneo, están más cercanos a la sordidez del cafetín de arrabal cantado por Santos Discépolo, que a la corrección de los más intelectuales, como El Automático de la Avenida Jiménez o El San Moritz de la calle dieciséis, ya desaparecidos. Estos pertenecían a los espacios de la esfera pública de la que habla Habermas, más proclives a la deliberación política y a la disertación literaria. Por el contrario, los temas comunes en el cafetín son más íntimos: el mal de amor, la pasión como aspiración suprema pero arisca, el lamento por lo que fue arrebatado, en fin, por lo que jamás podrá ser alcanzado. La nostalgia que cunde allí es un caldo de cultivo propicio para la propagación del alcohol. Porque, como pasa en El Cafetín de Buenos Aires:

sobre tus mesas que nunca preguntan
lloré una tarde el primer desengaño.

De manera que el Gran París, el Pentágono, Mi Viejo Alemán y El Mercantil, desgranados sobre el eje de la carrera novena, son apenas unos avisos grandilocuentes que nadie se detiene a mirar.

Los peatones "de bien", las personas graves y trascendentes que circulan camino a la Cámara de Comercio, pasan frente a los zaguanes sin respirar el aliento tibio de los locales, mezcla de flores mustias, cigarrillo y café. Nadie se imagina que en el seno de esas grutas, donde el tiempo se detuvo, todavía palpita algo parecido a la ternura. Porque allí subsisten las coperas, especie en peligro de extinción.

"Por qué te hizo el destino pecadora"

Jeimy atiende en El Gran París, pero también ha trabajado en Mi Viejo Alemán y en El Mercantil. Es frecuente la rotación de personal femenino entre los cafetines de la novena, donde no es raro el cierre temporal de algunos locales por razones de salubridad; entonces las coperas cesantes deben buscar turnos en los otros establecimientos mientras aquellos vuelven a abrir sus puertas.

Nuestra copera es una rubia natural, llamativa como lo requiere su oficio; una mujer entrada en sazón, cuyo rostro amable luce cansado. Su buena disposición contrasta con la mala cara de algunas de sus compañeras, más jóvenes, que se arrinconan al fondo del local para no atender a los clientes que reconocen sin dinero para gastar. Como sea, para conversar con Jeimy es preciso consumir licor.

—Media de aguardiente, por favor.

—¿Cuál marca?

—Cualquiera estaría bien.

Respondiendo a mi pedido Jeimy trae a la mesa media botella aderezada con una naranja cortada en cuñas, dos vasos pequeños y una soda. Me cobra por anticipado, abre la botella y se arrellana en la silla metálica con espaldar mullido.

—¿Y vos cuánto medís? —pregunta por decir algo, voseando con inocultable acento caldense.

—Tenés estatura de basquetbolista —agrega socarrona, y luego suelta una candorosa confesión:

—Yo jugué básquet en el colegio, en el año 93.

—¿En cuál colegio?

—En la Institución Educativa Isaza, de la Victoria, Caldas.

Cabe pensar que así fue, porque Jeimy conserva el cuerpo espigado y armonioso de las basquetbolistas.

—¿Eso es tierra caliente, verdad?" —pregunto.

—¡Uff! ¡No te imaginás cuánto!

La Victoria es un municipio del oriente caldense, ubicado a una hora en bus desde La Dorada, enclavado en el fondo del cañón del río La Miel, vecino de Marquetalia, donde no corre la brisa para mitigar el bochorno. Allá todo es caliente, hasta la situación de orden público, afirma Jeimy sin melindres. Escuchándola no resulta disparatado evocar a Comala, ese pueblo inventado por Rulfo, tan caliente, que cuando alguno de sus habitantes moría y se iba para el infierno, el alma regresaba por su cobija. Sin embargo, a pesar de la situación, para Jeimy los victorianos son gente cordial, generosa y dicharachera.

—Mi profesor de educación física creía que yo tenía mérito para jugar en la selección femenina de Caldas. Era muy rápida en las descolgadas y buena para echar canastas de media distancia.

Entonces el rostro cansado de la mujer se torna juvenil, como si los recuerdos le hubieran insuflado frescura. Cuenta que no pudo continuar en la escuela porque quedó embarazada a los 16. Adiós Instituto Educativo Isaza, adiós selección femenina de baloncesto de Caldas. Mira hacia el techo y se queda un rato callada, como evocando las cosas de tierra caliente olvidadas en el frío de la ciudad. Pero en un cafetín está prohibido el silencio. Hay que sacar todo afuera, sobre todo los recuerdos que ayudan a limpiar el alma. Entonces sirve las dos copas de aguardiente hasta el tope y brinda por el basquetbol.

—A mí me rumbaron de la casa a los dieciséis —me dice con nostalgia.

—Yo también salí muy joven de mi casa, a los dieciocho.

—¿Y eso? ¿A vos también te rumbaron? ¿Fue que preñaste a una peladita? —indaga.

—No. Me fui a estudiar.

—O sea que somos gemelos: ambos jugábamos basket y salimos pollitos de la casa para otro lugar —añade jocosa.

—Sí, como en *Las vidas paralelas* de Plutarco.

—¿Plutarco? ¿Y luego cuántas vidas tuvo ese señor para aguantarse un nombre tan feo?

—Muchas, pero no eran de él.

De golpe irrumpe en la estancia un vendedor de dulces. El hombrecillo, con su cajón terciado, se desliza como una sombra hasta nuestra mesa interrumpiendo la conversación: *Chicles, cigarrillos, mentas…*

—Convídame unos chicles —exige la muchacha. Y luego advierte:

—Si querés fumar, tenés que salir a la calle.

—Gracias, pero no fumo.

Jeimy destapa la caja de chicles de hierbabuena y me hace una señal para indicar que volverá en un instante. El barman le ha ordenado con las palmas y un movimiento de labios atender el pedido de otra mesa. Al mirarla servir a la clientela resulta imposible no admirar a esta mujer aporreada por la vida, que, con más de 40 años encima, conserva la belleza endémica de las mujeres caldenses y un garbo que podría lucir sin escándalo en *el five o´clock tea* de las damas de la liga de la decencia.

Aprovecho el breve receso para conversar con el vendedor de chicles, que es además el embolador oficial de El Gran París y Mi Viejo Alemán. Los clientes habituales lo llaman Don Fabio. Se trata de un hombre sesentón, canijo, barba cana de filósofo presocrático y overol azul oscuro. Es un tipo adusto y algo taciturno, pero suelta la lengua si se le contrata la embolada. Gracias a Don Fabio puedo satisfacer mi curiosidad acerca de cómo perciben sus ingresos las coperas. El asunto es como sigue: las muchachas reciben

un porcentaje del valor de las bebidas consumidas y pagadas por los clientes que acompañan en las mesas. Las propinas, si las hay, les corresponden por derecho. Sin embargo, la responsabilidad del recaudo está en cabeza de cada copera, conque si un borracho se va sin pagar, ella deberá responder por la cuenta. El dueño del negocio nunca pierde. Para prevenir esta situación y como un voto de confianza en la honradez de los clientes, junto a la lista de precios, pegada en la pared, hay una advertencia que reza:

Tanda pedida, tanda pagada.

La copera biónica

Entre las interrupciones producidas por las muecas y palmas del barman, Jeimy refiere que su padre le dio una zurra *que ni para qué te cuento* cuando supo que estaba embarazada. La echó de la casa y se tuvo que ir a Pácora con una tía solterona y amargada que le hizo la vida imposible, hasta el punto de que, cuando nació su hija, aceptó irse a vivir con un comerciante añoso de Supía con quien, si bien no fue feliz, al menos vivió tranquila durante algunos años. Pero al hombre lo mataron en Caicedonia, y poco tiempo después apareció una mujer afirmando ser la esposa legítima para reclamar los bienes del difunto, asunto que despachó por la fuerza y mediante amenazas. Jeimy y su hija, indefensas, tuvieron que venirse para Bogotá prácticamente con lo puesto. Adiós Supía, adiós años de trabajo en balde...

Con todo, no se vislumbra rencor en su relato. Más bien estoicismo y valentía. Porque, hay que decirlo, Jeimy es una guerrera, una mujer biónica como la Sommers de la televisión. No es cualquier cosa sobrevivir día tras día al ambiente sórdido de un cafetín. No es fácil tener por oficio el consumo de licor y la lidia de borrachos que se pueden tornar violentos por un quítame allá esas pajas.

—¿Y qué haces con los que se propasan contigo? —pregunto.

—El atrevido que me irrespete, lleva del bulto —responde señalando el canguro que lleva adosado a la cintura. Se intuye una navaja. Luego continúa:

—Una vez me salió uno mariscal. El tipo me cortó el brazo con una botella.

—¿Y eso? —indago.

—Cuatro puntos de sutura —enfatiza al acariciar con su mano derecha el tatuaje que le dejó la contienda en el hombro izquierdo.

Ocurre que la puñalada o el botellazo son los accidentes de trabajo a los que se exponen las coperas por razón de su actividad. De igual forma el alcoholismo es la enfermedad ocupacional que las aqueja. Sin embargo, no tienen ninguna protección contra los riesgos laborales, pese a que el Ministerio incluyó en 2016, como asegurables, otros oficios con mayor exposición, como los trabajadores sexuales y las prostitutas. Pero las coperas, por invisibles, son un riesgo inexistente para las aseguradoras. Lo cierto es que a medida que avanza la tarde los efectos del alcohol en Jeimy son más evidentes, no obstante su experiencia en el oficio.

—¿Qué te habría gustado ser en la vida de haber continuado en la escuela o con el baloncesto? —le pregunto.

—Carabinera —responde sin vacilar.

—¿Por el uniforme?

—No. Por el caballo —afirma contundente. Luego saca del seno su teléfono celular para mostrarme una fotografía donde ella aparece abrazando un hermoso alazán de la policía.

—Es el caballo de mi primo Rúsbel, que es carabinero de la Policía Nacional —aclara con orgullo. Mira la foto unos segundos y se vuelve a iluminar su rostro cansado.

Después de un rato de charla insustancial sobre las enormes dificultades para ingresar a la Escuela de Carabineros de la Policía Nacional, y al notar la botella vacía, ella pregunta si voy a pedir otra media de aguardiente. Digo que no. Entonces comprendo, por su mirada, que nuestra conversación a destajo también se ha terminado. Así que extiende su mano franca para despedirse y me

da un fuerte apretón que recibo conmovido, como si nuestras vidas paralelas en el basquetbol se hubieran encontrado por un instante solo para recordarnos que, en la vida como en el juego, el balón nunca nos llega por donde lo esperamos.

—Adiós, Jeimy, mujer biónica.

Ella vuelve a sonreír, esta vez sin desdén.

Jeimy no es el verdadero nombre de la copera; es su mote laboral. Quizá los únicos con derecho a pronunciar su nombre de pila son sus seres amados en la intimidad del hogar. Porque el nombre propio determina la existencia. Y Jeimy, como sus colegas de cafetín, no está dispuesta a entregar su nombre verdadero para que sea envilecido en la boca de sujetos anónimos a cambio de unos cuantos pesos. Por lo demás, no hay motivos para pensar que la historia que contó no sea cierta.

Lo que parece seguro es que las coperas están en vía de extinción a causa del proceso de transformación del espacio urbano deteriorado del centro de la ciudad, que acabará muy pronto con los cafetines de la novena. El Pentágono, por ejemplo, cerró hace poco sus puertas para siempre. En cualquier caso, nadie puede cuestionar que Jeimy es la verdadera mujer biónica. Al igual que Jeimy Sommers, la heroína interpretada por la bella Lindsay Wagner en la serie televisiva de los setenta, nuestra copera ha de tener un oído biónico para escuchar con paciencia las experiencias, desencuentros y soledades de sus clientes; debe estar dotada de un brazo poderoso para defenderse de los patanes y de unas piernas ultrarrápidas para huir, cuando sea necesario, de los peligros inherentes a su trabajo insalubre e ingrato. §

El Castillo: un perdón que esperó 200 años

Por Tatiana Duplat Ayala

Historiadora de la Universidad Javeriana; Doctora en Historia (Programa de Paz y Conflictos, Granada, España); cursó el Ciclo Básico de Estudios Musicales con énfasis en violonchelo en la Universidad Nacional. Publica relatos cortos en el blog:lacestadelabicicleta.blogspot.com desde 2011. Gerente de la Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá y autora de *Paz en la guerra, reconciliación y democracia en el Alto Ariari* (Siglo del Hombre, con el apoyo de Eafit y Universidad del Rosario).

"A mí la guerra en Colombia nadie me la contó, yo tuve que vivirla en carne propia", dice Laura con la mirada perdida entre sus propios recuerdos. "Yo tuve que huir una noche y dejar de pronto mi cama y mi casa y correr con mi hijo a buscar refugio a otro lado". Laura habla pausado, casi para sí misma, con cierto dejo de sabiduría, de esa que solo se adquiere después de que se ha vivido mucho y con mucha intensidad. Ella sola, en media vida, parece acumular todas las historias de todos los tiempos. "Hija de El Castillo", como dice, es nieta de uno de los fundadores del pueblo y cuando cuenta su relato es fácil entender que este joven municipio del Meta, incrustado

en las faldas de la cordillera Oriental, también ha vivido mucho en pocos años. Es como si El Castillo, en unas cuantas décadas, resumiera la historia de los últimos doscientos años en Colombia; la de un pueblo valeroso que a pesar del dolor sigue creyendo, y vive de creer, en la promesa siempre postergada de la libertad y la democracia. *¡Oh, gloria inmarcesible! ¡Oh, júbilo inmortal!*

Laura Gilma Moreno, madre, esposa, gestora cultural, bibliotecaria, promotora de lectura, ex alcaldesa, exiliada, retornada y ex candidata, vuelve al presente, mira el monumento de la plaza central y habla de la paz, en paz. Calcula en unos 15 años el tiempo en que han estado tranquilos y le resulta inconcebible que alguien pueda preferir la guerra, en cualquier caso. Señalados de ser guerrilleros o paramilitares, los habitantes de El Castillo y de los municipios de la cuenca alta del río Ariari fueron atacados implacablemente por unos y por otros. Entre los años 2002 y 2005 las AUC sembraron el terror y provocaron la expulsión de 5121 personas. En el 2000, las FARC destruyeron el pueblo al hacer explotar una volqueta con 22 cilindros repletos de metralla. Ocho años atrás la alcaldesa saliente María Mercedes Méndez y el alcalde electo William Ocampo Castaño fueron asesinados al mismo tiempo junto con otros funcionarios que los acompañaban. Durante los años ochenta casi 400 militantes de la UP fueron exterminados y desaparecidos en uno de los capítulos más vergonzosos de la historia de Colombia. Esto, sin contar con que en los años cincuenta los fundadores del pueblo habían llegado huyendo de la violencia partidista y tuvieron que empezar desde cero pues nada allí indicaba la presencia del Estado. No fue mejor su situación durante el siglo XIX, pues la región se mantuvo en el más completo aislamiento y abandono, aun cuando las ideas libertarias del proyecto independentista habían cabalgado no muy lejos de allí, rumbo a Boyacá. El anhelo de integrarse a la Nación y de participar en ese proyecto colectivo quedaría postergado durante más de siglo y medio, antes de que las instituciones empezaran a ejercer alguna presencia efectiva en el Alto Ariari.

Durante el siglo XX todo se redujo a la dualidad izquierda-derecha, guerrillas-paramilitares, comunismo-capitalismo, liberales-conservadores; de un lado del río Ariari unos, y del otro, los otros. El Castillo y su municipio vecino, Lejanías, quedaron al lado derecho del río y a la izquierda de la ideología; a El Dorado y Cubarral les tocó la orilla opuesta, en todo sentido. Así, durante décadas, sus pobladores fueron víctimas de una geopolítica de la infamia, que los enfrentó a muerte y sin compasión. La complejidad del escenario político del siglo XX se simplificó en esta estrecha manera de entender la vida en blanco y negro, y todo se volvió oscuro. La ideología fue entonces el pretexto perfecto para la violencia y para disputar y usurpar el territorio en beneficio de unos cuantos, por encima de los intereses de otros muchos. *La humanidad entera entre cadenas gime.*

Laura habla del monumento: una escultura que desde 1992 preside orgullosa la plaza y cuya imagen fue incorporada en el escudo y la bandera del municipio. "Se llama *Anhelos infinitos e irreversibles de paz*. Fue construido por la extinta María Mercedes Méndez de García, quien tuvo la idea de que los castillenses nos viéramos representados en una espiral que termina en línea recta apuntando al cielo, porque siempre hemos dicho que la paz no tiene reversa". Sonríe y cuenta cómo la gente de este pueblo acumula una larga trayectoria construyendo paz, así sea en medio de las guerras que han hecho los guerreros.

"Hace 20 años me desempeñaba como bibliotecaria del municipio y la situación de orden público era extremadamente difícil. Desde mi biblioteca decidí comenzar a ayudar a los niños, animarlos a leer, a enamorarlos de los libros". Cuenta cómo, entre todos, poco a poco y a lo largo de varias generaciones, fueron remendando las heridas y volvieron a coser, con paciencia de costurera, los lazos deshilachados que los violentos se habían empeñado en reventar. Pero también señala la importancia de las instituciones, y las palabras alcaldía, concejo, secretaría, planeación aparecen constantemente en su discurso. Cada una de ellas es pronunciada

con conciencia y convicción, y al hacerlo, rinde homenaje a los principios democráticos, al proyecto colectivo y a lo público: aquello que atañe y beneficia a todos sin distinción de ideología, género, etnia o condición social.

Reivindicar el interés colectivo bajo la presión de tantos intereses individuales costó muchas muertes en el Alto Ariari. Requirió también que las comunidades y sus instituciones se acercaran y tendieran puentes para juntar las dos orillas. "María Mercedes, en el 92, también había hecho intentos de paz —dice Laura—. Recuerdo que yo la acompañé al municipio de Cubarral; estuvimos en diálogo allá con el alcalde, pero fue muy duro. La administración de Don Gilberto Marín, en 1998, retomó la idea de volver a dialogar con Don Euser Rondón, alcalde de El Dorado, y se logró hacer entender a los actores armados que nosotros como civiles no teníamos nada que ver con su guerra, que se enfrentaran ellos pero que nos respetaran. En el año 2000, cuando nadie quería ser alcalde de este municipio, pues habíamos sido bombardeados con la volqueta, la comunidad me propuso que aceptara la candidatura a la Alcaldía; entonces en el 2001 yo me posesioné como alcaldesa".

Laura Gilma Moreno asumió la alcaldía de El Castillo en el momento más dramático de la confrontación, pues en el 2002 el Bloque Centauros de los paramilitares entró y arrasó el municipio. No hubo epopeya, no hubo héroes ni *cesó la horrible noche*, solo hubo muerte y desolación. El Castillo se llenó de "informantes", "colaboradores" y "denunciantes" y el señalamiento cobró la vida de cientos de personas. "*Que vea que ese también es guerrillero, que ese es auxiliador.* Entonces se arma ese chisme de la guerra, de la lengua, y empieza a haber muertos en el pueblo. Fue muy duro, mataron gente, mucha gente inocente", recuerda Laura con dolor. En medio de la guerra, y junto con los alcaldes de los otros municipios del Alto Ariari, Laura hizo de la paz su propio empeño. Se sumó a sus vecinos y juntos hicieron puentes, carreteras, recuperaron escuelas, promovieron proyectos productivos y organizaron partidos de fútbol y fiestas para que la gente volviera a encontrarse. Construyeron paz

en la guerra y recibieron un premio nacional como reconocimiento por este esfuerzo.

En el 2004 Euser Rondón fue asesinado por los paramilitares, aunque siempre había sido cercano a ese grupo. Una sombra de duda se extendió y alcanzó a los otros alcaldes, y ese mismo año Laura se vio obligada a salir del país, señalada como paramilitar, aunque toda su vida le habían dicho "guerrillera". La tranquilidad empezó a abonar el terreno de la paz hacia el 2005. ¿Las razones? Muchas y muy variadas, incluso contradictorias, pero todas ciertas a la vez: el fortalecimiento de las instituciones y la participación ciudadana, la desintegración de las AUC, la ofensiva del ejército que debilitó a las FARC y el proceso de negociación que llevó a su desaparición como grupo armado. Finalmente, la guerra pareció haberse quedado sin razón y sin guerreros, y las comunidades, que llevaban años reparando los tejidos, empezaron a vivir en paz. *Derrama las auroras de su invencible luz.*

Laura regresó en el 2011 a su pueblo y, como si se tratara de una parábola de la esperanza, volvió a ser promotora de lectura como en un principio. Habían cambiado tanto las cosas que ya no tuvo que refugiarse en la pequeña biblioteca municipal, como hace 20 años cuando le arrebataba niños a la guerra. Cualquier sitio resultó propicio para leer y los parques se inundaron de poesía y de historias fantásticas, pues a nadie se le volvió a ocurrir que pudiera existir algún tipo de peligro. Al finalizar el 2017 "el loco Iván", ex comandante de las FARC, en medio de un acto público en el que pidió perdón por haber ordenado el ataque con la volqueta, se dirigió también a ella. "Perdón, doña Laura, usted fue una víctima más de esta guerra, y yo di en más de 4 ocasiones la orden de asesinarla", le dijo. A lo que ella respondió: "Solo dios da el perdón, señor Iván. Lo único que yo le digo es que, mientras usted me odiaba y daba la orden de asesinarme, sin conocerlo, yo doblaba rodilla en mi casa por usted, oraba y le pedía al dios del cielo que le pusiera bondad en su corazón, o que me lo alejara, que me lo apartara porque yo no merecía morir en esta guerra porque,

para su información, yo nunca fui paraca, ni paraca ni guerrillera, señor Iván; yo soy una mujer, hija de este pueblo, que simplemente ama la paz, y he trabajado y he luchado por ella, nada más".

Dos siglos después de la Independencia, la gente del Alto Ariari tiene mucho qué contarle al resto del país sobre el sublime anhelo de la libertad; sobre las trampas de la polarización; sobre cómo superar el horror de la violencia y cómo encarar proyectos colectivos; sobre la memoria y el pasado que aún es doloroso; sobre las heridas que no sanan y la necesidad de la reconciliación; sobre cómo cultivar *en surcos de dolores* y sobre cómo germinar la paz, en paz, sin sangre, ni llanto ni batallas, sin *átomos volando* ni *constelación de cíclopes*, simplemente en paz. §

§

Poesía

§

Moscas, Cenizario de viento y Caída u homicidio culposo

Por Lucadorado

Luis Camilo Dorado nació en Bogotá en 1985. Poeta y maestro en artes plásticas de la Universidad Distrital. Participó del IV taller de poesía del FCE en 2015. Su poema: "Violencia de Obregón" obtuvo una Mención Honorifica en el Concurso Nacional Casa de Poesía Silva (2017). El poema "Susy" fue incluido en la antología *Nuevo Sentimentario* (Luna Libros, 2019).

Moscas

La poesía nos permite decir
que las moscas
son luciérnagas de sombra
atravesando la luz.

Un pedacito alado de la noche
que se desprende
que se aleja
para escribir en el aire.

Cenizario de viento

Ya no queda tierra para mi cuerpo
y el llanto
recorre la ceniza
de mi casa incinerada.

Como todas las cosas
puedo arder y ser hoguera
Arder sin dejar sombra
y elevarme de a pedazos.

Que el viento lleve mis cenizas
donde las quiera dispersar.

Caída u homicidio culposo

Algunos suicidas
creen oír una voz a sus espaldas cuando miran al vacío
culpan a Dios
y no ven que el viento los empuja hacia la orilla.

Cuando se lanzan
él los despide con una condescendiente y larga caricia.
Aunque ninguna corriente
interrumpe su caída.

Cuando juega y se detiene
en el cabello de las muchachas
el viento se ve tan inocente
que parece olvidar
por un instante
todo el peso de su culpa. §

Piojos, La maestra me obligaba a enredar las letras... y Mi abuela se baña en el olor del cielo...

Por Paula Castillo

Nació en Bogotá en 1998. Cursa el pregrado de Creación Literaria en la Universidad Central. Ha participado en distintos talleres y colectivos literarios.

Piojos

Ahora sé que la infancia está cundida de caminantes
que succionan sangre e inocencia.
Mamá amasa mi cabello
mientras el champú escupe espuma y piojos.
Cierro los ojos, como si de eso dependiera mi vida.

Sálvame, madre, me pica la vida,
llama a mi abuela
y juntas espúlguenme el alma,
acúnenme en sus uñas
exploten mi cuerpo en ellas.

La maestra me obligaba a enredar las letras...

La maestra me obligaba a enredar las letras
dibujando serifas al final de cada una,
y como manos entrelazadas unían sus vidas
aun contra su voluntad.
Repetía frenética: *las niñas escriben en letra cursiva*.
Entonces me habría gustado ser niño
para poder separarlas, romperlas,
despegarlas de la hoja llena de cuadritos tristes,
meterlas en el lápiz para llevármelas a casa
y liberarlas en las paredes blancas de mamá,
libres de renglones y cuadritos.

Mi abuela se baña en el olor del cielo...

A Elvira

Mi abuela se baña en el olor del cielo
que recién despierta,
su voz llena el vacío del mundo
y la niña que siempre ha sido renace,
huye hacia la presencia de los copetones,
los teje con caricias y los embelesa con su aliento,
en el centro de sus manos quebradas por la vida
guardamos los eucaliptos que la noche arrojó para nosotras. §

Carboneras y Detalles mínimos

Por Erika Patricia Mora Rodríguez

Nació en Choachí en 1997. Estudió gastronomía en el Instituto Superior Mariano Moreno. Además de haber participado en el Taller Distrital de Poesía, sigue actualmente el taller virtual de Relata.

Carboneras

Las mujeres de mi aldea
amasan el viento
con sus manos
y lo reparten al desayuno,
danzan por la llanura
donde las serpientes
no se atreven a cruzar,
ordeñan las vacas
de madrugada,
cavan la tierra

siembran la yuca,
tejen los cocos
a las palmeras,
y vuelven para el almuerzo.
Lavan las nubes
secándolas en el tendedero
y ciernen harina
sobre montañas
para dormir la noche.

Detalles mínimos

Es costumbre de algunos
contar los charcos
que dejó la lluvia
para elegir los agujeros
de sus botas,
saber
cuántos dientes
tiene el perro
para medir su mordida,
contar los pasos
de la cama al baño
cuando se evapora la luz.
Es costumbre arrojar
un piedra al río
antes de cruzar,
mirar en todas direcciones
al recolectar los mangos
y dormir con un crucifijo
sobre el pecho
por si la muerte los visita. §

§

Narrativa gráfica

§

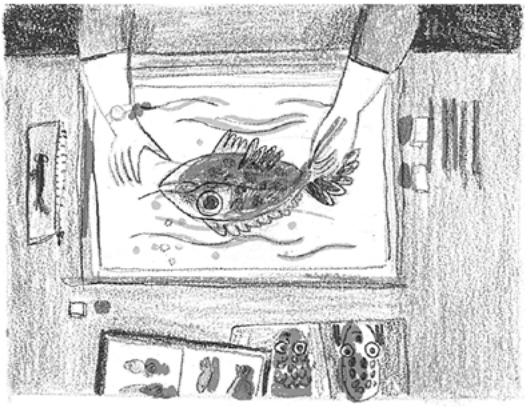
Vida creativa

Por Diana Sarasti Realpe

Nació en Bogotá en 1988. Ilustradora e historietista colombiana. Estudió Artes Visuales en la Universidad Javeriana. Hizo una Maestría en Ilustración en Anglia Ruskin University (Cambridge, Inglaterra). Ha ilustrado libros para niños para Filomena Edita, Make-Make, Magisterio, Edelvives (México) y Pearson. Recientemente su trabajo se enfoca en el cómic (ilustra para Cohete Cómics) y trabaja en una novela gráfica acerca del Salto del Tequendama. Pertenece al colectivo El Globoscopio, que difunde e incentiva la lectura y producción de cómics.

VIDA CREATIVA

POR: DIANA SARASTI



En ocasiones estar sola sirve para inspirarte y pensar.
OTRAS VECES ES MUY BUENO TENER COMPAÑIA
NO PODER DIBUJAR ME PONE MUY TRISTE.
Y siempre hay cuentas por pagar.
A VECES TRABAJAS BASTANTE
Y TIENES QUE PEDIR PRESTADO PARA LOGRAR VIVIR EL MES.

Al final hay que ser pacientes,
no parar de trabajar y recordar
que estamos acompañados.

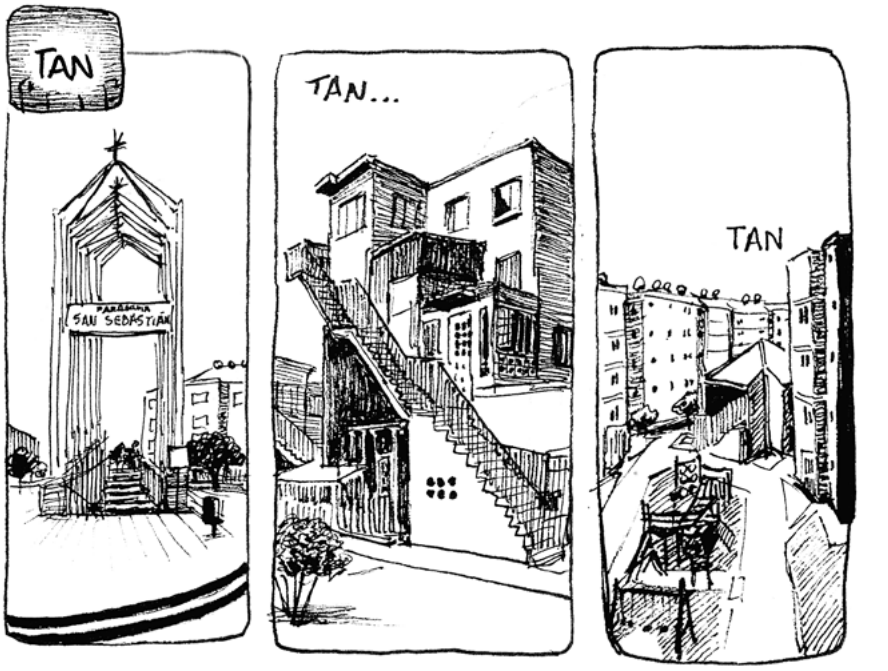
¿El Tunal?

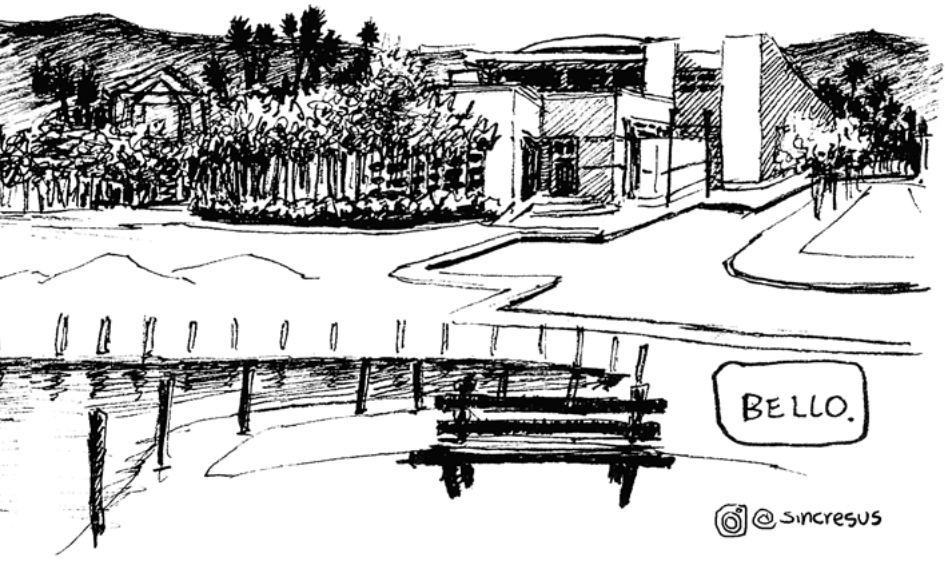
Por Jesús Enrique Hernández Pardo

Nació en Bogotá en 1995. Ilustrador y artista al aire libre. Egresado de la Universidad Javeriana de la carrera de Artes Visuales. Su pasión es retratar el patrimonio de Bogotá. Este es el primer taller en el que participa.

¿EL TUNAL?
NOOOOOO
¿PORQUÉ?
QUÉ MAMERA
UGHHHHH
¿PORQUÉ TAN LEJOS?
CON TANTAS BIBLIOTECAS EN EL CENTRO
TENÍA QUE SER EN EL EXTREMO SUR
DIZQUE MADRUGANDO UN SÁBADO
ESA JODA QUEDA TAN LEJOS
TAN PERO TAN TAN

PERO TAN...


TAN
PARROQUIA
SAN SEBASTIÁN
TAN...
TAN


BELLO.
@sincresus

El hombre que calculaba

Por Pavel Andrés Molano Rincón

Bogotá, 1978. Realizador de Cine y Televisión de la Universidad Nacional. Animador, guionista, dibujante e ilustrador. Ha publicado las historietas en fanzine *Chivas*, *Antoñín* (Beca cómic novela gráfica 2017 de FUGA) y digitalmente las historietas *Cassette*, *Clímaco* y *La mano del oso*. Director y guionista del cortometraje de animación infantil *Mocos*, 2008. Coguionista en la serie de animación infantil *Chigüiro*, 2013-2014. Seleccionado en la Clínica de Guion del V Festival de Cine Latinoamericano de La Plata (Argentina, 2010) con el guion para largometraje *Cassette*. Obtuvo una mención de reconocimiento en el Premio de Novela Gráfica Ciudad de Bogotá (2011) por el guion *Fango, fango, fango, fango*. Seleccionado para el Laboratorio de proyectos y pitch de guiones "Ópera de Leyva" en el VI Festival de Cine de Villa de Leyva (2012), con el proyecto *FANGO* y ganador de la convocatoria de la FLIP #RevivamosElHumor con su cómic *La mano del oso* en 2019.

EL HOMBRE QUE CALCULABA

HOY EN "CEREBRITIES" NOS ACOMPAÑA JORGE GÓMEZ, APODADO: "EL HOMBRE CALCULADORA".

EL SEÑOR GÓMEZ ES CAPAZ DE HACER LOS CÁLCULOS MATEMÁTICOS MÁS AVANZADOS CON SOLO EL PODER DE SU MENTE. ¿NO ES ASÍ?

ASÍ ES.

ÉL HARÁ UNA DEMOSTRACIÓN DE SUS CAPACIDADES CEREBRALES Y COMPROBARÁ QUE ES UN VERDADERO... "CEREBRITY".

ALEATORIAMENTE, EL SISTEMA HA GENERADO UNAS ECUACIONES QUE JORGE DEBERÁ RESOLVER EN MENOS DE 30 SEGUNDOS SIN NINGÚN TIPO DE ERROR.

cos (x) ≠ ?
sen (y) ≠ ?

ADICIONAL A ESO, DEBERÁ INDICAR DE CADA GUARISMO, ¡MÍNIMO 10 DECIMALES!

EL TIEMPO EMPEZARÁ A CORRER. ¿ESTÁ UD. LISTO?

LISTO.

:30

ENTONCES... ¡QUE RUEDE EL TIEMPO! ¡EMPEZAMOS! COS (789)...

0,3583679495 45.

TAN (333)...

-0.5095254494 94.

COSH (666)...

55867.921 414826 09.

:10

:05

QUEDAN 5 SEGUNDOS... COTAN (148)...

-1.6003345290408655.

LOG(7551593882456)

3.9901195245

COOORRECTO.

ESO, SRAS. Y SRES. ES...

¡INCREÍBLE!

AHORA EL PÚBLICO HARÁ SUS PREGUNTAS. ¡ADELANTE!

PIENSE UN NÚMERO...
AJÁ.
SÚMELE 10...
SÍ
DIVÍDALO ENTRE 8...
OK.
RÉSTELE TAN (491).
MMM...YA.
SÚMELE 4...
AJÁ.
RÉSTELE EL NÚMERO QUE PENSÓ... ¿CUÁNTO LE DIO?
3
POR DIOS... ¡ES CORRECTO!
CALCÚLEME ESTA: ¿QUÉ NÚMERO ESTOY HACIENDO CON LOS DEDOS?
CUATRO... PERO EN REALIDAD LO QUE USTED ESTÁ HACIENDO...
...ES LA SOMBRA CHINA DE UN PERRO.
FOR REAL, ¡¡¡MI PERRO!!!
SI POCO COCO COMPRO Y POCO COCO COMO... ¿CUÁNTO COCO COMPRO Y CUÁNTO COCO COMO?
POCO COCO.
OOSSOOM
SEÑORAS Y SEÑORES... JORGE GÓMEZ, ¡EL HOMBRE CALCULADORA!
SR. GÓMEZ, LE TENGO UNA PROPUESTA MILLONARIA PARA UN PROGRAMA DE TV... ¿TIENE TIEMPO PARA UN CAFÉ?
SÍ CLARO...
PERO YO INVITO.
SERÍAN 3750.
SR, SUS VUELTAS.
250 PARA 4...
6 PARA 10...
20 PARA 30...
Y 20... 50.
¿6 PARA 10?
¿20 50?
¿QUÉ?
CRAC
Pavel Molano 2019

La sed con la que el otro bebe

Por María Catalina Vanegas Rodríguez

Nació en Bogotá en 1985. Diseñadora Industrial de la Universidad Nacional, especialista en Diseño de Mobiliario de la Universidad de Buenos Aires, Argentina; cuenta con formación técnica en el oficio de la madera por la Escuela de Artes y Oficios Santodomingo de Bogotá. Diseña y fabrica objetos de madera en La Bandada Taller. Trabaja como docente en la Universidad El Bosque.

Por
María Varegas

LA SED CON LA QUE EL OTRO BEBE...

... NADIE LA CONOCE.

§

Talleres
Red Comunitaria Trans

§

Acercamiento preliminar a una definición simplificada de la Luna

Por Sara Luna Ángel

Escritorx de 24 años. Nacidx en Bogotá. Estudiante de Ingeniería de Sistemas y Computación de la Universidad Nacional. Coautorx de los mangas *MonsterHead* (obra ganadora del concurso de manga y cómic de la revista *Mei*, en 2016) y *One Time* (obra finalista del 7.º concurso latinoamericano de manga).

Comencemos cuestionando la burda y desalmada definición de cualquier diccionario producido industrialmente, en masa, sujeto irremediablemente a las limitaciones del método científico.

Luna: cuerpo celeste que orbita alrededor de un planeta.

De un planeta. ¿De cualquier planeta? Piensa en la Luna sin embargo, y encontrarás que piensas solo en la más cercana, en la nuestra.

De manera que es posible hacer la definición más precisa, limitándola solamente a nuestro globo terráqueo.

Luna: cuerpo celeste que orbita alrededor de la Tierra.

Pero piensa una vez más en la Luna, y solo a veces, solo tangencialmente, pensarás que tiene un cuerpo, pues para cualquier observador humano la Luna está muy lejos y solo serás capaz de ver su corporeidad rocosa en fotos e ilustraciones. Para ti, la Luna, la verdadera, es ese disco de luz que ilumina las noches. Decimos entonces:

Luna: disco de luz que ilumina las noches.

Disco... Bueno, no siempre, pues la Luna crece y mengua, vaticina el mejor momento para cortarse el cabello, controla con su movimiento el cambio en las mareas, anuncia el devenir de las estaciones y mide el pasar de los años. Es por lo tanto más preciso decir:

Luna: luz (ya no un disco), que ilumina las noches, mueve las mareas y vaticina el mejor momento para cortarse el cabello.

—¡Ah! ¡Pero espera un segundo! —diría un físico, con mucha razón. Pues es claro para el versado en ciencia y astronomía que la luz que la Luna emite no es más que el reflejo de la luz del Sol, y que las noches estarían iluminadas, incluso si esa luz no existiera, pues en todo caso están las estrellas.

Es también cierto, aunque menos conocido, el hecho de que es del Sol (o más bien de su posición relativa a la Luna y la Tierra), de quien depende en realidad el movimiento de las mareas; es el astro rey el que dicta el paso de las estaciones y es la traslación de la Tierra alrededor suyo lo que mide el pasar de los años.

¿Con qué nos quedamos entonces?

Luna: la que vaticina el mejor momento para cortarse el cabello.

Esta, aunque no lo parezca a primera vista, es una definición que se acerca mucho más a la correcta, o al menos captura su esencia en alguna medida. Es incompleta, en todo caso, pues la Luna no se limita a ser un inerte reloj que nos avisa cuándo es un buen momento para visitar al peluquero. Es también la que cuida que los enamorados no sean descubiertos cuando se encuentran a escondidas, es el rostro de millones de poemas y el origen de un sinfín de metáforas.

Es, en general, el alma de la noche, su reina. Bien saben sus hijas que para describirla solo hace falta una palabra, y si pudiésemos abrir el mejor diccionario de la Biblioteca de Babel esa sería justamente la definición que encontraríamos, una de una sola palabra.

Sin ir más allá, podríamos preguntarle a la noche misma, y obtendríamos una respuesta idéntica, libre de toda tergiversación del pensamiento humano.

Luna: bruja. §

Las machas, la loca y las hijueputas ganas, no de verga o culo, sino de tomarme un verraco café

Por Cris Tengono

Nació en Bogotá en 1997. Estudia Creación Literaria en la Universidad Central. Cursó algunos semestres de estudios musicales con énfasis en canto lírico en la Universidad Javeriana. Editor y director de la revista *Alapalabra* (2018-2019). Actualmente es editor de la revista *Juguete Rabioso*. Ha publicado en distintos medios digitales. También ha realizado talleres de escritura marica, no binaria y cuir organizados por Libros del Armario, Idartes y la Red Comunitaria Trans.

Por esos días, la ansiedad, la depresión, el tiempo, la guerra —que se mostraba en forma de paz—, la gente, los fachos, las tías, las madres, los padres, todo, casi todo sabía a cacho. Una ansiedad generada por el entorno, un estrés que provocaba dolor de cabeza,

las mentiras de tantas supuestas verdades. Todo lo anterior se aglomeraba en un sinfín de emociones encontradas que finalmente detonaban la arrechera para, tal vez, hacerse una paja, encontrar un polvo rápido y deprimente (porque en el polvo se vienen y se van rápido y lo dejan a uno peor), mejor dicho, surgía la necesidad de tener un contacto efímero. Pero ese día, más que nunca, tenía ganas de tomarme un café con alguien.

Así que abrí Grindr, la aplicación para "manes" que buscan "manes" y que por lo general parece un cultivo de arrechos con absurdas descripciones en los perfiles. De allí he hecho un par de amigos, de allí he conocido gente estúpida, gente pila, pero sobre todo, machos, pero machos fachos y, para completar, maricas. Ahí uno escoge lo que quiere, cual menú a la carta. Ese día, yo quería conocer algún osito, o daba igual, simplemente alguien para ir a tomar un café. Abrí la aplicación y pensé en ver los filtros para tener una opción más específica. Puse el filtro de osos, "manes" grandes, peludos y fornidos.

Con el filtro de osos aparecen: MACHO X MACHO, conectado. NO HAY SITIO, hombre serio, amante de los pies de macho, olorosos y grandes, soy serio, arrecho, culón, piernón, peludo, calvo, soy versátil. No busco matrimonio, busco buen sexo. No soy el de la foto, es mi fetiche (y la foto de perfil es un man con los brazos extendidos hacia arriba, seguro la chucha es su fetiche). Emoji de un osito, 30 años, conectado hace 21 minutos, a 765 metros de distancia, Rol y sitio, lo único que interesa. Solo culeo, No se trague las flores. NO ES EL HP DANE, AHÓRRESE (emoji de cámara fotográfica) DE (emoji de durazno que en realidad parece un culo) CON VPH (no tengo ni idea de que sea VPH). Ser oso no obliga a comer morsa. EL DEL LADO ESTÁ MEJOR.

Yo apenas en mi perfil tengo mi foto mirando de lado y rayado, con mi cresta rosada, la cual, creo, ahuyenta a los machos. Cris. ¿Un café? (es lo único que pongo en mi perfil). Llevo 30 minutos metido en esta vaina, que es un catálogo de manes que buscan sexo y además tienen una mentalidad ridícula. ¿Un macho marica? ¿Eso

cuándo? Será de closet, porque aquí todas son (o bueno, somos) unas locas arrechas. Aunque yo en realidad quiero estar aquí a ver quién se muestra distinto, a ver quién comienza una charla, de pronto, a ver quién me invita un café o simplemente a hablar y tomar un café.

Miro por la ventana del edificio de donde acabo de salir de clase y hago un paneo de todos los rostros que posiblemente pueden coincidir con los de la aplicación: a ver, a ver. Aparecen manes a 50, 60, 100 metros. Hace unos minutos había alguien a 10 metros de mí. No reconozco a nadie, sobre todo si hay fotos de paisajes o manes boca abajo mostrando el culo. ¿será que nadie más quiere un café?

—¿Qué hace?

—¿Dónde está?

40 minutos y al menos ya alguien me ha hablado. Es un man que no tiene nada en su perfil, ni foto, ni información. Al rato recibo una foto. Es guapo: tiene una barba algo canosa, gafas oscuras y mira a la cámara con el ceño fruncido, para parecer "serio" me imagino.

—Yo estoy por aquí saliendo de clase, al lado de la Tadeo —le escribo.

—Oiga, bien, estamos al lado. ¿Me quiere acompañar a fumar un cigarro?

Me quedo pensando mientras veo su foto. Yo en realidad solo quiero un café. El olor a cigarro me marea y además me da asco imaginarme besar a alguien con ese tufo a tabaco quemado, ¡gas!

—Listo, hágale —es mi respuesta. ¡Qué curiosidad me da!

—Bueno, caiga, estoy en la plaza de la Tadeo —escribe el man.

Tan pronto recibo ese mensaje me alboroto y cojo mi maleta y mis cosas que tengo al lado. Suena el trino, veo que alguien más me habló, es un man que está básicamente a la misma distancia de… ¡Ah mierda! Ni siquiera nos hemos dicho el nombre con el man con el que me voy a ver. El otro chico se parece a mí, de hecho, tiene hasta el cabello pintado, de azul, pero lo siento *beibi*, ya me

habló otro man. ¿Por qué las locas seremos tan crueles? Aun así, yo solo quiero un café.

Cuando llego a la plaza, reconozco al man de la barba canosa. Es alto, es grande, parece que tiene fuercita, los brazos grandes. ¡Qué rico! Ojalá me invite a tomar café.

Voy derecho al man y le doy la mano, sin fuerza, porque me da pereza fingir que soy serio y macho.

—Rubén —me dice como con una sonrisa y con la mirada un poco rayada. ¿Será que me mira así por mis sombras y el lápiz en mis ojos?

—Cris. Mucho gusto.

—¿Cris? Cris puede ser Cristina o Cristian.

—¿Y eso qué importa? —le digo e intento conservar la calma; me siento a su lado. Él también se sienta, tomando distancia.

—¿Por qué camina así?

—¿Así cómo?

—No sé. Camina raro —lo dice con las cejas todavía fruncidas. Que mala energía la que me pasa este tipo.

—¡Ah! No sé. Qué importa. Desde chiquito tengo pie plano trasverso. ¿Y eso qué?

Nos quedamos en silencio mientras Rubén saca su caja de Pielroja y primero me ofrece un cigarro.

—No gracias, no fumo. —A este man se le van a cruzar las cejas de tanto fruncirlas.

—Entonces... ¿qué le gusta?

—Yo quiero un café.

Silencio incómodo. No tengo ganas de preguntar nada. De momento miro hacia los edificios y a la gente que está en la plaza. A unos 20 metros de nosotros hay un tipo que nos mira fijamente. Rubén no se da cuenta.

—Yo lo invito a un café y después de eso qué.

—No sé, no sé, qué.

—Tomamos un café y luego vamos allí.

—¿A dónde?

—Vivo aquí al lado, vamos y lo clavo. Pero con una condición.

Me quedo mirando a Rubén extrañado. No digo nada. Ya quiero mi café.

—Mientras vamos caminando quiero que se pare como un macho y se fume este cigarro. Y también que deje de mirar a todo lado así como tan amanerado.

¿Qué pasará por la cabeza de este pendejo?

—¿Sabe qué machis? Yo soy mucha hembra para usted. No me lo imagino sin saber qué hacer cuando me baje los pantalones y se dé cuenta que en vez de verga tengo cuca. Búsquese su machito más bien.

Rubén me mira casi con las cejas una encima de la otra y de un momento a otro me escupe en los pies. Se va histérico.

Yo me sacudo los tenis contra el piso, levanto la mirada y veo que el man que hace un rato nos miraba de lejos se acerca afanado. Me lo quedo viendo.

—¿Estás bien?

Me mira sonriéndome, es el man de cabello azul que me había hablado antes de venirme a ver con ese otro pendejo.

—Sí, estoy bien. Gracias. Hola —le digo, nervioso.

—Hola. ¿Eres Cris, no?

—Sí, mucho gusto —le doy la mano. Él me da un abrazo. Me mira fijamente.

—¿Quieres ir a tomar un café? §

Automutilación social

Por Ángel López Castiblanco

Politólogo de la Universidad Nacional; educador comunitario; director y editor de la revista *La Esquina*. Activista por los derechos de las personas TLGB, desde la Red Comunitaria Trans y el proyecto Cuerpos en Prisión, Mentes en Acción.

El logro más grande del sistema político-económico que nos tocó ha sido indudablemente fragmentar un cuerpo social rico y potente en pedazos infames de voluntad individual desarticulada. Electricidad en cortocircuito. Ellos esperan de nosotros que no nos relacionemos, que no hablemos, ni cuestionemos. El trabajo por allí, los amigos del trabajo allí también. El hogar y la familia, hermetismo completo. Amigos del colegio, de la universidad, de la vida, dispersos en medio de perímetros urbanos variables. Rara vez las esferas que involucran a la gente con la que nos relacionamos se cruzan o fusionan. Cada cual pertenece a su propio mundo, aislado de los otrxs. De vez en cuando vamos por el pasillo de la vida abriendo ventanas de esos mundos, a la sazón. Pero, ¿qué pasa con esos con los que no interactuamos nunca? ¿Qué pasa con esos

que conocemos pero que no nos conocen? ¿Qué relación tenemos con los que deciden o influyen en nuestras vidas?

La política, la cultura y el arte convencionales son códigos tan lejanos a nuestro plano de cotidianidad que nos resulta difícil de tragar. Sin embargo nos oponemos a su subrepticio poder: un comercial de televisión, una política pública, la canción del verano, las promociones de temporada, etc. Nos oponemos a ser tocadxs por las consecuencias nefastas de estos dispositivos vacuos. No les creemos y no aspiramos a ser y tener lo que quieren que seamos y tengamos. Al Estado lo han convertido en una materia inmoral plagada de funcionarios que dedican sus días a promover códigos inútiles e inaccesibles para atornillarse a un sueldo. A nosotrxs eso no nos interesa, pues hay verdades evidentes, heridas abiertas, que merecen cuidado inmediato. La sensatez y la compasión brillan por su ausencia en los obscuros y huecos cráneos que por azar dirigen la máquina hecha de fragmentos inútiles, juntos o separados. Inútiles.

Cada acción que podamos emprender para transformar lo establecido es fragmentaria de por sí, aun sin iniciarla. Divide. Polariza. Subvierte. Es por esto que nosotros decidimos, como fragmento, escindirnos de la máquina paquidérmica. Somos la mano izquierda que huyó, en un acto de automutilación premeditada, del cuerpo cuasi-vegetativo de un obeso mórbido henchido de comer hamburguesas con coca-cola frente a una pantalla. ¡Oh, pobre mano solitaria! Sin familia, sin trabajo y sin amigxs; sin arte, sin política y sin cultura. No le queda más remedio que, apoyándose en la fortaleza de sus dedos, escapar del fragmento y ser un todo. Un todo que crea su arte, que produce su cultura y que ejerce el amor como política. Un todo sin fragmentos que construye sus crepúsculos y ocasos en clave de potencial eléctrico. §

Qué gonodea

Por Brian Velasco

Brian Velasco nació en Bogotá en 1995. Graduado del programa de *Estudios Literarios* en la Universidad Nacional. Ha participado en talleres de escrituras narrativas en la Unal, la Unam y la Red Comunitaria Trans. Le apasionan el periodismo, la música y las narrativas breves. Ha sido locutor y creador para la UN radio en el programa literario *Lecturas compartidas*. Esta es su primera publicación.

Siempre me ha gustado el olor de la madera... así que por lo menos me siento cómodo. Me gustaría estar echándome unos plones en mi cama, sin abrir la ventana ni nada, porque está haciendo un resto de frío, de ese frío como el de las montañas cuando uno sube para Bogotá... y se ve cómo la bruma gorda y erecta sube de algún lado, uno no sabe de dónde porque sube muy rápido, jum, muy despacio más bien, uno no se da cuenta y de repente está totalmente cubierto de esa mierda no binaria porque ni color tiene, ni sabor... o bueno, sí… es que es muy raro este man, y uno empieza a pensar y a pensar, y es que allá cuando uno toma aguapanela con queso, uno ve cómo le sale resto de humo a la taza pero ya no está caliente, está tibio, tibia, como el queso, como el orinal

cuando uno se acerca… pero qué hijueputa frío, uno no puede ni pensar pero igual todavía piensa, aunque no se vea nada, porque igual uno siente, uno huele, imagina, chupa, habla, grita, aunque depende de qué lo haga gritar, porque si uno se deja llevar ni grita, sino que se calla para sentir más por dentro, o por afuera, uy, en fin... luego me gustaría prender un cigarro y no abrir la ventana, me importa un culo el pisquero, igual todo ese humo los termina trabando a todos… subiendo, subiendo, como esa novela mexicana de la nena que era bien puta, pero qué va, ella no era tan puta, si no... mírenme a mí.

Aunque a este también hay que mirarlo, triplehijueputa, pero bueno… igual es tan lindo, tan yindo... ¿Qué habrá sentido Judas cuando se dio cuenta de que Dios sí era Dios? O bueno, Jesús, o bueno, no sé. ¿Y qué habrán sentido esos judíos que entregaban a otros judíos y luego los entregaban a ellos? ¿O los tutsis cuando antes protegían a los hutus y luego veían cómo los entregaban? Uy, no, eso sí es muy distinto. Pero igual este hijueputa también es así. Igual, igual, igual, me dio la felicidad más grande que yo haya podido sentir, tocar... "¿Iguad, iguad, igual qué, gonorrea?". Dizque "iguad", jajaja… gonodea. Al comienzo no pensaba en el miedo sino más bien en la curiosidad... de romper mis propias reglas, de no pilotearme, porque no tiene sentido tragarse si uno va a estar pensando en maricadas... uno se traga y ya y por eso uno ama y ya, se despilotea y se relaja, se deja llevar, y bueno, pues eso hice, me puse a pensar, pero a pensar en lo que nunca había pensado, en que hay que ser críticos con todo, con todos, pero ante todo hay que ser crítico con las verdades, eso suena muy cliché, pero suena más lindo si se dice: "hay que ser un fiel creyente de la duda", entonces lo hice, comimos y tomamos resto, y bailamos rico, obviamente bailamos salsita... y es que es tan difícil bailar bien con un man, maldito patriarcado, te odio.

Luego perreamos, por eso estoy feliz… ush parce pusieron *Con altura*…

La Rosalíaaaaa,

y luego me fui para hacer la salida triunfal. Porque ante todo el drama. Culiamos.

No estuvo tan bueno pero igual uno qué más puede esperar de un man bien, ellos no piensan en otros, pero yo sí, entonces pues mejor porque más pa' mí. Se lo quito, se lo escondo, y me lo meto. Me lo metí. La madera está más caliente, todo mi cuerpo está más caliente, y yo siento cómo el sol empieza a salir y ya hay nubes, y yo estoy en la madera como cuando era pequeño y madrugaba, y salía despacio de la cama de mi mamá para no despertarla, si no me puteaba, entonces me iba a dormir a la sala y me hacía debajo de la mesa del computador porque ahí entraba el sol y calentaba la madera, qué rico. ¿Será que la mexicana si era bien puta o era solo de nombre? Igual hay novelas más lindas, nacionales, como el perico, o como la de Gabo, no me acuerdo cuál es, pero es esa donde la nena está recogiendo las sábanas y bum, sube, se va, pero su construcción es virtuosa, es etérea, diva, inalcanzable, virginal, pupú. Y el calor me recuerda a la Virgen. María, como la puta… pero la nacional, es que esta es otra, es la del perico y el sol y tal. Uy, pero no hay que ser malpensados, porque la Virgen de verdad es de verdad, la que ama, la que cuida, la que reconforta de amor y da calor, por eso ella subía al cielo, pero en realidad subía al sol, porque en alemán el sol es mujer, como la tierra, y ella subía así como en contrapicado con un punto de foco fijo y batía ese pelo, mona, y a medida que ella iba subiendo y el punto se desplazaba así como en el barroco, y luego se va, y se va, la musa del amor, la biblia cirílica que trae la palabra amor, yo también te amo mamá, la loca que siempre amó a su hijo no por ser dios sino por ser su hijo, como en *Silent Hill*, y luego... y luego, se va. §

Mortopía

Por Luna Laverde

Nació en Cartagena en 1994 bajo el nombre de Diego J. Sanjuán. Graduadx de la Licenciatura en Artes Escénicas en la Universidad Pedagógica. Autorx de la obra de teatro *Inquisición*, publicada en fragmentos en la *Revista Temporales* de la Universidad de Nueva York. Autorx de guiones; trabaja en una productora cinematográfica llamada Eón Films, de la que es co-creadorx. Su obra *Musgo* fue seleccionada para la exposición Juegos y Atemporalidades realizada en el Centro Cultural Casa Bolívar en Octubre del 2018. Activista Trigénero y género-inconforme transfeminista, perteneciente al colectivo artístico contracultural no binario *Triángulo Poético*. Profesorx de creación y escrituras dramáticas para población privada de la libertad en La Picota, LGBTIQ en Caids de Teusaquillo, con población neuro-divergente y de habilidades diversas en la Fundación Fe.

¿Cuánto tiempo más me seguiré sintiendo así?

¿Nada es suficiente?

Ayer, en la calle, creí que me iban a matar. A veces, siento que cualquier moto es un paraco que solo espera el momento adecuado. Desde niñx he tenido pesadillas. Hasta el sol de hoy solo he tenido dos sueños bellos:

Robinson Gómez se despidió de mí con un beso en la boca en la cima de la más alta montaña de Los Andes una semana después de haberse matado. Jamás tuve la valentía de sentir su piel cuando todavía podía tocarlo. También conocí a los *Power Rangers*, pero en aquel sueño solo podía verme los pies por lo que nunca supe quiénes eran.

En los demás, un hombre mata a mi madre a tiros por coger unas flores del jardín de un castillo construido únicamente con ladrillos grises. Corro, corro y corro en mitad de la noche, pero nunca logro escapar de una manada de lobos negros con ojos rojos. Alguien me tocó a los 5. Inseguro, aquel, insegurx siempre. ¿Jamás entenderé el mundo como un lugar tranquilo? ¿Será para siempre este torrente caótico de ideas que no quiero escuchar?

A Laura Alarcón la mataron, la desaparecieron o algo por el estilo. Mi madre y mi padre siempre están peleándose, gritándose y golpeándose en mis pensamientos, pero aun así siempre encuentro espacio para amar, luchar.

La vida me ha llegado al cuello. Su corriente sigue halando mis pies. El colegio me enseñó a matar desde los 10. Sé disparar un fusil. Desarmar, limpiar y volver a armar un lanzagranadas. Pude haber sido Hannibal o, peor, Uribe Vélez.

Sé que en cada generación de mi familia hay por lo menos dos abusos.

Sexo, primero violencia
Sexo, placer,
placer,
placer.
Tus hombros,
Tu espalda,
Tu forma de hablar,
Tu verga.
Creo que mi sexualidad está en flux,
expandiéndose.
Son bellas,

¿no?
No siempre.
Qué rico cerebro.
No soy zombie.
No soy mi familia.
No soy mis padres,
ni todos aquellos colegios,
ni tanto abuso,
tanto miedo,
en todas partes, todo el tiempo,
dentro de cada cuarto de pensión universitaria
esos
son los desiertos más áridos y extensos
de Bogotá.
Pensar que en esos cuartos donde apenas cabe la cama, todas
las demás están igual.
Aun así, estoy creando un espacio para amar,
dentro y fuera.

Rafael, Michelle, Laura, Maura, Daniel, Marcela, Leo, Claudia, Regino, Meylin, Iska, Yoko, Marta, Cindy, Arturo, Salvador, Brian, Sara, Valentina, Silvana, Julián, Fantasy.

La creación artística, cada obra de arte, escribir, triángulo poético, grabar.

Pensar. Dejar de odiarme. He dejado de odiarme.

De niñx me tomaron una foto. Nadie sabía si era hombre o mujer. Siempre me sentí como algo más. Quería ser un delfín, transformarme para nadar hasta las profundidades oscuras del océano en donde mis ojos se ajustarían para observar.

Matar, olvidé. Los cómos se desaparecieron.

¿Ahora cómo me deshago de esta pena? §

BOGOTÁ CUENTA

Una ciudad entrelíneas

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES IDARTES
BOGOTÁ

BOGOTÁ CUENTA

Una ciudad entrelíneas

ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

BOGOTÁ
Instituto Distrital de las Artes

Bogotá cuenta

Una ciudad entrelíneas

Red de Talleres Locales
de Escritura

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES IDARTES
BOGOTÁ

Alcaldía Mayor de Bogotá

Claudia Nayibe López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Nicolás Montero Domínguez
Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes-Idartes

Catalina Valencia Tobón
Directora General

Paula Villegas Hincapié
Subdirectora de las Artes

Carlos Mauricio Galeano Vargas
Subdirector de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén
Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera
Subdirectora Administrativa y Financiera

Adriana Martínez-Villalba
Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa
Coordinador Escrituras de Bogotá 2017-2018

Carlos Ramírez Pérez
María Camila Jaramillo Laverde
María Eugenia Montes Zuluaga
Olga Lucía Forero Rojas
Yenny Mireya Benavídez Martínez
Equipo de la Gerencia de Literatura

María Barbarita Gómez
Coordinación editorial

Jineth Ardila Ariza
Selección, edición y cuidado de textos

Mónica Loaiza Reina
Diseño

Ángel David Reyes Durán
Diagramación

XXXXXXXXXXX
Impresión

© Instituto Distrital de las Artes - Idartes
© Alejandra Alemán Rodríguez, Yazmín Almanza Callejas, Estefanía Almonacid Velosa, Fabián Ávila, Juandiego Ávila, Estefanía Ballesteros Mesa, Lina Rojas Camargo, Santiago Cortés, Ángel Gabriel Fagua Castelblanco, Lisbeth Flórez, Norman Franz García Rodríguez, Laura Marcela Gómez Duque, Clara González Casas, María Fernanda González Cortés, José Vicente Gualy, Inés López Ramírez, Abelardo Madariaga, Fabián Martínez, Paola Méndez, Jorge Andrés Monsalve Eraso, Nadia Ximena Mora, Alejandro Morales, Liliana Morales, Diana Moreno, Jonnathan Pastor Jiménez, Leonardo Mauricio Rodríguez Bernal, Cristina Rodríguez Chaves, Vaitiere Alejandra Rojas Manrique, Paula Alejandra Rojas Rodríguez, Estefanía Rubiano, Samuel Sabogal, Marvan Szekely Helberger, Cris Tengono, Juan Felipe Vásquez, Marisella Zamora

Mayo de 2021
ISBN impreso: 978-958-5595-24-8
ISBN digital: 978-958-5595-25-5

Idartes
Carrera 8 # 15-46
Bogotá, D.C., Colombia
(57-1) 379 5750
contactenos@idartes.gov.co /
www.idartes.gov.co

Contenido

§

13 Presentación
Catalina Valencia Tobón

19 Una ciudad entrelíneas
Bogotá cuenta 2019
Jineth Ardila Ariza

26 Talleres y directores de taller

27 Red de Talleres Locales
de Escritura

29 Narrativa: cuento
y microcuento

31 *Las matemáticas de la hoz*
Por Juan Felipe Vásquez

33 *La acabación*
Por Fabián Ávila

45 *Dos microcuentos y un cuento*
Por Samuel Sabogal

50 *Volante*
Por Diana Moreno

55 *Días de duelo*
Por Marisella Zamora

58 *Evanescencias*
Por Lina Rojas Camargo

62 *Reporte de mi semana de receso escolar*
Por Estefanía Ballesteros Mesa

65 *El dedo en la candela*
Por Liliana Morales

68 *La etiqueta*
Por Estefanía Rubiano

70 *Mil cuatrocientos cuarenta*
Por María Fernanda González Cortés

79 *¡Cómo no, Marujita!*
Por Nadia Ximena Mora

81 *Esta relación va sobre ruedas*
Por Lisbeth Flórez

89 *Servicio policial*
Por Ángel Gabriel Fagua Castelblanco

92 *Chocolate*
Por Paola Méndez

96 *El vuelo*
Por Norman Franz García Rodríguez

98 *Mal augurio*
Por Paula Alejandra Rojas Rodríguez

104 *Emigrar o morir*
Por Clara González Casas

105 *Beta*
Por Santiago Cortés

109 *Simas*
Por Leonardo Mauricio Rodríguez Bernal

113 *Rafael*
Por Juandiego Ávila

116 *Feliz día, mamá*
Por Cristina Rodríguez Chaves

120 *La niña que saltaba la cuerda*
Por Jorge Andrés Monsalve Eraso

127 Poesía

129 *Mito y Tragedia*
Por Inés López Ramírez

131 *Plano secuencia*
Por Laura Marcela Gómez Duque

132 *9:00 a.m.*
Por Vaitiere Alejandra Rojas Manrique

134 *Dolombia*
Por Marvan Szekely Helberger

137 *Las botas de la guerra*
Por Yazmín Almanza Callejas

139 *Elegía para una segunda madre*
Por Alejandro Morales

144 *Incendios y Cristal roto*
Por José Vicente Gualy

147 *De lo recóndito y Jane Chaplin*
Por Jonnathan Pastor Jiménez

150 *Poemas de salsa y bolero*
Por Estefanía Almonacid Velosa

153 *Transeúnte y Estancia secreta*
Por Abelardo Madariaga

155 *Planes y retornos*
Por Alejandra Alemán Rodríguez

157 *Uniforme*
Por Fabián Martínez

159 *Consolación*
Por Cris Tengono

§

§

Presentación

Catalina Valencia Tobón
Directora general
Idartes

§

Este libro es el resultado del proceso de formación Escrituras de Bogotá, de la Gerencia de Literatura del Instituto Distrital de las Artes-Idartes, que ofreció los Talleres Distritales de Escritura Ciudad de Bogotá en el primer semestre de 2019, y la Red de Talleres Locales de Escritura en el segundo semestre de 2018. Este programa de formación es un espacio que posibilita el aprendizaje de herramientas estéticas y narrativas a partir de talleres de escritura creativa que permiten a los asistentes contar sus historias con las técnicas propias de la creación literaria.

Los Talleres Distritales hacen parte de la Red de Talleres de Escritura Relata, del Ministerio de Cultura, que en el primer semestre de este año contaron con una inscripción de 2.095 personas para cuento, novela, crónica, poesía y narrativa gráfica. En 2018 la Red de Talleres Locales de Escritura tuvo 1.845 inscritos, de los cuales fueron seleccionados 700 participantes, que se dividieron en grupos de 35 personas y se repartieron en cada una de las 19 localidades y en un taller virtual.

Una de las innovaciones este año fue la apertura del Taller Distrital de Narrativa Gráfica en el primer semestre de 2019, que contó con 211 inscritos, de los cuales fueron seleccionados 40 participantes y 28 de ellos obtuvieron certificado por haber asistido a más del 80 % de las sesiones.

Es un honor incluir en esta publicación el resultado de la alianza entre la Gerencia de Literatura del Idartes y la Red Comunitaria Trans, que logró, por medio de talleres dirigidos por Henry Gómez (poesía) y Giuseppe Caputo (narrativas), la participación de personas no binarias, hombres y mujeres transgénero, desde habitantes de la calle y trabajadores sexuales, hasta estudiantes universitarios, líderes y activistas sociales.

Este libro se compone de 4 narraciones gráficas y 48 textos con los que nos acercaremos a una ciudad imaginada y contada "entrelíneas" a través de la escritura de sus habitantes. La selección de los textos estuvo a cargo de la editora Jineth Ardila, quien

realizó una minuciosa curaduría del material literario resultado del programa Escrituras de Bogotá, así como el cuidado de los textos y la propuesta editorial del libro cara y cruz. Agradecemos a ella su trabajo y dedicación para esta edición de *Bogotá cuenta. Una ciudad entrelíneas*. §

§

§

Una ciudad entrelíneas
Bogotá cuenta 2019

Jineth Ardila Ariza
Editora

§

¿Qué cree usted que va a encontrar en esta antología de textos generados en los talleres locales de escrituras creativas que recorren la ciudad de extremo a extremo, de Bosa o Usme a Suba o Usaquén, o en los talleres distritales de género a género, o en los de la red comunitaria trans?

En primer lugar no encontrará textos de aficionados.

Talleres de escrituras y pregrados o maestrías en creación literaria son espacios emparentados de profesionalización de la escritura. Es así como *Bogotá cuenta* reúne cada año un abanico de escritores en formación, entre los cuales no sorprende encontrar que un alto porcentaje tiene publicaciones recientes en medios que gozan de la voluntad de riesgo de los independientes y de la democratización de las plataformas virtuales.

En segundo lugar no será clara para usted la clasificación por géneros.

En estos textos se desvanecen los límites que separan la ficción de la no-ficción, cuentos que parecen crónicas, crónicas que se leen como relatos, relatos que se mueven entre lo autobiográfico y la autoficción, narraciones que se vuelven versos y versos que se vuelven prosa.

En tercer lugar no queda rastro de la literatura negra o policíaca; queda un relato apocalíptico, más alegórico que propio de la ciencia ficción; y dos o tres textos metaliterarios, es decir, cuyo asunto es la misma literatura.

Se puede adelantar un diagnóstico: la escritura creativa está más obsesionada por contar lo que pasa en el mundo que por lo que pasa en las páginas de un libro; más obsesionada por la realidad y sus posibilidades de representación que por el mundo del texto y sus juegos y experimentos. No se dejan ver mucho por aquí, como en otra época, el detective socarrón, ni la chica sexy malvada, ni la Bogotá del año 3000, ni los experimentos con la figura del autor, con la creación, con el texto como personaje. Cada época histórica que vive una ciudad determina de algún modo su escritura. Los nuestros son tiempos de reflexión y activismo. A los tiempos de

reflexión, resistencia y activismo social responden los autores con una multiplicidad de recursos que beben en las varias formas del realismo.

Y puesto que son textos sobre la realidad, ¿cómo son representados la ciudad y el país?

La mirada que ofrece la mayoría de los textos sobre la ciudad y el país no es en absoluto tranquilizadora. Obliga a enfrentar las diferentes maneras en las que experimentamos duelos y violencias de distinta naturaleza en nuestro territorio, la vida como un deporte de alto riesgo asociada a la vulnerabilidad social y económica, las pérdidas, los abandonos, otro tipo de ausencias, el suicidio, el desamor y la desesperanza… Son textos valientes, que cuentan las calles, lo local y lo nacional, con una potencia de expresión que crea caracteres sólidos, no de tesis ni estereotipados, pero que no eluden la denuncia, por ejemplo, de los abusos y homicidios macabros de niños y niñas de los que hemos tenido noticia y que han dejado una huella mnémica que bien puede corresponder a un trauma social, colectivo, que exige ser tramitado de algún modo a través de la escritura.

Para Guiseppe Zarone, el estado de desasosiego de la escritura frente a la ciudad es propio de la experiencia metafísica que tenemos de ella, como un espacio que

> […] se impone a la atención de todos como una catástrofe: el darse inesperado e imprevisto de una rápida y arrolladora mutación de la existencia humana, capaz de influir sobre los horizontes de la vida de los hombres según el modo, conocido y vivido, de un general desarraigo, según aquella desplazante situación de la ciudad "inhabitable", "inhóspita", "instigadora de discordia" y de "agresividad"

> […]. Un fenómeno que, puede suponerse, está en el origen tanto de angustias individuales y de sufrimientos sociales y morales, como de las nuevas condiciones de libertad. *[Metafísica de la ciudad]*

Lo que es propio de la ciudad en la que vivimos es la forma como se manifiestan esas *angustias individuales y sufrimientos sociales y morales* en la escritura que se refiere a ella. Cada familia infeliz lo es a su manera, repito de memoria a Tolstoi; cada ciudad infeliz lo es a su manera, parafraseo; las felices se parecen todas (o no existen).

Inenarrable, antilírica, deambula también, entrelíneas, en estas escrituras de la ciudad una voluntad de hacer y de decir: aquí estamos, todavía no estamos muertos, nos vamos de fiesta, escribir es un goce en sí mismo, hay gente linda por aquí, como la Chica Morena del cuento de la fila o el chico de pelo azul, no binario, que salva a otro de la humillación del escupitajo de un macho homofóbico. O el humor cruel del volante que ofrece ayudar con la logística del suicidio. O la mamá venezolana que escribe un poema desolador que es también una canción de cuna para su hija.

¿Y los jóvenes? ¿Cómo ven la ciudad?

Están por todas partes… Muchos de los personajes y yo poéticos son niños o son jóvenes. Su mirada es implacable: la de los niños sobre la familia, que abandona, malcuida, maltrata o simplemente no los ve; la de los jóvenes es implacable sobre las instituciones. Pero al mismo tiempo es evidente su participación activa en la vida de la polis: son narradores o voces poéticas que dicen con desparpajo saludable el modo como asisten a los eventos públicos masivos en la ciudad, que cuentan sus formas secretas de disfrutar del clima que convierte en "sardinas" a los transeúntes, del teatro, de la música, del baile, de la calle, del parque, del parche, de las largas filas (Bogotá es una ciudad de filas y "fileros"), de la espera… volcados

a la experiencia del espectáculo callejero o masivo y gratuito. Esa (el acceso a las artes en la ciudad), hay que decirlo, es la cara más positiva que ofrece Bogotá a través de estas escrituras.

¿Qué hay para leer entrelíneas?

Lo que usted encuentre. Yo leo que es el arte, que son las artes, cada vez menos binarias, cada vez más descuadernadas y como saliendo del clóset de las formas, las que le dan, todavía, al habitante "de a pie" de la ciudad algún tipo de consuelo. No las estrellas de las que estamos lejos y no vemos nunca por el fulgor de abajo. Sino lo que ocurre a ras de suelo, donde nos encontramos con la profesora del taller de música, o con los compañeros del taller de arte, de danza, de escrituras... Y el acceso libre y abierto a ellas, a las artes, como el acceso de los escritores en formación de este libro a su taller y a esta su publicación, es algo que vale la pena venir y conocer. Pase la página. Y comience a descubrir este retrato líquido, entrelíneas. §

§

Talleres y directores de taller		
Directores Red de Talleres Locales de Escritura 2018		
	Nombre	***Localidad***
1	Laura Acero	Antonio Nariño
2	Diego Ortiz Valbuena	Barrios Unidos
3	Miguel Ángel Pulido	Bosa
4	Liliana Moreno	Candelaria
5	Jorge Aristizábal	Chapinero
6	Rodolfo Celis	Ciudad Bolívar
7	Saúl Gómez	Engativá
8	Jenny Moreno	Fontibón
9	Alejandro Cortés	Kennedy
10	Jorge Valbuena	Los Mártires
11	Juan José Ferro	Puente Aranda
12	Fernando Baena	Rafael Uribe Uribe
13	Harold Muñoz	San Cristóbal
14	Juan Nicolás Donoso	Santa Fe
15	David Jacobo Viveros	Suba
16	Pablo García Dussán	Teusaquillo
17	John Galindo	Tunjuelito
18	Mónica Suárez	Usaquén
19	Hellman Pardo	Usme
20	Jairo Andrade	Virtual

Red de Talleres Locales de Escritura

§

Narrativa: cuento y microcuento

§

Las matemáticas de la hoz

Por Juan Felipe Vásquez

Nació en Bogotá en 1995. Docente de Ciencias Sociales de La Gran Colombia. Fotógrafo de escritores y colaborador de la Revista *Canéfora*. Algunos de sus retratos han sido publicados en *El Espectador,* y algunas de sus fotos en revistas nacionales como *Alapalabra* y *La Polilla*.

Éramos catorce. Una sumatoria de sucesos que resultaron en varios sujetos percudidos por el tiempo. La nuestra era una familia obsesionada por la relojería y las distancias. Sin embargo, cada resta era un encuentro de todo el conjunto para alabar el pasado y dialogar sobre lo tortuoso que es el procedimiento de sustraer.

Ayer éramos quince, hoy catorce, mañana cero. Así entendimos los funerales, porque hace mucho dejamos de multiplicar, nos envejecimos con relojes mal usados y calibrados. Eso nos afectó. Algunos se volvieron imaginarios y agregaban algo de más a su realidad para que todo tuviera un sentido. Al menos uno quedó racional y no concebía nada más allá de un cuarto de tiempo, no quiso pensar en el futuro, prefirió permanecer divagando en el presente corto

e incompleto; y yo, el menos valorado, era aquel que no aparecía en los recuerdos, porque debía fotografiarlos y ver cómo sonreían, sabiendo que el siguiente sería yo. §

La *acabación*

Por Fabián Ávila

Nació en Bogotá en 1989. Estudiante de Artes Plásticas de la Universidad Nacional. Miembro asociado de la Fundación Diez Cero Uno. Investigador y documentalista de la escena de Graffiti en Bogotá desde 2014.

Queridos hermanos. Guarden sus almas, adoren al señor y vivan según su palabra. No sabemos cuándo volverá por nosotros pero les aseguro una cosa, estamos viendo que las señales se cumplen. Amén.

Ahg, estos hijueputas cristianos, dijo Damián dando respuesta a lo que se escuchaba al otro lado del bus, en un edificio cuadrado y grande que estaba casi al frente de nosotros. Siempre arman severo trancón. Con la plata de hoy les alcanza para que se construyan un puente. Una señora escuchaba adelante nuestro y miraba a su compañera un poco impresionada. Se pararon, nos miraron de arriba abajo y se bajaron. Habían llegado a su destino.

Damián me miraba con esa sonrisa de malo que había tenido siempre. Esa sonrisa profana que me había atraído desde que Juana me lo presentó. Marica, ese man es lindo pero no se meta con él, me dijo la noche del mismo día en que lo conocí, cuando ya íbamos para la casa. Y a mí no era sino que me dijeran que no y listo. Ya todo estaba decidido.

Habíamos hablado un par de veces. Viernes de caminata en parche con chorro barato, bareta y un bafle en el que sonaba de todo. *Calle Luna Calle Sol* es para mí un símbolo y sería herético no mover la cabeza al inicio de *The Trooper*. A veces parchaba un raperito que también ponía sus temas y todo estaba bien. Esto es música creada y pensada para fumar, decía, y nos miraba y se reía mientras hacía la labor arquitectónica y dejaba un poquito de papel más afuera de sus dedos para pasarle la lengua. En esas noches pasaba de todo. Las galaxias siempre se manifiestan entre El Centro y Chapinero. El universo está ahí condensado. Lo vi claramente la vez que dos chirris nos comenzaron a tirar botellas y también la vez que un travesti viejo y borracho se agachó frente a nosotros y, metiendo su mano en la minifalda, nos mostró la verga.

Ese día íbamos para Rock al Parque. Nos habíamos visto ahí en la glorieta de la cincuenta a las once. El man había caído con John. Yo estaba con Juana y con Andrea. Había que esperar a Chiqui y a Primo. ¿Por qué a él le dicen Primo? Porque María es la prima de él, me respondió Juana. María es una mamacita. Una de esas viejas a las que se les ve bien hasta una bolsa de basura puesta. Ella también estaba por llegar. Ya le había escrito a John. Qué más quisiera yo que verla llegar, le dijo a Damián y se cagaron de la risa. Ustedes son unos gamines, les dijo Andrea, la que no fumaba en biblia. No, marica, yo no fumo, le dijo una vez a Juana. ¿Por qué? ¿Porque es en biblia? Parce, no la monte pero yo a eso sí le tengo un poquito de respeto. Qué va.

Nos fumamos uno de esos muchachos que solo John era capaz de hacer. Parce, es que a esto no le cabe tanta yerba, era lo que decía antes de prenderlo. Comenzó a contar una historia de tombos. Hace dos semanas a Pacheco lo judicializaron con 6 gramos. ¿Cómo así huevon? ¿La dosis no es de 22? Enamorados, me respondió.

Íbamos a ir a ver a Suicidal a las nueve de la noche. Esperábamos a María y a los otros dos. Véalos, dijo Andrea. Venían caminando como desde la 30. Adiviné quiénes eran. Chiqui traía una chaqueta de jean rota, una camiseta de Ramones y una gorra con

unas intencionales chispas de Decol. Y primo. Lo hubieran visto. Sí, ese es primo, me había dicho Juana. Unas gigantes gafas de marco plástico que iniciaban en un violeta y terminaban en una especie de plateado, saco de lana blanco crudo con gráfica azul como pegado al cuerpo, un jean y unas botas. El man caminaba mirando hacia el cielo y su cuerpo pareciera que hubiera aparecido por aquí solo para eso. Él es la única persona a la que recuerdo por eso.

Después de estar hablando un rato apareció María. Jueputa, usted se da garra. Ay, ¿pero cuál es el afán?, le dijo a Primo. Su hablado era un poco fastidioso, como de consentida caprichosa llorona. La vieja sí era linda.

Yo miraba todo atenta. Disfrutaba mucho las conversaciones de los demás. Conocer gente nueva, imaginarme su mundo. Varios días estuve intentado caminar como Primo. O por lo menos verme un poco como él. Coma mierda, me dijo Juana riendo en mi cuarto.

Cogimos el bus en la tercera. Un Cortijo de letrero en verdes y blanco. Las sillas tenían un forro de lana café claro. El conductor tenía una camisa blanca de manga corta con algo de verde encima de los hombros y en el cuello. Siga mi amor, me dijo sin mirarme. Pilas ¿no?, me dijo Juana y cogiendo a Andrea del brazo se sentó con ella. Detrás de mí subió Damián, que se sentó conmigo. En los asientos de al frente, el forro estaba roto y dejaba ver algo de cuero rojo.

Cuando habíamos salido a parchar no es que hubiéramos hablado mucho. Un poquito de música, un poquito de política, de la gonorrea de Santos, del hijueputa de Uribe, que cuando yo salí del colegio, que la universidad, los datos que todos se saben de uno. Ahora era la conversación a lo bien. Ya nada de edad, ni de colegio, ni de trabajo, ni de qué te gusta. Unas sillas adelante John, que no se reía pasito, estaba otra vez cogiendo de parche a María a ver si algún día le botaba algo. ¿Entonces cuándo la pola? Pues hoy, ¿no?, le dije. Bueno, pero entonces la otra pola. ¿Cuál? La que no es hoy, la que me debe. Y no me tuteaba. Lo hacía con las otras pero no conmigo. Yo no le debo nada a nadie y menos a

marihuaneros como usted. A mí me costaba ustearlo. Me costaba resto. Pero yo no me le rebajo a nadie. No hay que agacharle la cabeza a ningún malparido, me dijo Carlitos el dañado. Damián me miraba sonriendo, como siempre, como diciendo, vean a esta hijueputa. Yo disfrutaba un poquito dejarlo azul, sin qué decir.

Cuando los creyentes acabaron de pasar la calle, de bajarse en familia de un carro, de abrazarse, besarse, agarrar bien duro la biblia debajo del brazo, agacharse a comprar un disco de música pirata, decirle al conductor que esperara un momentico que ya venía una hermanita, subirse y subirse en los buses que estaban al frente del nuestro, parar taxis y comprar salpicón y helado, pudimos continuar nuestro viaje. Igual no faltaba mucho.

Apenas pasada la 26 comenzaron a pararse los roqueritos que iban con nosotros. ¿Nos bajamos? De una. Miniprocesión por el pasillo del bus. Había un niño que nos miraba a todos atento. Yo le sonreí. El volteó a ver a su vieja como buscando su aprobación. Se puso un dedo en la boca y se volvió. Le hice chao con la mano. No dejaba de mirarme. Seguí observándolo desde afuera.

Bueno, ¿y entonces?, dijo John frotándose las manos. Comprémonos un chorrillano. Breve, dijo Juana. Chiqui sacó de su mochila una botella de Sansón que tenía unas copas de plástico blanco sobre la tapa. Uy ¿Sansón?, otra vez Juana. Marica, este vino siempre me acuerda de Melisa, una nena de filosofía. Siempre andaba con una botella en la mochila. Melisa la platónica. Y se reía. John me miró, con una sonrisa escondida y sin alejarse de mis ojos se tocó dos veces la cabeza con el índice. Yo tengo una patica, le dije. Un patacón, me dijo cuando se la mostré. El olor a jacho había salido también de la bolsita. La prendí de una y comenzamos a caminar hacia el Simón. Había muchos parches como el nuestro.

No, vengan, pero todavía no entremos, dijo María. Esperemos un rato. Sentémonos en un parquecito que queda por allí. Y como siguiendo órdenes volteamos a la derecha ahí en la cincuentaytres. Faltaban diez para la una. Había sol parejo y algo de calor.

Caminamos dos o tres cuadras y de nuevo a la derecha. Nos encontramos con un parque pequeño. Nos sentamos en el pasto y abrieron el Sansón. Teníamos tres copas. Chiqui repartía llenando la copa casi hasta el borde. Yo, como todos, me lo bajé de una. Esto es bueno para la memoria, dijo Primo. Mi mamá me daba cucharadas de Sansón combinado con lo del Tarrito Rojo siempre en las mañanas. Pero a usted como que no le sirvió de nada, le dijo María. La memoria que me queda es gracias al Sansón, le respondió riendo.

Estuvimos hablando mientras nos bajábamos la botella de vino. A mí me había dado un hambre tenaz. Ya se lo había comentado a Juana y a Andrea. ¿Vamos a comer algo? Pregunté. Nadie dijo nada. Jalé a Juana de la mano y dije entonces ya volvemos. Cualquier cosa nos marcan.

Salimos otra vez a la cincuentaytres para ir caminando a la sesentayocho. Yo por ahí vi unos chucitos de comida, le dije a Andrea, que también venía con nosotras. Llegamos a una frutería-cigarrería donde había un poco de todo. Yo quiero una empanada. Juana habló primero mirando la vitrina de vidrio que estaba sobre una mesa. Tenemos de carne, pollo y mixta, dijo la señora del lugar. Yo pedí una de pollo y una Ponimalta. Me volvió el alma al cuerpo con el primer mordisco. No era una empanada fresca pero no estaba mal. Con hambre uno se come lo que le sirvan, me decía mi mamá siempre que me ponía en frente un plato de coliflor.

Cuando íbamos de nuevo al parque llamaron a Juana. Dijeron que ya venían hacia donde estábamos para ir entrando al Simón. Los esperamos en el semáforo. Los roqueros seguían pasando. Era como si se hubieran preparado para una exhibición, para una ceremonia. Cresta de quince centímetros con visos azules de jabón. Gabardina de cuero un poco más arriba de los tobillos. Blusa de cuero con gran escote. Pelo liso de hombre hasta la cintura. Pelo crespo de hombre hasta la mitad de la espalda. Uñas pintadas de negro. Camisetas de Iron Maiden, Metallica, Def Leppard, Creator, Masacre, Aborted, Luciferian, Acutor, Witchtrap, Casualties, Eskorbuto, Ministerio de

Vagancia. Mechones rosados y azules. Anillos que parecían prótesis plateadas para dedo. Botas, resto de botas. Pasó una parejita con unos lentes de contacto que les permitían tener ahora ojos de gato. ¿Y mi pinta? Nada especial. Ahí vienen, dijo Juana.

Comenzamos a caminar por la seisocho hacia el norte como los demás. Pasaron unos tombos en bici. Un parche más adelante estaba fumando yerba de la manera más descarada. Pola a tres, a tres, a tres. Uy, aguanta una polita. Unas dos, me dijo John. Póker a tres. Pokerón, Pokerón, Pokerón, Pokerón. ¿A cómo el Pokerón vecina? A tres quinientos mi amor. Seguimos caminando. Agua, agua. Guaro, guaro, guaro. Un cigarro por favor. ¿Setecientos? Seguíamos avanzando. Me quedaba en los pregones de los vendedores. ¿Cómo sería el mío? ¿Dónde llevaría el acento? ¿Haría un silencio intermedio? ¿De cuántos tiempos? ¿Gritaría? ¿Megáfono? En esas me encontré con una señora preciosa. Tenía unos cuarentaytantos. Su pregón no era un pregón. Era un discurso, la exposición de una filosofía. Pola muchachos, decía. Pola muchachos, beban, beban. Beban, beban, dróguense, hagan el amor. Pola, pola, vivan muchachos, beban, hagan el amor. Y ante semejante sabiduría, nuestro único agradecimiento era una polita. Yo pedí la mía. ¿Me la dejas en dos quini? Claro preciosa.

El discurso de la señora me motivó. Me hizo dar algo de felicidad. Damián se me acercó. Oiga, salud. ¿Y por qué brindamos?, le dije. Por el rocanrol. Por el rocanrol. Me bajé media pola de una. Estaba deliciosa, congelada. ¿Y entonces cuándo es la otra?, me volvió a insistir. Pues hoy. No, la otra pola. Tomémonos esta, le dije. De nuevo la sonrisa profana. Me derretí un poquito y me acordé de las advertencias de Juana. Como si yo no supiera quién era el man. Como si, hágame el favor, yo no pudiera irme a tirar esta noche con él sin pretender nada más que amanecer viva en unas cobijas de fuerte olor a detergente. Se acercaron todos los del parche y seguimos avanzando. Íbamos ya llegando a la sesentaytres.

Bueno y entonces ¿quienes son los que van a entrar la yerba?, preguntó María extrañamente. Se ofrecía. A ella seguro no la

paraban. De pronto le hacían calle de honor. Mejor que la entren las chicas, dijo Damián. ¿Qué tenemos? Pregunté. ¿Quienes traen moño? Como en una clase John, Damián y Primo levantaron la mano. Muy bien, muy bien, les dije. Yo tengo unos pegados. Entonces sentémonos y ahí cuadramos todo.

Nos sentamos en las montañitas que se forman ahí por la glorieta de la sesentaytres. Yo seguía mirando el carnaval. Damián se sentó a mi lado y dejó su moño entre el espacio que quedaba entre él y yo. No era tan grande. Para esas ocasiones siempre llevaba un pantalón pegado y vestido por encima. Cuando creí que nadie me miraba, templé el vestido con mi espalda y mis rodillas y haciendo algo de malabar, me lo metí entre el pantalón y los cucos. Verifiqué qué tanto se sentía y quedé satisfecha. María había metido unos pegados de John entre un paquete de protectores. ¿A lo bien?, le pregunté. Si tú quieres, ella te entra hasta una media, dijo John. Juana, que era la otra voluntaria, dijo estar lista. ¿Pa'dentro?, preguntó John. Pa'dentro.

Llegamos al filtro. Un man en un megáfono decía las cosas que no se podían entrar. Estupefacientes, bebidas alcohólicas, sombrillas, cinturones, botellas. Al lado una señora, se guardan, se guardan, se guardan. Por esta fila las mujeres, me dijo una chica de chaqueta roja. Nos quedamos ahí mientras los chicos iban algo más a la izquierda. Me acordé de la yerba que llevaba. Todavía había unas 20 nenas delante de nosotros. Pasaban según les decían. Les asignaban una tomba y alzaban los brazos abriendo también las piernas. Estamos apenas para entrar a GBH, dijo María. Difícilmente le pude responder algo. No dejaba de pensar en las tombas. Unos metros atrás estaba el camión y ya iba con pasajeros.

La fila avanzaba rápido y estábamos a punto de llegar. A lo lejos se escuchaban los anuncios del megáfono. La misma voz de siempre. Quise distraerme para no pensar en nada. A la chica de adelante la estaban esculcando demasiado. Era mi turno. Una señora de unos cuarenta. La saludé y le sonreí. ¿Lleva drogas? No, nada, le respondí. Medio me tocó arriba de las caderas y listo.

Siga. Me pareció algo irreal. Todo ese susto para nada. Un saludo. La técnica para que los celadores me dejaran entrar sin preguntar más. Por favor avance, me dijo otro de chaqueta roja, por estar esperando a las otras chicas. Vi venir a María sonriendo, luego a Andrea, pero Juana no aparecía. Marica, la están esculcando resto. Ahí no hay nada, dijo María. Ahorita viene. Y sí. Al rato apareció. Parce qué malparida, nos dijo. Y detrás de ella venían los manes, cagados de la risa.

Entramos. Había buen sol. Anunciaban a GBH. Caminamos hacia el fondo. No estaba tan lleno. Por ahí un tercio. La gente se tomaba fotos haciendo gestos extraños, de locura, de descontrol. ¿Para qué los gestos?, me pregunté. Estamos en la demencia. Rock al Parque, Bogotá, Colombia, Santos presidente, Donald Trump como candidato en la usa, solo falta que gane.

Desde que entramos el olor a incienso. Pasamos las columnas que estaban en medio de la plaza. Al escenario estaba saliendo un mono viejo con chaqueta de cuero y los pelos parados. Esa mierda, hijueputa, decía un roquero cucho que ya estaba enfarrado. Bogotá, gritó el mono. Y la gente le devolvió solo energía. En nuestras narices se había formado una licuadora. Qué gonorrea, dijo Damián. Nos tocó quedarnos ahí. No había por dónde avanzar. Yo quería estar más cerca. Quería ver al mono.

Después de que se acabó la primera canción, tuvimos un espacio y entre empujones nos logramos acercar más. Sonaba *City Baby Attacked by Rats*. Damián me pidió la yerba. Me le acerqué a Juana para que me cubriera y saqué la bolsita. Si quiere, yo tengo algo pegado, le dije. Sonrisa profana. ¿Y el brico?, le pregunté. Me lo quitaron. Le pregunté al man a mi izquierda si tenía fuego y me dijo que claro. Sentí ese saborcito a hierbas que solo da el primer plon. Me acordé de la señora de afuera y me sentí feliz. Dejé salir el humo de forma placentera, como cuando fumábamos en el cuarto de Felipe, desnudos y acostados sobre la cama después de tirar.

Chiqui se enloqueció cuando comenzó la guitarra de Sick Boy. Se fue corriendo a buscar un pogo, el que fuera. Estaban

locos. Danzaban dando vueltas, puños y patadas. Otros saltaban y gritaban cada vez que decían sick boy. Y era muy poco el tiempo para enloquecerse, la canción se fue muy rápido. Todos terminaban energizados, felices. Chiqui volvió. Le pidió la gorra a Andrea. Se la puso y me miró sonriendo.

La presentación de GBH pasó rápido, como sus canciones. De ahí en adelante no había nada bueno hasta Suicidal. Decidimos ir a parchar a otros lados, a buscar dónde sentarnos un rato. Estuvimos en el punto de hidratación y me tomé dos vasos de agua de un sorbo. Seguimos caminando hacia los otros escenarios. Nos sentábamos, hablábamos, reíamos. Nos parábamos, íbamos a caminar un rato y de nuevo lo mismo.

En esas caminatas casi siempre estuve hablando con Damián. Me contó algo sobre el trabajo de su tesis. Me dijo que estaba estancado. Que ya no le veía sentido a nada. Que era inmensamente estúpido estar en una escuela de filosofía, que era una vergüenza. Que tenía dudas sobre dónde encontrar el conocimiento. Que tenía ganas de irse bien lejos, a la montaña, donde suenan las estrellas y se escucha el sol. Que estaba mamado de estar en un supermercado como este.

En un momento en el que nos alejamos del parche para ir a buscar cualquier cosa, me dijo incluso que había pensado suicidarse. Me habló de los imaginarios colectivos, de la especie humana, de la construcción social. Y mientras lo hacía, miraba al más allá. Se veía conmovido, concentrado. Yo escuchaba atentamente cada cosa. Nunca pensé darle ánimo. Su diálogo era elocuente, brillante, triste.

Es un delito animar a alguien a estar vivo aquí, le dije. Pero le hablé de esa parte de *Basura* en la que el escritor dice que espera prolongar su suicidio hasta el día de su muerte. A mí por lo menos eso me había servido. No sé ni por qué.

Le dije que también había pensado en el suicidio. Que había días en los que me sentía harta, cansada, sin deseos de respirar. Que el supermercado era la mejor manera de describir el mundo

actual. Que a veces me sentía debajo de una montaña de la que no podía ni quería salir. Porque la depresión también se vuelve vicio.

En ese momento pensé, aunque muy rápido, que con el man tenía varias cosas en común. Una manera de ver el mundo. Esa misma melancolía que no se puede sacar ni a punta de carcajada. Esa visión pesimista de la existencia que no nos permitía alegrarnos de nada porque al fin y al cabo mañana todo seguiría mal. Y esa sonrisa profana. Esa sonrisa que carga toda nuestra tristeza, nuestro desamor. Esa burla continua por lo real, por lo oficial.

Me sentí estúpida. Lo abrazaba y lloraba como hacía resto no. Él me abrazó fuerte. Me gustó. Esperé a que intentara darme un beso pero nunca lo hizo. Me imaginé lo ridículo de la escena. Qué cursilería. Qué maricas. Qué huevonada. Dos idiotas chillando tristes en un Rock al Parque. Patéticos.

Nos acostamos en un pasto y dejamos de hablar. Guardamos un silencio necesario después del showcito de antes. ¿Ya qué putas le iba a decir? Ni siquiera mi mamá sabía tanto, y aunque Juana sabía varias cosas no se las había dicho con el mismo drama que a Damián. ¿A lo bien lloró? Me la imagino burlándose de mí. ¿Es que se van a casar? ¿Van a tener hijos para mandar a sufrir al colegio? Y luego su risa inclemente.

¿Vamos?, me preguntó. Nos reunimos en las comidas con el resto. Miré mi reloj y eran las ocho y media. Les pedí a todos que fuéramos hacia la plaza para hacernos adelante. Ya había resto de gente muerta en el pasto. Yo también estaba mamada. Me dolían las plantas de los pies. No sé cómo hacen para aguantarse esas botas todo un día. De pronto hace parte del ritual de autodestrucción. ¿Y Damián qué? ¿Dónde estaban? ¿Dándose Besitos?, comenzó Juana. Ay marica. Le dije.

Estábamos entre mucha gente tratando de avanzar lo que más pudiéramos para estar cerca del escenario. Desde Los Ángeles, California. Anunciaban. Suicidal Tendencies. Ya casi no podíamos avanzar. Ahora sí estaba más llena la plaza. Nos quedamos donde pudimos y nos acomodamos tratando de permanecer cerca.

Prendieron un bareto que me hizo llegar Andrea. Pensaba en la escenita de antes. Marica, yo nunca me imaginé que usted fuera tan cursi. Veía a Juana acostada en mi cama diciéndomelo. Como para cagarse de la risa. ¿Y qué le dijo? ¿Que lo amaba? Era la maldita que mejor se burlaba de mí.

Mike Muir corría de lado a lado en el escenario. Todo era tal cual lo había visto en internet. Me lo había perdido la vez pasada que vinieron. Hoy era imperdonable. El man escurría el sudor atrapado en su pañoleta haciendo presión con todo su dedo índice contra su frente. Colombia. Decía. Estamos locos. Estamos locos, me dijo Primo. Le hice que sí con un breve movimiento de cabeza y no pude evitar soltar unas carcajadas. Tocaron los temas clásicos. *You Can't Bring me Down*, *War Inside my Head*, *Cyco Vision*. Solo faltaba el tema que escuché por primera vez viendo *Mucha Música* una tarde en mi casa: *Institutionalized*.

Sonó la contraseña. Redoble, toms de aire, hi hat, redoble. Jueputa. Grité. Chiqui ya estaba saltando. Comencé a cantar al tiempo con Mike. Lo acompañaba en cada frase. Llegamos al coro. *I'm not crazy, you're the one who's crazy*. Seguíamos cantando al tiempo. Mike y yo. Por un momento estuve encerrada con él en un cuarto-cárcel mientras mis papás me preguntaban cosas y me decían que estaban preocupados por mí. Era mi parte preferida de la canción. Canté con las entrañas. *What are you trying to say? I'm crazy? When I went to your schools. I went to your churches. I went to your institutional learning facilities. So how can you say I'm crazy*? No creía estar ahí. Viéndolos así de frente. Tocando para mí. Para un montón de gente rayada con muchas cosas de la vida. Me sentí feliz. Estuve tranquila por un buen rato.

De salida caminamos lento. Sabíamos lo que esperaba afuera. Tratar de comer algo. Caminar hasta el Transmi para colarnos y, si no, tratar de cuadrar una vaca para un taxi. Nos quedamos atrás con Damián. ¿Qué tal estuvo?, me preguntó. Brutal. Parce, qué energía. Menos mal que no llovió, me dijo. A mí no me hubiera importado. Este concierto no me lo podía perder. Sí, era imperdible.

Tenía resto de ganas de darle un beso. Según las advertencias de Juana era como para que ya nos hubiéramos rumbeado unas buenas veces. Pero nada. Estábamos solo parchando, caminando. Tal vez sería más tarde, o al día siguiente. Después de lo de la chillada eso era lo de menos. §

Dos microcuentos y un cuento

Por Samuel Sabogal

Nació en 1999 en Bogotá. Cursa Estudios Literarios en la Universidad Javeriana. Editor y corrector de contenidos de la revista *El Balcón* (Fundación Tomás Rueda Vargas). Miembro del equipo editorial de la revista *Horizontes* (Colegio de Estudios Latinoamericanos de la UNAM). Ilustrador de la revista *20/20* y miembro del equipo editorial de la revista *Piélago,* ambas de la Javeriana.

Bogotá en cien palabras

Sobre el asfalto de la autopista sur, cuando el cielo se quiebra y el viento tuerce los árboles, brotan de las alcantarillas los hombres de la lluvia. Algunos dicen que se lanzan a las calles buscando sombrillas de colores, cuyos dueños se han extraviado. Otros dicen que trabajan en los túneles por donde pasa el agua sucia, que llevan años colgando paraguas en los huecos de los caños. Lo cierto es

que cada mañana, llegando al puente de metal, veo en el reflejo del agua un arcoíris de telas que crece debajo de la tierra.

Sermón en S sostenida

Siempre sitúo la s al inicio. Suena la saliva en el silbido. Se llama con s, se dice la s, se saborea, suavemente, la sensación de soltarla. Una serie de emociones se producen con la s, es feliz la s y en la tristeza también se siente. S de sentir, de saber, de saborear. S de sublime y s de sustancia. Sobre los cielos se sube la s. Santísima s, sacra s, sé s por los siglos de los siglos, amén —que así sea, que es su significado—. Santificada seas s, santiguada en los sábados, superiores a los domingos. Siete son los días. Sin s Dios no sería. ¡Sacrilegio! Hay s en el sexo, en las sabanas en los besos y en amarse. S en seducir, en senos, en semen y en orgasmo. S en Satanás. Pero es que se sabe, si su forma se enzarza arriba y desciende a las sombras. No es secreto, pero debe saberse en silencio. S, sedimento de las civilizaciones, suprema señora de los seres —porque todo es sangre, savia o sal—, soy semilla entre el suelo, silencio en el espacio, potencia de ser. S sagrada, sálvame de ser suspiro en el sonido sempiterno de esta sociedad.

S. S.

(sin título)

Ariadna se sentó en el centro de su sala. Como siempre ningún espacio demasiado amplio y tampoco demasiado encerrado. Los muebles la ayudaban a delimitar las zonas tal como las necesitaban su cuerpo y su mente: 20 baldosas, de 20x20 centímetros cada una, marcaban el largo del cuarto; otras 20 baldosas, también de 20x20 centímetros cada una, se acomodaban en el ancho de la habitación. 6 cuartos en total y el único que nunca terminaba de encajar era

el baño. Ese era el único espacio de la casa que Ariadna detestaba. Siempre le faltaban unos milímetros para que el espejo cubriera toda la pared, para que no quedaran huecos entre la división de la ducha y la basura, y para que el papel estuviera a la misma distancia del lavamanos y del inodoro. Lo había intentado todo.

Pero nada estuvo tan mal como cuando, dos noches atrás, con la intención de engañarse a sí misma, acomodó —según las gamas de colores— cada uno de los frascos idénticos que contenían todos sus menjurjes. Apenas terminó, se sorprendió al notar que de alguna manera por fin lo había conseguido. De pronto se tropezó con las líneas de las baldosas. De lo confundida que quedó se lavó las manos y los dientes en la ducha y se bañó en el lavamanos. Lo peor de ese día no fue el dolor que sentía en todo el cuerpo, sino que el cabello le olía a jabón y las manos a champú. Para solucionarlo tuvo que andar todo el día con los brazos levantados y sujetar las cosas con la boca, de lo contrario habría parecido una desquiciada.

Es cierto que en su oficina muchas personas la miraron de un modo diferente. Quizás con algo de aprecio, porque por primera vez en mucho tiempo sentía que le sonreían. No lo sabía con certeza, pues la mayoría del tiempo estuvo de cara contra los documentos, poniendo firmas con su boca y marcando imprecisiones. Fueron las carcajadas seguidas de toses intensas las que le dieron esa impresión. Al fin y al cabo, cuando a ella le agradaba alguien reaccionaba igual: no podía parar de reír hasta toser azul, aunque solo la saludaran.

El trayecto de regreso a su casa fue una tortura. Casi se le rompe la mandíbula sosteniéndose de las sillas con cada golpe o giro brusco que daba el bus. Y ni hablar del hombre que trató de enredarle las manos en las barandas dizque para que se sostuviera mejor. De verdad que vivía en una ciudad de locos. El día lo terminó igual que como lo había empezado. Llenó de champú el cepillo de dientes y se frotó la cabeza contra la barra de jabón. Al acostarse, acomodó los brazos sobre la almohada y se tapó con la boca.

La mañana siguiente decidió no correr riesgos. Colgó una cuerda en medio del marco de la puerta del baño y la tensó con fuerza.

Abrió el cuarto y se abalanzó sobre la liana improvisada hasta el interior de la ducha. Solo usó agua para lavarse. Pero cuando cerró la llave y puso los pies afuera comenzó a derretirse sobre el piso. Se volvió líquida y se extendió por todo el suelo como lo que era: un charco de agua. Por suerte, el tiempo la secó y pasó de su forma de mujer de agua a mujer de carne, salió como pudo del baño y se vistió para el trabajo.

Cuando llegó a su oficina notó que mucha gente la veía a través del módulo de vidrio que la separaba ilusoriamente del mundo. Las miradas la pusieron tan nerviosa que comenzó a volverse de nuevo una mujer de agua. Primero la frente y las manos. Luego las axilas y la cintura. Terminó hecha un charco entre su silla, el piso y la separación de cristal. Al secarse de nuevo ya había terminado la jornada, no quedaba nadie a su alrededor. Salió del trabajo y volvió a su casa a pie.

Ahí estaba ella, sentada en el medio de su sala. Hecha un manojo en su cabeza y en su corazón. Se levantó y caminó en una L perfecta hasta el cuarto de baño. Abrió la puerta y dejó que sus capas de mujer Picasso se desenvolvieran entre las imperfecciones de ese mundo tan irregular.

Al primer paso se volvió de líneas. Viajaba entre trazos cuidando que sus ojos y su boca y su nariz no se le escaparan, que sus pechos siguieran en su lugar y que la planta de los pies no se le volteara hacia arriba.

El segundo paso les dio vida a los trazos y toda ella temblaba al son de ritmos superpuestos. De sonidos como de hollejos en voluta partiéndose como galletas, como de mesa hecha de plumas de cuervo que canta en el medio de un rosal, como de grito de cucaracha con una manzana enterrada en la espalda. Y ella, tal como la cucaracha, se encerraba en el cuarto de sí misma, se adentraba en sus capas y presentía su libertad. El tercer paso la dejó de pie frente a la ducha. ¿O en medio? Tomó el champú y cubrió todos los trazos vibrantes y con los dedos del pie dejó regar el agua por todas partes.

Un mes después forzaron la puerta del apartamento. Ya debía la renta. El casero vio en el medio de la sala un cuadro blanco rodeado por bordes negros. De allí se desprendían más cuadros formando una L. En progresión, cada cuadrado se separaba en cuadrados más pequeños y algunos dejaban de ser blancos y se volvían rojos, amarillos o azules: como un Mondrian.

Al final de la L, la puerta del baño.

Rosas de pintura y pedazos de cubos Rubik la cubrían. El casero abrió solo para encontrarse con la habitación más ordenada y perfecta que había visto en su vida. Frascos como un arcoíris que terminaba en blanco justo en frente de la ducha y en ella el agua corriendo calmadamente sobre un manojo de cabellos negros que parecía bailar al ritmo del silencio. §

Volante

Por Diana Moreno

Nació en Bogotá en 1987. Estudió Licenciatura en Humanidades y Lenguas Extranjeras en la Universidad Pedagógica. Actualmente trabaja en su propio proyecto de emprendimiento con material reciclado.

Repasaba la acera para dar mi siguiente paso cuando vi un volante frente a mis ojos. Lo recibí porque no tenía el espacio suficiente para rechazarlo y lo arrugué en mi bolsillo. Subí al bus, busqué una silla que no fuera azul y descargué toda mi humanidad buscando la mejor posición para dormir durante las dos horas de viaje. Antes de cerrar los ojos, esculqué mis bolsillos para revisar el cambio y encontré el volante. **¡Le ayudamos a elegir la mejor forma de suicidio! Llámenos y pida su cita**. Leí nuevamente el enunciado convenciéndome de que debía haber leído mal la palabra subsidio.

¡LE AYUDAMOS A ELEGIR LA MEJOR FORMA DE SUICIDIO!

Llámenos y pida su cita

Hacemos llegar al que sea a su velorio, arrodillado, cantando, arrepentido, llorando. ¡Usted elige!
Logramos que su suicidio sea recordado el tiempo que usted desee.
Obtenga ayuda para dejar la nota ideal
y la hacemos llegar a quien usted quiera.
Las primeras 10 personas que lleguen con este volante obtendrán totalmente gratis su medio de suicidio (lazo, veneno, arma, etc.).
No se atiende por Whatsapp

Decidí llamar para reírme un poco.

—¡Buenas tardes! ¿En qué podemos colaborarle?

No tenía la menor idea de qué decir o preguntar, me avergonzaba decir:

—Hola, es para lo del suicidio.

La señorita muy amablemente replicó:

—¿En qué le podemos colaborar? ¿Necesita asistencia con su suicidio?

—Sí, ¿podría explicarme un poco más acerca de sus servicios? —dije riendo.

—¡Por supuesto! ¿Cómo se enteró de nuestros servicios?

—Por un volante.

—De acuerdo, gracias por su colaboración. ¿Usted tiene afán de morir?

—Nooop

—…ya que solo por este mes usted recibirá un 30 % de descuento en nuestro Plan Paraíso y prácticamente resultará pagando el Plan Limbo con todas las ventajas del Plan Paraíso. ¿Qué le parece?

—¿Bien? Supongo.

—De acuerdo. Entonces, ¿para cuándo planea su muerte?

Sonaba tan convencida y amable que me asusté.

—No sé, no lo he pensado.

—Comprendo, diariamente nos llaman personas como usted, pero no se preocupe, por ahora le explicaré nuestras alternativas: ¿le gustaría escuchar las bondades del Plan Paraíso?

—¿Sí?

—Perfecto:

nuestroPlanParaísoincluyeloteobóvedahastaporcuatroañosocremaciónde acuerdoaloqueustedprefiera.Nosentendemosdirectamenteconfiscalía,asíquenosotrosmismoslollevaremosaMedicinaLegalparaquelerealicenlanecropsiamúltipleyseconstatesusuicidio. Asimismo,laordendelaentregadesucadáverseleharáaquienustedautorice.Además de alistarsu registrocivildedefunción,embellecersucadáver,alistarelsalóndevelaciónyeltrasladosuyoydelossuyos,nosotrosllevaremoslasdamasocaballerosdecompañíafúnebrequeseannecesariosparallorarla. ¡Y no solo eso!Todosusaránsuscoloresyprendasfavoritas,queseescuchesumúsicapreferida.Todosentenderányexcusaránsudesición.Hacemosquesusfamiliarescumplansuúltimavoluntad. ¿Qué le parece?

—No sé, no creo que puedan hacer esto último.

—¿A qué se refiere?

—Pues lo de mis familiares, no creo que puedan lograr que hagan lo que yo quiera.

—¡Claro que sí! Debo recordarle el valor sentimental que conlleva un suicidio. Todo familiar querrá hacer plácida su muerte ya que por obvias razones sentirá que no lo logró en vida.

—No, señorita, créame es imposible.

—Nada es imposible para nosotros.

—¿Lo que ustedes hacen es legal?

—Los aspectos legales están al día, los morales los pone usted.

Una llamada entrante me impedía escucharla claramente; pero, ¿moral?

—Bueno, dígame un ejemplo de moral del que podría disponer en mi suicidio asistido —dije furiosa.

—Por ejemplo, usted puede justificar su suicidio, mostrarlo como un acto heroico, como una salida a una muerte lenta, publicar sus obras después de su muerte, eso siempre asegura reconocimiento póstumo y la estabilidad de la familia… Mejor dicho: ¡lo que usted prefiera!

—Me parece enfermo.

—Tranquila, haremos que a su familia no se lo parezca.

—No, usted no me entiende. Digo que me parece enfermo que ustedes se atrevan a ofrecer dichos servicios.

—¡Tranquila! Nosotros entendemos por lo que está pasando. Créanos, vivimos esto a diario.

—Bueno. ¿Y cómo podría comprobar que cumplieron con todos sus servicios desde mi tumba?

—Por medio de un acto de fe.

—¿Cómo? Me está diciendo que un suicida debe actuar con su fe para que se haga su voluntad.

—Así sea.

—¿Así sea?

—Discúlpeme, estamos en medio de un sepelio. Lo que quise decir es que debe confiar en nuestro profesionalismo: somos 1000 % efectivos.

—¿Qué suicidios han asistido de forma mil porciento efectiva?

—La mayoría.

—¡Ajam! ¿Y podría darme un ejemplo y explicarme qué lograron?

—Por supuesto, el señor Mario Sáenz nos contrató en la mañana.

—¿Mario? Comprendo... ¡Es una maldita broma!

—No lo es, con la muerte no se juega.

Me aterró pensar que todo lo que estaba oyendo pudiera ser cierto. Con nerviosismo le pregunté:

—Bueno, entonces cuénteme: ¿cómo y cuándo se mató Mario? ¿Y ustedes cómo le ayudaron?

—Los detalles de nuestros clientes están protegidos por el Habeas Data. Lo que le puedo contar es cómo le ayudamos.

—Bueno, entonces dígame cómo rayos le ayudaron.

—Esta mañana le entregamos nuestro volante a su esposa. Esa fue su última voluntad. §

Días de duelo

Por Marisella Zamora

Bogotá, 1977. Estudiante de Ciencia Política. Bibliotecaria de la Orquesta Sinfónica Nacional de Colombia. Semifinalista en el 9º Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación Nacional. Sus textos han sido publicados en diversos portales literarios.

Esa mañana, como era habitual, Boris Kusma tuvo la certeza de que empezaría a escribir su obra cumbre. Por desgracia lo acompañaba una jaqueca recurrente, unida a la sensación de memorias perdidas que empeoraba a medida que avanzaba el día. Sin embargo estaba dispuesto. Su ínfima pensión no bastaba para cubrir los gastos de un escritor, de modo que tras un ligero desayuno y luego de revisar los titulares de prensa, se internó en su estudio.

Sabía que lo más difícil del proceso era plasmar las primeras líneas, así que para salvar ese inconveniente había optado por apuntar cuanta idea viniera a su cabeza. Tomando algunos de aquellos apuntes al azar y luego de revisarlos y ordenarlos durante un buen tiempo, se sentó frente a su máquina y escribió: "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo…", Pero en este punto se detuvo. Acababa de recordar que esa ya era una obra cumbre. Lo atropelló un remolino

de recuerdos respecto de la misma y de su autor. Preso de un pánico senil, se abalanzó sobre el imponente ejemplar alojado en su biblioteca solo para constatar que efectivamente la obra ya existía.

A la mañana siguiente, Boris Kusma se sentía dispuesto de nuevo. Tras repetir maquinalmente los mismos hábitos, tomó algunas de sus notas, se sentó frente a la máquina y escribió: "Cierta tarde de principios de julio, muy calurosa, un joven abandonó la mísera habitación que tenía alquilada en la calleja de S…". Pero tal como le sucediera el día anterior, un frágil momento de lucidez le devolvió en un minuto todo un mundo que ya había sido creado. Furiosamente, arrancó del estante el ejemplar de *Crimen y castigo* e hizo la cruel comprobación.

Para qué relatar tanta penuria. Basta con decir que al buen Boris Kusma le venía ocurriendo lo mismo desde hacía mucho tiempo, con Kafka, Dante, Shakespeare, Víctor Hugo, Poe, Lorca y Hemingway, solo que, por una treta miserable de su agitada cabeza, al día siguiente era incapaz de recordar esos episodios.

Un día, Boris Kusma se despertó especialmente dispuesto. Salió a cobrar su pensión, compró algunos víveres y hasta se mostró cordial con los vecinos. Estaba ansioso por comenzar a escribir. Tenía en su cabeza toda una historia perfectamente organizada, que pujaba por salir. En un rapto de inspiración increíble, Boris Kusma tecleó con ardor sobre las hojas pulcras durante todo el día. Con la satisfacción de saber que retomaría la escritura de su novela al día siguiente, se fue a descansar.

La mañana lo sorprendió con una terrible jaqueca y un fuerte aguacero. Boris Kusma se preparó su café y recogió la prensa. Los titulares anunciaban días de duelo nacional. Un célebre escritor había fallecido. "No tan célebre —se dijo—. No conozco su obra". Leyó la nota que ocupaba la primera plana y toda la sección nacional. A medida que avanzaba en la lectura, una desagradable sensación de memorias recobradas se le fue regando por todo el cuerpo hasta concretarse en gotas que bajaban de los ojos al cuello, daban vueltas por la espalda y se aposaban en las manos, mojando el papel. En

efecto, un célebre autor había fallecido. Dentro de las muchas citas de los libros escritos por el difunto, Boris Kusma había reconocido con angustia una frase: "Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento…".

Consternado, levantó lentamente los legajos que había escrito el día anterior solo para comprobar que la primera línea de su obra cumbre era exactamente igual a la que acababa de leer en la prensa. Con dedicación, rasgó cada hoja, cada apunte y cada libro de su biblioteca y fue arrojando esos despojos de literatura a la chimenea primero, a la estufa y al horno después, y se sentó a esperar en silencio durante horas hasta que la última letra fue consumida por el fuego y sus pulmones se colmaron de un intenso humo de palabras. §

Evanescencias

Por Lina Rojas Camargo

Nació en Bogotá en 1986. Traductora, correctora de estilo y escritora bogotana. Actualmente se dedica a la docencia universitaria y a la investigación en prácticas de lectura y escritura.

Desde que usted se fue, Juan Carlos, el único ser inteligente en la casa parece ser el perro, que a partir de ese mismo día dejó de entrar a su habitación para acostarse en la cama a esperarlo; ahora pasa de largo y es como si ese cuarto no existiera, y pienso que esa es una manera muy inteligente de sobrellevar la situación, aunque en casa nadie parece entenderlo.

Las primeras semanas mi mamá no quería comer ni bañarse, y cuando le acercaba la comida la rechazaba y gritaba que se quería morir. Lloraba todo el día. Yo le seguí preparando sus tres comidas respectivas, aunque ni siquiera las probaba. Es como si un parásito voraz se le hubiera colado en el cuerpo y se la comiera con toda la pereza posible. Mi papá —usted ya sabe cómo es él— siguió con la vida, pero caminando como si cargara un peso constante en el cuello que no le permitiera despegar la cara del suelo. Yo traté de llevar las cosas lo mejor posible, les hacía chistes de vez en cuando, pero sé que solo se trataba de sonrisas pálidas que nos obsequiábamos mutuamente para sobrellevar la densidad del silencio de los

domingos a la hora del almuerzo. Después de un tiempo dejaron de reírse y yo de fingir, y "mejor no decir nada" se volvió el lugar más seguro de la casa.

Le confieso que cada mañana cuando me despierto también siento ganas de largarme muy lejos, Juan Carlos, de olvidarme de todos, y fantaseo con una vida como la suya, sin familia, sin afectos obligatorios, sin vínculos, sin contemplaciones. Una película en la que uno puede decidir quién quiere ser cada día. Si la familia es el único conjunto de seres que lo conoce a uno realmente, si solo la familia sabe los secretos vergonzosos y las perversiones y manías de cada ser humano, y uno logra esquivarla, escapar de su alcance, supongo que con esto se gana un margen de libertad íntima considerable. Aunque a veces también dudo de esto, y para no ponerme sentimental me gusta conformarme con pensar que uno de los dos se le fugó al sistema. Usted se libró de un solo tajo del peso de la herencia, la sangre y la memoria, y lo envidio en secreto por eso.

Yo estaba en cuarto de primaria cuando usted nació. 1994. El año de *Afuera*. Nos recuerdo ahora mismo a los dos, una tarde de mayo. *Afuera tú no existes, solo adentro*. Usted, de unos cuatro meses de edad, llorando a todo pulmón sin razón aparente la primera vez que mi mamá se fue a la tienda y nos dejó solos. *Afuera no te cuido, solo adentro*. Yo, con el uniforme del colegio, llorando en silencio y meciéndolo en mis brazos, en una actuación muy pobre de madre sustituta de ocho años, con la música en la televisión a todo volumen. *Te desbarata el viento sin dudarlo*. Fue, sin duda, un momento premonitorio de sus obstinaciones y de mi rol de espectadora de sus ruidosos errores. *Nadie es nada solo adentro*.

A veces pienso cómo serían las cosas si usted volviera y todo fuera como antes y, para serle franca, no me agrada la idea. Sé que mis papás lo celebrarían mucho, pero yo no quiero que vuelva nunca más. Usted y yo nos hemos movido siempre en un tablero de ajedrez en el que su presencia me define, sus acciones me definen, y estoy casi obligada a hacerle contrapeso, debo ser todo lo que a usted no le da la gana ser; pero desde que no está, esa sensación

se difumina, y poco a poco me curo de tenerlo cerca como quien sana de una enfermedad de esas que se han tenido por tanto tiempo en el cuerpo que hacen de la naturalidad de la salud la cosa más sospechosa. Cuando hay sangre de por medio nada es fácil, Juan Carlos; no es una partida de ajedrez junto a la piscina en vacaciones, con una cerveza en la mano y el arrullo del calor; es una partida visceral contra la muerte como la de *El séptimo sello*. Nunca vimos esa película juntos a pesar de lo mucho que hablamos de ella. No hablaremos más del silencio de dios en Ingmar Bergman porque lo único que queda entre los dos es la espesura que se estira y chorrea entre los puntos que somos en el plano cada vez más deforme de esta familia.

Un domingo por la mañana, hace más o menos un mes, mi papá se fue a caminar al parque y no volvió más. Nadie supo nada de él ni adónde pudo haber ido. Mi mamá lloró toda la tarde y toda la noche, y el lunes, cuando me levanté y fui a llevarle el desayuno, solo encontré una gran mancha húmeda en su lado de la cama. Desde entonces no sé nada de ellos. Incluso me puse paranoica y pensé que tal vez usted sabría algo, que podrían haberse ido con usted, que los tres habían fraguado un plan para dejarme sola. Luego me enojé y hasta me reí, suponiendo que se trataba de una broma de mal gusto. Después entendí que no, y solo me quedó hacerme a la idea con el paso del tiempo.

En los últimos días me levanto, hago el café, desayuno, llevo al perro a pasear, limpio la casa que cada vez se siente más fría y pongo cualquier cosa en la televisión por puro ruido ambiente; intento sorprenderme con el noticiero, leo un poco antes de dormir. Cuando me voy a mi cuarto, cerca de las diez de la noche, me desnudo casi de manera ritual frente al espejo, y veo cómo mi cuerpo ha comenzado a ponerse traslúcido: en menos de una semana, la transparencia ya me llega hasta los muslos. He decidido escribirle para que sepa lo que ha sucedido y así, si un día regresa, no lo sorprenda encontrar esta casa vacía. Luego de poner esta carta en el correo, regresaré a la casa y ejecutaré mi rutina con toda la

solemnidad posible: me quitaré la ropa, la doblaré con el cuidado de quien lo hace sabiendo que se trata de la última vez, la pondré en la sillita junto al espejo y me meteré a la cama esperando que no sea demasiado tarde para todo y para nada a la vez. §

Reporte de mi semana de receso escolar

Por Estefanía Ballesteros Mesa

Nació en Bogotá en 1987. Estudió Diseño Gráfico en la Universidad Jorge Tadeo Lozano y es especialista en Animación de la Universidad Nacional de Colombia. Además de participar en este taller, hizo parte del Taller Distrital de Narrativa Gráfica.

En mi ciudad llueve mucho, todo el tiempo, llueve como si alguien hubiese olvidado la llave de la regadera abierta. Es una época del año gris, el ambiente es oscuro, el cielo está lleno de nubes y no se puede salir a jugar, a menos que quieras conseguirte un resfriado y un buen regaño.

El día de ayer la tormenta eléctrica nos dejó sin electricidad. Estamos condenados al encierro —le dije a mi hermana con voz trágica y tirándome al sofá—. Qué manera de pasar la semana de receso…

Esperé a que me dijera que me callara y la dejara leer en paz, pero luego de unos segundos la vi petrificada junto a la ventana. ¿Lo ves? —me dijo con sus ojos abiertos como dos tazas de café. Yo me asomé y lo vi pasando por la calle: en el aire sus escamas brillaban con la poca luz que alcanzaban a reflejar; su movimiento

en ondas era algo hipnótico y lo más curioso, su sombrero de copa. ¿Está nadando… en el aire? —dijo mi hermana, dejando caer la cabeza hacia su izquierda.

—Parece una sardina, como las que compra mamá en el mercado. ¡Solo que 100 veces más grande! —dije yo.

—Pero se ve muy elegante para venir del mercado.

—Parece perdido… ¿Será que necesita indicaciones? Y entonces tomé la sombrilla y mi hermana la capa para la lluvia. Salimos, cruzamos el jardín delantero, abrimos la reja de madera y esperamos a que nos viera. Y nos vio. Se acercó despacio, abriendo y cerrando la boca, tragando aire. Nos rodeó y nos inspeccionó de arriba abajo con sus grandes ojos brillantes como canicas. Creo que no habla —me susurró mi hermana, muy tensa; no quería moverse mucho.

—Es una sardina, Lu. ¡Obvio que no habla! —Aunque, lo mínimo que esperas con ese sombrero son buenos modales, pero me guardé ese pensamiento.

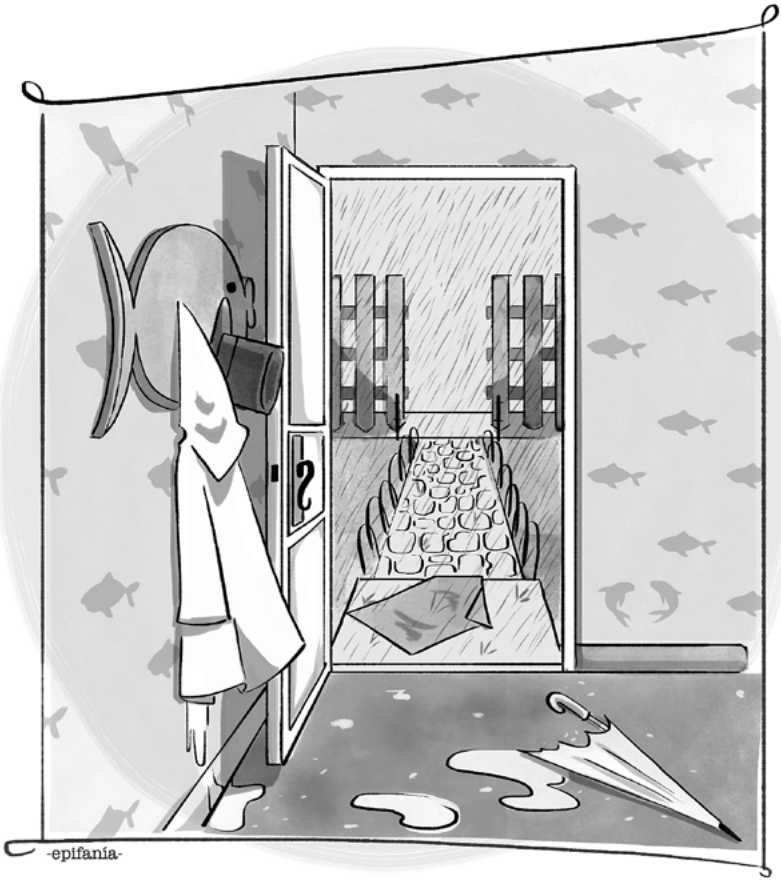
—¡El río está en esa dirección! —grité señalando hacia la avenida principal.

De un momento a otro la lluvia se hizo más fuerte y el pez dio un giro en dirección a la avenida. Del otro lado de la calle, entre las gotas de lluvia que caían precipitadamente, pudimos ver cómo una nube gris se acercaba a gran velocidad. Pasmados como estábamos tuvimos que reaccionar súbitamente y correr hasta la casa y desde el ventanal de la sala vimos pasar un cardumen de sardinas a toda velocidad, ninguna con sombrero (ambos estuvimos atentos y yo tengo buena vista). Luego desaparecieron, y con ellos la lluvia.

Todo fue tan de repente que apenas tuvimos fuerzas para mirarnos y pensar si había sido real o no. Luego volteamos a ver la sala y estaba toda llena de agua y gotas. Lu seguía con la capa puesta y yo había tirado la sombrilla en el corredor junto a la puerta. No quedó más remedio que limpiar. Seguro mamá no iba a creer una sola palabra de nuestra historia y no le iba a gustar, para nada, encontrar la casa encharcada.

Volvió la luz y el sol brillaba como hacía mucho no lo hacía. Mientras acomodábamos el tapete de la entrada Lu encontró en el jardín dos piedritas blancas con vetas grises, perfectamente redonditas como ojos de pez.

—Son "cantos rodados" —me dijo, mientras me mostraba una imagen en el capítulo de ecosistemas acuáticos de su libro de Ciencias. §



El dedo en la candela

Por Liliana Morales

Nació en Cúcuta en 1967. Comunicadora Social de la Universidad Externado de Colombia. Participó en el taller de escritura creativa de Idartes en 2018. Escribe relatos de viajes y poesía narrativa.

A la hora menos esperada entré de sopetón al comedor y tú estabas a punto de aspirar una larga línea de coca junto al florero sobre la mesa redonda. Completamente solo, como cuando tomaste el veneno para ratas. Paré en seco, con el corazón de niña en la mano. Tu sangre se heló al verme, bajaste la mirada, seguí con paso firme dándote la espalda. Yo tenía nueve años, nos quedaban dos para separarnos. Tú tenías doce cuando la muerte de tu padre te arrojó a la calle. Me gusta imaginarte corriendo contra el viento y la valentía circulando por tu cuerpo, lleno de coraje.

Doblaste la esquina en busca de tu destino… ¡La plaza de mercado! ¡Sí! Allá todos estamos a salvo. Entre marchantas, comiendo algo grasoso, te topaste con la triquiñuela. Aprendiste el oficio, fácil, solo necesitabas el suelo, tres vasos de plástico y la bolita que haría el trabajo. Adivina, adivinador: ¿dónde está la bolita? Pero antes dejen sus apuestas cerca del zapato.

Se abrieron tus alas, el miedo desapareció. Podías llegar más lejos… seguiste la bolita en la ruleta, aquella ruleta en la que después

me advertiste que nunca debía apostar porque estaba programada para el engaño. El casino era ahora tu nuevo hogar. Te convertiste en tahúr no solo de casinos anodinos sino en barcos festivos.

Padre, repite ese acto de magia donde quemas un cucurucho de papel y haces aparecer billetes en mi cara. No tengo miedo a tus embustes, soy tu carne, me gusta lo que haces. Ven, llévame en hombros a vivir tu vida de despojo. Preséntame a tus mujeres y a los otros hijos tuyos que yo no conozco.

Cuéntame esa historia donde te enamoras de mi madre. ¿Fue a la salida del cine? ¿O en verdad ella estaba subida en el moco de un elefante? Adoro oír tus cuentos y quiero estar en ellos.

La perla que me confiaste esa noche, mientras yo hacía de equilibrista sobre las bardas del camino, me la tragué, y al día siguiente, amoroso, la sacaste de entre la caca. Ese acto de magia que hiciste para mí fue tu voto de confianza.

¿Por qué hay tanto movimiento en la casa? Unos te dicen "Tío", otros, la "Ñapa". Te sigo resuelta, me enamoro del peligro. Estoy fisgoneando, aprendiendo cómo es tu mundo.

Hoy pasaste la tarde con un amigo. La humareda sube hasta la rendija de la terraza por donde te observo. Agazapada donde estoy, me divierto haciendo ruidos para asustarte. Ahora sé que eras un experto metiendo el dedo en la candela, cocinando crack y patas de cangrejo.

Me gustaban los domingos de río, comer mamoncillos y que me elevaras hasta el cielo y me soltaras en ese pozo helado donde aprendí a abrir los ojos. Subía volando y ahí estabas tú sobre esa peña esperando. Perdona por no haber ido a tu entierro. Espero que hayas podido oír mi mensaje. Detesto verte muerto.

Padre: mejor cantemos bien alto y súbeme sobre la mesa en la que yo seré tu estrella brillando. ¡Que vengan todos los presos a ver a tu hija, la más bella, y sigue entonando! ¿Cuándo vuelves a casa? ¿Cuándo te dejan salir de esta covacha? Huele a meados. Me haces falta.

Esta mañana me llevaste a la feria a ver una pelea de gallos. Yo de tu mano a la altura de las apuestas. Todos sudaban y los animales no paraban de asustarme. ¡Fue un buen día! Terminamos en el bar de la desesperanza con tus putas y tu música arrebatada. Quédate otro rato, quiero oírte cantar como cuando te vestiste con los tacones de mamá para cocinar, ¿recuerdas? Fue un acto digno del séptimo arte.

¿Acaso no sabías que todo acaba? Mi infancia, tu poder y el escenario. Se llevaron todo, padre. Me he quedado sola. Los vecinos vinieron a consolarme. El recuerdo de tu valentía me ilumina la cara. Tus promesas quedaron haciendo eco en la casa vacía. Algo salió mal. Me cuesta encajar en esta maraña. Cualquier cosa será poco comparada con el estruendo de tu carcajada.

Padre: quédate un poco más para que mis hijos oigan tus historias. No te creí cuando me llamaste para decirme que te matarías; estaba ocupada atendiendo a un cliente. Todo sonaba a canción de cantina. ¿Matarte? Me olvidé de lo creativo que eras. Dejaste una nota para mí, tu consentida. Quiero contarte que no me la entregaron, que causó demasiadas ofensas. Tus otras hijas, tus mujeres, se la comieron para que yo no la leyera.

Ellas no saben que me susurras, que seguimos celebrando, que vivo en tus colores. Aunque estés muerto tu desatino llega hasta mí cada día cuando despierto y me da risa ponerme tan tiesa. Voy a escribir esa carta de mi puño y letra y me la voy a aprender de memoria para recitarla cada vez que me ponga seria. §

La etiqueta

Por Estefanía Rubiano

Nació en Bogotá en 1993. Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital. Trabaja como docente. Finalista del concurso *Bogotá en cien palabras* 2018. Actualmente escribe su primera novela.

PROPIROMATUO. Vieja fórmula con 20% más de contenido. Alimenta tu autoestima y llena tus carencias afectivas de la infancia. PROPIROMATUO, con su vieja fórmula, te garantiza una relación que te permitirá suplantar tu complejo de Edipo y tener una mujer que te llene con el amor que no te das a ti mismo. Composición: un frasco de PROPIROMATUO contiene 54 kilogramos, 163 centímetros de altura, 27 años de edad y vagina para reproducción. Cuenta con creencias conservadoras, emociones desequilibradas, pensamiento crítico-depresivo, formación doméstica, complejo de inferioridad, mente creativa, vacíos emocionales, ausencia del padre, relaciones no resueltas y un impulso de rebelarse contra el sistema, combinado con una ternura desmedida para su aprovechamiento. Viene empacado y listo para un matrimonio estable y no recíproco. Modo de uso: aplique el producto en sus zonas afectadas de soledad, convenciones sociales, ansias sexuales, preocupaciones por sobresalir, ausencia de Dios o dioses, deseo egoísta de ser lo más

importante para alguien y el miedo a quedarse solo. CONTRAINDICACIONES: genera relaciones de codependencia. Evite conversaciones irritables. Mantenga fuera del alcance de sus ex novias. Al contacto con el corazón lave con abundante licor. Suspenda su uso si observa alguna reacción tóxica. §

Mil cuatrocientos cuarenta

Por María Fernanda González Cortés

Nació en 1997 en Bogotá. Estudiante de Estudios Literarios en la Universidad Javeriana. Trabaja en el hogar geriátrico San Pedro Claver, en promoción de lectura y creación literaria para los abuelos residentes, con el equipo del Colectivo Inguz. Participó de la cinemateca rodante con el corto documental *Señal de flor*, homónimo de la obra de teatro de la que es co-autora.

00:07:17 am. ¡Vaya hora para regresar! La lluvia cesa. Las calles húmedas, encharcadas, embarradas, penumbrosas... Ni siquiera poder tomarse un café. Sube el cuello del gabán para cubrirse hasta las orejas. Ni un mísero tinto de $600. Observa la calle vacía, toma aliento y corre. Toma las precauciones necesarias para no meter los pies en algún pozo de agua. Corre en puntillas. Dos metros adelante su pie se desliza y cae sentado. Una mujer lo observa desde la otra acera. No sabe si ayudarlo o dejarlo y que se las arregle solo. Al final consigue ponerse de pie. Se soba la nalga más golpeada. Maldice. La imagen de la ropa sucia de una semana aparece en su mente. Continúa su marcha.

Llega al destartalado verdoso portón. El frío de la noche le tiene los dedos tiesos. Mete la mano al bolsillo y saca las llaves. Su mano tiembla. La mujer aparece de nuevo. Sospechan. No es normal toparse con la misma persona a esa hora. Ella teme. Se observan las vestiduras. Se miran los pies. Las manos tiemblan y el corazón se acelera. La mujer toma valor y continúa. Las llaves ingresan apresuradamente en la chapa.

Sube hasta el tercer piso. No tener agua caliente para tomar un baño. Doña Esperanza aparece en las escaleras. Su cara demuestra angustia. Tiene un rosario en la mano.

—Mijo, ¿no vio a Lorena por ahí?

—No. —Doña Esperanza desaparece por el pasillo del segundo piso.

Llega a su habitación —¿Habrá llegado ya?—. Se quita el pantalón mojado, el gabán humedecido y las botas embarradas. Se sienta en la cama y busca en su bolso la caja de cigarrillos. La puerta se abre.

—¿Ya llegó, Ismael?

—Sí.

—¿Y por qué no prende esa luz? ¿Dónde está?

—En la cama… venga. No cierre la puerta.

La luz de la noche ingresa por la escotilla del techo.

—¿Escuchó esta mañana a Doña Esperanza?

—Sí… ¿Será que Lorena no vuelve?

—Hum, no sé. Yo escuché que se consiguió un man con plata. Aunque a Doña Esperanza no le guste… Lorena ya es adulta… ¿Cuántos años tiene? ¿Veinte?

—Dieciocho.

—Apenas. La edad de buscar marido o un trabajo… Pero yo no me refería a ella. ¿Escuchó que Doña Esperanza dijo que quería vender la casa? Como que el hijo mayor quiere que viva con él en Medellín.

—¿De verdad? No lo escuché. ¿Será que se va?

—No sé… Pero qué problema. Si vende la casa, mínimo el que la compra nos cobra el doble de arriendo… Y toda destartalada.

—Igual me quería mudar.

—¿Ah, sí? ¿Y para dónde?

—Como a Chapinero... O algo así.

—¿A Chapinero? ¿Y por qué tan lejos?

—¿Lejos?... Lejos de este cuchitril.

—¿Y sí le alcanza para eso?

—Viviría más ajustado.

—¡¿Más?! —soltó una risotada—. Está loco. Le tocaría vivir como en el monte.

—Es que me conseguí otro trabajo. Ya no voy a ser mesero. Un amigo me ayudó a entrar a un taller.

—¿A hacer qué?

—A lavar carros. Me pagan el mínimo…

—¿Y no habrá otra vacante?

—Yo creo que sí… Voy a averiguar.

Voces chillonas, que siguen el estruendo de una puerta estrellándose con furia suficiente para sacarla del marco, suben por las escaleras y llaman la atención de Ismael. Doña Esperanza grita: ¡Le dije o no le dije! Los berrinches despiertan a todo el tercer piso.

—Mario, ya que está aquí, ¿no tiene un pantalón que me preste? Se me ensució el único que tenía limpio y mañana me toca ir al restaurante.

—Ahora se lo traigo. Todo bien.

—¿Y me presta su estufa? Quiero bañarme con agua caliente.

—Sí, sí. Todo bien.

El llanto de Lorena sigue ocupando los rincones silenciosos de la casa. Ismael camina con Mario hasta la habitación contigua. Le cuenta de su nuevo empleo. Mañana tendrá que renunciar y debe procurar que su jefe no se enoje para que le pague de una vez.

1:54:12 am. Sale del baño. Camina hasta su cuarto. El frío lo carcome. Rápidamente se mete bajo las cobijas. No se pone pijama. Es decir: no se pone calzoncillos ni camisa, porque el pijama, aquí,

está destinado para la gente de mentiras. Las personas de verdad solo se ponen ropa más vieja que aquella que llevan en el día. Cuando entra en calor, saca los brazos, toma el bolso y busca la linterna. Luego saca el libro que le robó a El Tuerto por mala paga. Lee las primeras páginas. Ese Tuerto marica solo lee pendejadas… Y uno sin televisor.

Durante el alba, como pequeños murmullos, se escuchan suaves golpes de ollas, chorros de agua fría corriendo por cuerpos gastados, delicadas voces perezosas que temen hablar muy fuerte porque de pronto se les escapa el sueño; jóvenes criaturas de ojos saltones que observan el vacío mientras desayunan aguapanela con leche, arepa y huevo. Quizá algunos —muchos— solo aguapanela. La ciudad entera se despierta a un ritmo lento que, poco a poco, cuanto más cerca de la seis está, aumenta la velocidad. Cuando son las seis y quince las voces que antes parecían pequeños rumores, sin dejar su condición anónima, casi invisible, se vuelven estruendosos alaridos furiosos, angustiados, muy pocas risas contenidas. Lo importante son aquellas que guardan silencio y solo gritan en su interior. Su malestar mañanero se siente en su estómago, pero nunca avanza hasta la lengua. A estas ahogadas voces se suma la de Ismael que, siempre puntual, llega a las 8:17:54 am al trabajo, cuando su ingreso debería ser a las 8:00:00 am.

—¡Quién lo diría! Al juicio final llegará también tarde… Me dijo Cristina que necesitaba hablar conmigo, pero dadas las circunstancias, será al final de la jornada. Por ahora ayúdeme a atender esas mesas de allá. Lleve estas bandejas a la mesa 5.

—Jefe, pero es que… yo no me puedo quedar hoy…

—¿Disculpe?

—Venía a renunciar.

—¿Sí? ¿Y puedo saber por qué?

Encogió los hombros, agachó la cabeza y esperó que sus zapatos le dieran una respuesta convincente. Eh… pues… —se rascó el ojo—. Es que me ofrecieron otro empleo y entro hoy.

—Ya. Bueno, pues váyase. Para decirme eso no tenía que venir hasta aquí… Me hace perder mi tiempo ¿No ve que hay un montón de personas esperando? ¡Cristina! Venga. Lleve estas bandejas y pregunte qué van a tomar… ¿Sigue aquí? ¿No se le está haciendo tarde para su *nuevo trabajito*?

—Ah… esto… No… Entro a las 10.

—Ah

—Pero… eh

—¿Qué?

—¿Y mi sueldo?

—¿Qué con eso?

—¿Cuándo lo voy a recibir?

—El próximo mes… Ahora déjeme trabajar.

—Sí, pero… Es que ayer fue quincena y usted dijo que me iba a pagar hoy.

—Sí pero como ahora me toca hacer esa vaina de la liquidación, me demoro. Ya déjeme trabajar.

Su estómago volvió a arder. Al saberse ignorado, dio media vuelta, metió las manos frías en la chaqueta y caminó. —Gordo cabrón. Y el taller tan lejos. Y quedarme sin plata.

Anduvo así hasta la plaza. Allí se sentó en una banca a contemplar la mañana. Miró hacia la iglesia. Un hombre se acercó. ¿Le embolo los zapatos? Tenía tenis. Las únicas converse negras que pudo comprar en su vida. No… ¿De casualidad no tiene un cigarrillo que me regale?

—Claro —el hombre metió su mano grasienta de betún en un bolsillo del overol azul.

—Tome…

—¿Tiene candela?

—Sí, gracias.

—¿Me la presta? —le acercó el encendedor. El hombre se sentó a su lado. El frío de la mañana calaba en ambos organismos: sus huesos se retorcían tanto que parecía que se iban a quebrar sus articulaciones.

—¿Está esperando a alguien?

—¿Eh? Ah, sí. A El Tuerto.

—¿El Tuerto?... Sí, sí, sí… Trabajamos juntos desde hace como 25 años… Muy mala paga… Con decirle que le presté un cajón con carácter devolutivo hace 15 años y todavía trabaja con él. Ismael sonrió. Seguía viendo la iglesia. Estaba esperando a que en cualquier momento, en la esquina derecha, apareciera El Tuerto con su cojeante paso, saludando a todo aquel que creyera conocer.

—Bueno, buen día, amigo. Tome le devuelvo su encendedor.

Ismael revisó su celular: 8.45:15 am. Aún no era hora. El Tuerto salía de su pieza a las 8.30:00 y tardaba veinte minutos bajando de la loma. Y si en el camino se encontraba milagrosamente con un cliente, se detenía y empezaba a embolar.

De repente la iglesia abrió la enorme puerta de madera. Unas mujeres vestidas de monjas salieron en grupo. Ismael las observó: caminaron hasta la esquina y luego voltearon por donde él esperaba a El Tuerto. Pensó que si se las encontraba en el camino, el hombre se ofrecería a lustrarles esos horribles zapatos negros de cuero. Con este frío, la iglesia parece un buen lugar para esperar. Caminó hasta ella.

Antes de ingresar, su celular empezó a vibrar. Contestó. Menos mal me llamó. De pronto me demore un poco, pero yo llego… ¿Qué? Ah… ¿Entonces? ¿Y qué le dijo su jefe? Sí, es que acabo de renunciar… Como usted me dijo que hoy… Pero, ¿y no puede decirle? Sí, hágame ese favor… Yo lo espero. Me llama. Adiós… Lo que faltaba.

El gran altar brillaba con los pequeños rayos de luz que se metían por los huequitos de los ventanales. Le llamaba la atención a Ismael que estaban mal pintados… Claro. Él no sabía mucho. Pero en el colegio me enseñaron a pintar mejor que esos mamarrachos… Y el que pinta debe estar picho en plata. Y uno sin con qué devolverse… para colmo, tengo plata hasta el otro mes… Ahora sí me jodí. Ya no voy a poder mudarme. ¿A qué hora comienza el sermón?

Giró su cabeza hacia la calle para intentar ver a El Tuerto. En esas, unas quince personas empezaron a entrar. Una de ellas llamó su atención. La vio como si fuera de otro mundo. No sabía decir qué lo cautivó, pero sin duda algo en ese ser lo había raptado, tanto que esperó hasta que dieron las 10, cuando el sermón de la mañana había terminado.

Sentado donde estaba, vio pasar a su lado aquella criatura magnífica. Solo sintió la tibieza que su cuerpo expedía por escasos dos segundos, incluso menos, pero aquello le bastó para calentarse. Esperó a que saliera y luego se puso en pie. La vio caminar hacia el edificio de Avianca. Siguió sus pasos hasta que giró a la derecha. Mientras aterrizaba sus pensamientos al momento presente, El Tuerto caminaba presuroso hacia él.

—¡Qué hubo, pelao! Por ahí me dijeron que me estuvo buscando.

—Sí, necesitaba un favor.

—¿Y eso? ¿Qué era?

—Es que me vine con solo lo de los pasajes, porque pensé que ese puto gordo me iba a pagar pero me dijo que hasta el otro mes.

—Mucho… ¿Y entonces no tiene para devolverse para la casa?

—No, sí tengo, pero *solo* para devolverme y como pensé que tenía que ir al taller… ¿Se acuerda que ayer le dije que me iban a contratar de lavacarros? Pero ahorita me llamó Michael a decirme que su jefe le dijo que todavía no me necesitaba, que el trabajo estaba poco… Ah, qué mierda. Y eso que él me dijo: sí, mono, venga mañana, todo bien, que yo lo empleo.

—Yo por eso digo: es mejor embolar zapatos que lamer culos. ¡A lo bien!

—Sí, sí… Eso no me ayuda…

—Deje esa cara y camine más bien y me acompaña mientras camello… Ah, si viera lo que me pasó ahorita, cuando venía para acá —El Tuerto relató cómo se topó accidentalmente con un senador.

Como todas las mañanas, pasó por el negocio de Nelly para tomarse un café bien amargo y comerse una empanada de carne. Mientras hablaba con Nelly de sus hijos, entró un hombre en traje,

con tono pretencioso, un poco serio y poco amigable. Pidió un té helado, sacó su celular e hizo una llamada. Como buen embolador, El Tuerto sabía que el mejor momento para abordar a un cliente, es cuando más distraído está: en ese momento no tiene oportunidad de reflexionar sobre si sus zapatos requieren o no de una lustrada. Entonces me le acerqué y muy cordialmente lo saludé y le dije que si quería una embolada. El señor estaba hablando por teléfono y yo me estaba preparando para insistir, pero no tuve necesidad: tan pronto acabé de ofrecer mis servicios, me sonrió. Óigame bien: ¡Me sonrió! Ese tipo que entró todo engreído me dijo: ¡Uy, sumercé, si me puede hacer el favor… tengo esos zapatos vueltos nada! Esta mañana salí tarde y no me dio tiempo para nada. De una vez la ilusión de El Tuerto aumentó. Se frotó las palmas con dicha, puso su banquito frente al hombre y empezó su trabajo. Mientras lo hacía el hombre empezó a hacerle preguntas: que cómo se llamaba, que cuántos años tenía, muy amable el tipo ese. Yo le conté un poco de mi vida: de las veces que me metieron a la guandoca y de cómo llegué a Bogotá. El señor quedó fascinado con mis historias. Dijo que la próxima vez me iba a buscar para que le embolara los zapatos. Es decir: me volvió embolador oficial.

—Entonces ahora son amigos.

—Ojalá. Ese aprovechado solo quería hacer campaña política. Si viera lo que me dijo después: Caballero, me conmovió con sus historias, tenga por su buen trabajo. Y me dio un billete de 10. Yo vi eso y me puse de todos los colores, porque apenas estaba comenzando y no tenía cambio. El señor me ve en esas todo afanado y me dice: No se preocupe. Me paga después y luego me acercó un volante. Píllelo —mete la mano en el bolsillo y extrae un arrugado papel con la foto del Senador y un número grande—. Un descarado… Quería comprarme por 10 mil. ¡Por 10 mil! Mi voto vale más que eso ¿Qué tal?

—¿Y entonces usted qué le dijo?

—Nada. ¿Qué iba a decirle? Le di las gracias y seguí hablando con la Nelly. Si viera esa cómo se reía del tipo. Es que fue muy

tacaño. Esos hasta para sobornar quieren timarlo a uno… Pelao, entonces, ¿qué va a hacer?

Aguardar hasta las doce la llamada de Michael. ¿Qué más podía hacer? Incluso si tardaba años, él solo podía esperar, igual que esperan a las migajas las palomas de la plaza. Esperar era lo único que le servía de motor cada mañana: esperar que el bus no lo hiciera llegar tarde; esperar que el gordo no lo regañara y lo hiciera trabajar el doble; esperar que al día siguiente lo llamaran de un mejor lugar; esperar que Doña Esperanza no se fuera para Medellín; esperar a Mario cada noche, decirle que tiene ganas de irse, que espera que su hermana le ayude con el trabajo, que su mamá no se muera, que su ex novia lo llame, que el dibujo que envió para el concurso sea el ganador… Tanta espera: 24 años esperando. ¿Qué más podía hacer? Era parte de su biología: esperar era un gen divino. Era de los que creía que el juicio final llegaría pronto y que así como él, otros 70 millones de personas ascenderían al reino de Dios y ya no tendrían que trabajar, ni estudiar, ni preocuparse por nada: ya no tendrían que esperar la llamada de Michael.

A las 12:04:15 pm sonó el celular. ¡Hola! ¿Qué pasó? ¿Qué le dijo?... ¿De verdad? ¡Qué alegría! ¿Pero seguro? Que no vaya a ir para perder tiempo… Bueno. Listo. Gracias. Ya nos vemos…. ¡Óe, Tuerto!: présteme dos mil para el pasaje. Al fin me llamaron. §

¡Cómo no, Marujita!

Por Nadia Ximena Mora

Nació en Bogotá en 1992. Es profesora de preescolar y educadora popular independiente. Ha participado en el taller de escrituras creativas y en otros que ha dictado el profesor Fito. Es madre de una niña y adicta al rock and roll.

Maruja de escritora no tiene ni la culpa. En sus novelas forcejea con el amor, cosa que esta sobrevalorada. Los cuentos no puede ni contarlos y sus poemas tienen rimas secas y quebradizas. Será que no ha sido iluminada. Yo no entiendo por qué a Marujita ya ni leer le basta. ¿Será que le falta magia? ¿Será que tiene una estrella bien estrellada? Pues la pobre Maruja se la pasa recitando poemas y poemitas a los poetas ácidos que borrachos idolatran sus versos. ¿Quién puede imaginarse que a esa mujer —que escribe con la mano izquierda, ama con las tetas, levita por las cañerías, come con los pies, se masturba con libros, saluda con la espalda y se despide dando un topetón con la cabeza a la zutana o al fulano que se le cruce, y para rematar camina con las manos en el piso y la cabeza hacia abajo— no le llega sangre al cerebro? Pero ella sigue siendo la escritora más creativa de ya me fui pa' la mierda, un lugar donde se toma té y se habla de buenas crónicas. Maruja y su filantropía, claro. Ella devora exitazos de Coelho y vive fascinada con la idea

de solucionar los mierderos que han escrito otros. Maruja, pobre Maruja, está cansada de vender sus éxitos llenos de sublime creatividad. El contenido de su obra es tan inspirador que habla, por ejemplo, de cómo morirse en una follada o, mejor aún, de penes y vaginas y locuras. Es que ella ignora su alrededor. ¿Qué se podía esperar de Maruja? Ahora es bruja, una bruja cruel que prescribe pócimas tremendas. Ruda para el dolor, manzanilla para el amor, dos pizcas de inconciencia para la paciencia, tres centímetros de sal marina para anestesiar las mariposas de la barriga, dos gotas de insuficiencia renal para ahogar las penas, medio litro de desesperanza para la irrealidad mezclada con un cuarto de cianuro. Todo se revuelve a temperatura me vale verga, se cocina durante dos horas, se deja reposar durante un año y al final tienes un delicioso manjar con sabor a no me joda. Después de beberlo, si surge algún efecto indeseado, debe comunicarse con Maruja, la que ahora es bruja creativa de ábrete pues gonorrea porque no respondo. §

Esta relación va sobre ruedas

Por Lisbeth Flórez

Nació en Bogotá en 1987. Ingeniera industrial. Máster en Escritura Creativa (GU-Inglaterra). Ha publicado sus textos en tres fanzines: *Cabeza de queso*, *Tiempo latino* y *Doble filo*. Es directora de este último. Textos suyos han aparecido en publicaciones de Literandos ediciones, La literatura del arte, Luna de pergamino y en la revista *Elipsis*.

Aplastado en esta silla, miro la hora una y otra vez y el reloj no avanza. Guardo el celular para no parecer asocial, aunque de todos modos no socializo. Los hermanos de mi novia me miran como bicho raro porque no me río de sus bromas con doble sentido. Ella, Aleja, María Alejandra Cortés Pizano, siempre está ocupada; así ha sido desde que nos cuadramos y hoy no es la excepción. Juego con Jaz, su hija y mi única compañía. Le canto *Arroz con leche* y *La iguana tomaba café*, pero se aburre, sale corriendo a la cocina y le pide a Aleja que le preste la tablet. Me quedo solo y para disimular el desparche me concentro en la decoración del apartamento, como si me interesara. Miro una a una las fotos de Jaz, los *souvenirs* en el mueble viejo, los vasos de la *Champions league* sobre las repisas, y

la colección de latas de gaseosa de mis cuñados; cuando no tengo nada más por ver, hago que la natilla de mi suegra dure; consciente de que esto va para largo.

—¡Es hora de armar el árbol! —dice Jaz mientras corre hacia mí—. Yo te enseño cómo se hace —insiste y ni siquiera sabe cómo poner las ramas.

Al rato, la criatura se distrae bailando *El burrito sabanero*. Se olvida del árbol y me río de ella porque se parece a mí, que me elevo con el paso de una mosca. Mi suegra está cerca y me mira. Yo juego a enredar mis dedos en los crespos de Jaz. Soy experto en fingir. Tomé algunas clases de teatro en la casa de la cultura y participé en un cortometraje; aunque confieso que actuar frente a doscientas personas es más fácil que hacerlo frente a la señora Graciela.

Le paso a Jaz los adornos, después de desempolvarlos; ella los inspecciona y si están limpios, según su criterio, los cuelga en las ramas que alcanza. Se me resbala una bola dorada al suelo, mi suegra la recoge y es cuando pregunta:

—Mijo, y en su familia, ¿cómo celebran la navidad?

—Igual que ustedes, señora Graciela —digo y ruego que no pregunte más.

Nunca armé un árbol en mi infancia, no comprábamos, lo cortábamos en un potrero cerca del aeropuerto, porque aunque era una actividad ilegal, nos gustaba la adrenalina. Desde el accidente, no tuvimos opción. Papá decidió que no volveríamos a celebrar estas fechas.

—Señora Graciela, ¿le ayudo a desenredar las extensiones de luces? —pregunto para cambiar el tema—. ¿Dónde las compró? ¡Están muy bacanas!

En cuatro meses esta es la tercera vez que veo a mi suegra y no quiero empeorar su impresión sobre mí. Desde que llegué, no ha dejado de analizar mis pantalones rotos, los *converse* sucios y mi pelo a medio crecer. Quisiera decirle que ese es mi estilo y que a mí tampoco me gustan sus mocasines, ni el costal en el que se metió. Pero nunca le diría algo así.

Jaz, Jazmín, también me observa. La pequeña tiene cuatro años y le exigió a su mamá que se ponga pilas, porque ella quiere un hermanito pronto. Jaz me hace cosquillas y creo que quiere averiguar si le agrado como posible papá.

—¿Buñuelos? —ofrece Doña Graciela.

—¡Mmm! Se ven deliciosos —doy un bocado y paso saliva.

Si le confieso a mi suegra que detesto esta comida, si le menciono mi historia, dirá lo que la gente dice: que todo está en la mente, que la vida continúa y que el pasado ya pasó.

—¿Puedes poner la estrella de David? —pregunta Jaz.

—Tu mami te ayuda —le digo.

—¡Yo lo hago! —dice Aleja, agarra la estrella, se pone en puntas, saca pecho, saca trasero y termina la tarea. La miro y no puedo creer que ese cuerpazo y esa cinturita estén conmigo.

El tiempo es tan eterno como esta natilla; quiero salir corriendo. El árbol está listo, pero la cena no. Mis cuñados siguen con los chistes y Aleja se pone en modo siete oficios. Ayuda a su madre con la preparación de la comida, alista la mesa para los seis, chequea su Facebook, pone música desde su Mac, habla por Skype con su tía de Italia, hace bromas que solo entienden ellos y le da por instalarle un par de parlantes al computador, y en todo eso ni me mira. No soy extrovertido como ella, se lo confesé hace días y le pedí que no me dejara solo con su familia hasta que hubiera confianza; pero por lo que veo se le olvidó, y lo peor es que Jaz, mi escudo, se quedó dormida.

Por fin cenamos, tarde y rápido.

—¿Cómo va su relación, muchachos? —pregunta mi suegra y por supuesto le decimos que de maravilla.

Aleja aprovecha y le cuenta la historia de que nos conocimos en una tienda musical, ella estaba buscando un afinador y yo atendía la vitrina. Su versión del relato se extiende y empiezo a bostezar. Ella usa la oportunidad también para recordarle a su mamá que los sábados yo estaré visitándolos, porque quiero aprender a tocar piano. Espero que a la señora no le moleste.

De camino a casa, puedo ser yo en mi mundo, silencioso, sin presiones, sin forzar las palabras.

—Mi cielo, disfruté la noche. Compartir contigo, con mamá, con mis hermanos, fue lo mejor —dice Aleja mientras conduce—. ¿Puedes creer que hasta hablé con mi tía de Italia?

Y eso lo tengo muy presente, porque se demoró casi una hora en el teléfono.

Al llegar a mi casa, se acerca para darme un beso y le respondo con un pico.

—¿Estás bien? —pregunta y arruga las cejas.

—¡Todo bien! ¡Sobre ruedas! —le digo. Ella se ríe y yo sonrío.

—¿Cansado?

—Sí, mucho.

Aleja me ayuda a bajar del carro y yo, aunque quisiera dejarla sin decir más, no puedo.

—Amor, gracias por todo, nos vemos mañana en clase —le digo.

Una vez en casa, me arrepiento de no haberle reclamado por su indiferencia.

***

Son las nueve de la mañana, llego a tiempo para mi clase de piano con Aleja. En la tarde celebraremos el cumpleaños de una de sus amigas e iremos a jugar bolos. ¡Qué idea más estúpida!

—¿Quiere chocolate con arepita? —me ofrece doña Graciela—. Si desea se lo llevo al estudio para no retrasarles la clase.

—Bueno, gracias —sonrío y esta vez no finjo. Quiero ponerle buena cara al día.

Le pido que toque algo para iniciar y ella se acomoda. Cierra los ojos, roza el piano con sus manos e inicia la pieza. Balancea la cabeza y aprisiona los labios, se mimetiza con el piano, con los acordes. Las teclas, blancas y negras, son una extensión de sus dedos. Ella toca y siento que soy otra persona. Es tu turno, me dice. Toco la misma canción de siempre y ella se burla.

—Ve practicando, vuelvo en un momento.

No se ha arreglado aún para nuestra salida más tarde, ni se ha bañado.

Sentado frente al piano toco una canción que cantaba de niño. Cada nota que acierto resuena en mi pecho y me relaja; pero aunque practico mucho, no toco como ella, y no puedo usar el pedal. Quisiera tener su talento, quisiera robarle sus manos y sus piernas.

Aleja regresa al estudio, habla por teléfono entusiasmada, lo sostiene con el hombro mientras seca su cabello con una mano y con la otra señala la sección que quiere que practique de una partitura nueva. Esta clase es demasiado informal pero es gratis.

—¿El 20 de diciembre? Déjeme ver… —dice, toma su agenda y confirma—. Sí, no tengo nada para ese día.

Es la fecha de su cumpleaños, me prometió apartarla para nosotros y ya hice las reservaciones.

—¿Y cómo sería el pago?… Sí, está bien —me guiña el ojo y sigue en lo suyo—Mmm… ¿Pero ustedes cubren el transporte de los instrumentos? Ok. ¡Perfecto!

Insistirá en que las finanzas son importantes y que cada *gig* es una oportunidad para hacer contactos.

Aleja se acerca, comprueba que estoy en la sección correcta de la partitura y otra vez me deja solo: es mi pan diario. Sin importar cuántas personas me rodeen, esta melancolía me acompaña desde el día del accidente.

Según la costumbre navideña papá, mamá y yo nos dirigimos en la camioneta Willys a los potreros del aeropuerto para cortar el árbol de Navidad; gritábamos a una voz el repertorio de Rodolfo Aicardi y Gustavo "el loco" Quintero. En el camino mamá tuvo un mal presentimiento y pidió que, por favor, solo por esa vez, compráramos un árbol de almacén, uno de ramas blancas, menos tradicional. No convenció a papá. Llegamos al lugar, caminamos en fila, con mamá en el medio, con la nariz cubierta para protegernos del polvo. Entre tantos árboles nos acercamos al más grande, vigilando que nadie nos viera. Papá arrojó un lazo sobre una rama, se amarró el serrucho a un lado y escaló el árbol como un mico; tenía

experiencia en lo que hacía. Yo lo seguí, un poco lejos, imitando sus pasos, con cuidado de no caerme, mientras mamá hacía de centinela. Desde arriba vimos una ratonera y papá le advirtió a mamá que se alejara. Cortamos la rama y esta se desplomó.

—Gracias por acompañarme —dijo papá cuando vio el árbol en el suelo—. ¡Eres muy valiente, hijo!

—Bajen rápido. ¡Están muy arriba! —gritó mamá —. Los van a pillar.

—¡Nos cogieron! —gritó papá, burlándose de ella. Fue cuando a lo lejos vi a dos uniformados bajarse de una patrulla. Los hombres caminaron hacia nosotros. ¡La policía! ¡Es de verdad! —grité, se me aceleró el corazón y me temblaron las piernas. De los nervios resbalé y caí al suelo, sobre mi columna. Mi madre salió corriendo a pesar de los ratones y papá en tres pasos estuvo a mi lado. Los policías también llegaron, se olvidaron del delito y me llevaron al hospital. Desde entonces permanezco aplastado en esta silla, y este par de ruedas hacen las veces de piernas.

Me aburro de la partitura de Aleja y vuelvo a mi canción favorita. Algunas notas reviven mi infancia, momentos con papá jugando fútbol. Es una melodía nostálgica que aligera mi catarsis y siento que soy otra persona, que encuentro desahogo en la música, que me deja ser quien soy. Viene la imagen de mi suegra, las comparaciones con el padre de Jaz, las ignoradas de Aleja, las miradas despectivas de mis cuñados, la imagen de mamá culpando a papá por mi caída y también traigo a la memoria imágenes inexistentes, creadas en mi mente, como si hubiese estado allí: los bailes y fiestas que me perdí, los parques de diversiones que no conocí, la batería que nunca toqué, los goles que hubiera anotado. ¡Yo! que tenía tantos sueños con mis pies.

¡Quién quiere un papá inválido! Un yerno incapaz de colgar una estrella, un novio lisiado al que hay que empujar.

Vuelvo a la melodía, la domino, toco más rápido y más fuerte. Los acordes, las memorias, las ideas sutiles que alguna vez tuve de acabar con mi vida se adhieren a mi alma, derribándome. Son

quince años de etiquetas, y nunca me acostumbro. Empiezo de cero con cada nueva relación: volver a contar la historia, romper otra vez con paradigmas, buscar aceptación. No puedo decirle a Aleja lo que siento, espera mucho de mí.

¿Por qué se tarda tanto? Nadie puede controlarla. Ella es un ruido vago en el aire, está y no está, sus composiciones son su vida y sus sueños gasolina. Es una mujer de empuje y no soy quién para detenerla. Ella tiene su trono y yo también quisiera el mío. No tengo algo de valor qué ofrecer que incremente su todo.

Sería diferente si tuviera mis piernas. La cargaría, bailaríamos tango, dancehall, champeta, lo que fuera, lo que le gusta. Me lanzaría desde un avión, competiría en maratones, redimiría el tiempo. Compraría la Kawasaki Ninja H2R. La impresionaría, pero la verdad, no tengo cómo.

Si tuviera mis piernas, haría algo diferente, pero hasta eso se me ha negado. Me pondría de rodillas y haría una oración. Como cuando de niño, papá y yo orábamos al borde de la cama para desaparecer mi miedo a la oscuridad.

Dejo de tocar el piano y me animo a tocar el cielo. Agarro duro los laterales de la silla y me abalanzo en un solo intento; me voy de lado y por querer agarrarme para evitar la caída, arraso con el chocolate y la arepa de doña Graciela. La primera en llegar es Aleja, seguida de su madre y los cuñados.

—Sonó como si alguien hubiese saltado por la ventana —dice doña Graciela.

Aleja me ayuda a sentarme en el suelo y pide que nos dejen solos, asiento con la cabeza.

—Vete —también le pido.

—No señor —dice ella—. Explícame qué pasa contigo.

Aún en el suelo, por fin se lo digo:

—Estoy cansado de mostrarme fuerte, finjo que nada me afecta. Estoy harto de que las mujeres necesiten machos optimistas que les den ánimo y las hagan sentir valientes.

—Ven, pero cálmate.

—Me afecta querida, me irrita que me ignores. No estoy en tu lista de prioridades —intento levantarme y ella no reacciona.

—No tengo una lista. ¿De qué hablas?

—No entiendes —le digo y le doy puñetazos al suelo, impotente.

—No soy bruta —grita, y al rato suspira y se calma, me ayuda a subirme en la silla—. Lo siento amor —dice y se asegura de que yo esté cómodo.

—¿Dónde te duele? —pregunta y yo pienso que la respuesta es obvia—. No me di cuenta de nada, tienes razón.

—¿En qué tengo razón? —le pregunto.

—En todo. En serio, no me di cuenta, tengo muchas cosas en la cabeza, perdóname —dice ella y se encorva para abrazarme.

Aleja intenta mitigar el dolor. Acaricia mi cabeza, mi cuello, mis brazos, mi rostro. Se acerca más, nuestros labios encajan, las lenguas juguetean y me da una mordidita como hace mucho no hacía. Dice que soy lo más importante para ella, que sin mí se siente incompleta. Y eso me hace sentir importante. La caída valió la pena.

Sus labios se desprenden con lentitud y ternura. Sus ojos son honestos, sus manos me alientan, su teléfono suena. Dame un segundo —me dice, y abandona el cuarto. §

Servicio policial

Por Ángel Gabriel Fagua Castelblanco

Nació en Bogotá en 1988. Egresado de la Universidad Distrital en Humanidades y Lengua Castellana. Está finalizando estudios en Psicología en la Universidad Nacional.

Ellos me tienen encerrado
en contra de mi voluntad.
Voy de fusil y camuflado
y me obligan a disparar
para defender sus intereses,
para aumentar su capital.

—Los Suziox, *Secuestrado por el Estado*

—¡A tierra, auxiliar! ¡Con 22 continuar, malparido!

Todas las mañanas se levantaba recordando con rabia las veces que tuvo que tirarse al suelo frente a un sargento de policía para hacer flexiones de pecho. Su servicio militar fue en la policía. Empezó el 31 de enero de 2007. El pelo lo perdió ocho días antes en una peluquería del barrio San Carlos. Tuvo un entrenamiento de tres meses que consistió en formar todos los días desde las seis hasta las ocho de la mañana. Después de eso hacía ejercicio hasta

las dos de la tarde. El resto del día se le iba en seguir el dictado de un subintendente que leía el reglamento de la policía. Ellos, los policías, sabían que era inútil hacer ese dictado; sabían que en un cuarto sofocante, con más de cien adolescentes, el sueño los iba a gobernar, y espantarlo con baldados de agua era su diversión. La jornada acababa ya entrada la noche, cuando volvían a formar para que los despidieran y les recordaran que al siguiente día debían volver a la misma hora de la mañana.

En mayo juró bandera en una ceremonia que consistía en gritar al unísono junto con sus compañeros "¡Sí, juro!", sin saber que ello lo sentenciaba a seguir órdenes sin objetar una sola palabra, pues eso le podría costar el encierro en prisión. Después vinieron nueve meses de servicio en diferentes lugares que le recordarían el rutinario entrenamiento y una que otra frase de algún comandante.

Su primer servicio fue en los puentes de la localidad: patibularias construcciones que por su fealdad hacían arrepentir a los suicidas, para mi fortuna y la de él. Aquí supo la razón de las largas formaciones a merced del inclemente clima, pues debía estar de pie toda la mañana esperando a que llegara la noche para bajar del puente. Un día me contó que el sueño lo venció y cayó de rodillas frente a una mujer que escupió una risotada. Me pidió libros para pasar el rato, algo extraño para mí, pues siempre creí que leer daba más sueño. Le funcionó por un tiempo, el tiempo que duró sin que lo descubrieran leyendo. Cuando lo encontraron con un libro en la mano se lo arrebataron y le gritaron que él no estaba para pensar, sino para hacer caso. La orden era solo una: "pararse sobre el puente para que los ladrones no roben".

En julio pasó de las alturas a las esquinas con cruces viales. En esos lugares se le permitía tener más movimiento: el de los brazos, para indicarles a los carros que circularan más rápido. Ahora era un auxiliar de tránsito. En esta labor entendió su importancia dentro de la institución: no tenía un papel fundamental dentro de la fuerza pública, ya se lo había dicho un teniente: "los auxiliares son la parte más baja del gallinero, toda la mierda cae sobre ustedes".

Así era en las calles, o eso sentía; no había nadie que lo respetara o al menos lo viera como persona. Era como esas tablas removibles de los galpones, que cuando están muy podridas de excremento son reemplazadas por otras. Prácticamente lo habían despojado de su humanidad, aunque detrás del uniforme siguiera siendo igual que los demás, de hueso y carne, y no de madera.

A comienzos de octubre lo trasladaron a la estación de policía de Suba: debía apoyar la vigilancia de los policías con rango —estatus que daban las armas de fuego que llevaban en la cintura—. Allí recordó cuando lo ponían a correr alrededor de un parque. Para perseguir a otros jóvenes como él, pero sin uniforme, debía correr más rápido. Los insultos que entonces tanto le maltrataron el oído y el orgullo le servirían ahora para escupirlos a los capturados. Los golpes recibidos para que supiera golpear a quienes viven en los barrios más lejanos de Suba. Eran tan alejados esos lugares que allá no llegaban los derechos humanos. Muchas veces se encontraba con sus amigos de la infancia, jugaban a policías y ladrones de niños y de adultos.

El 31 de enero de 2018 me lo devolvieron a la casa, lleno de ira y con episodios depresivos. Lamenté no haberle pagado ese papel que dicen que es obligatorio para los hombres. Confiaba en que un día iba a volver a pensar en estudiar, como lo hacía antes de ser un pequeño policía. Cuando me dijeron que los hijos eran prestados juraba que era porque solo se pertenecían a sí mismos; tarde comprendí que no son de ellos, ni de las madres, sino del Estado, que un día decide quitárnoslos. §

Chocolate

Por Paola Méndez

Nació en Bogotá en 1991. Diseñadora gráfica. El texto "La sombra", producto del taller local de escritura de Idartes 2016, fue publicado en *Bogotá contada entre calles y letras* (2018). Con "Chocolate" obtuvo una mención de honor en el concurso "El Brasil de los sueños", homenaje a Monteiro Lobato (2019).

Cada vez que salgo a la puerta aparecen más y más cuerpos; todos son iguales, ninguno puede saciarme por completo. El otro día vino el cuerpo de una mujer que no era mi madre; me gritaba desesperada cosas que no entendía; le cerré la puerta en la cara. Los hombres que entran a la casa traen barras de chocolate como ofrenda. Ahora solo las uso para taparles la boca; pero una vez las tragan siguen hablando, no paran, parecen máquinas. Me cuentan su vida matrimonial, el pudor de sus esposas, piden que me arrodille frente a sus vergas agrias, a media erección. Hablan de sus deudas y frustraciones en pasado, como si estar conmigo los hiciera sentir poderosos. Algunos me pegan, abren mis nalgas, me escupen y penetran hasta verme sangrar. Cuando desaguan su deseo por fin callan y se van. Siento que han pasado décadas y todo es estático. Mi cuerpo me es ajeno, la delgadez es evidente, soy una enciclopedia abandonada. Mi piel ajada, interrumpida por manchas y

arañazos. Mis senos caídos con pezones amorfos y unas caderas desgastadas de cargar el peso de otros cuerpos. Mi vagina ya está flácida, decepcionada. Ahora entiendo, a estas alturas de la vida, que ningún hombre tendrá la capacidad de estar conmigo más acá del coito; ellos creen que una mujer que ha sido amada tantas veces ya no tiene nada qué ofrecer. Quizá tienen razón; ni siquiera he tenido la capacidad de amarme sin ayuda de otros cuerpos. Los entes que danzan en la calle en busca de apareamiento cada vez me atraen menos. Ellos no entienden que cada poro es penetrable, cada neurona es seducible, cada palabra es susurrable. Ellos no entienden; yo lo comprendí tarde.

El día apenas comienza. Mi sombra aparece con timidez a un costado de la cama y hoy no tengo ánimo para seguirla. Me tiemblan las piernas, siento un vacío en el estómago en el que me cabe la vida entera; mi salivación es escasa, angustiante; tengo los labios tan secos que se escapan a pedazos. Escucho pasos y susurros de gente merodeando por la casa; me huelen, me llaman, me acorralan, golpean la puerta. Me levanto de la cama dejando un rastro húmedo en las sábanas. Camino hasta la cocina tropezando a cada paso con barras de chocolate; están por todas partes. Abro la alacena y caen por montones; en el sofá, en el comedor, no hay dónde sentarse. Ya no me apetecen. Voy al baño, observo mi reflejo en el espejo, me repugna ver mis ojos marchitos. Si mi madre me viera no me reconocería, es bueno que no me vea. ¿Y ese lunar? No lo había visto antes, pocas veces me detengo en la imagen del espejo, me alegra que sea pequeño y solo pueda descubrir mi rostro. Siempre quise depilarme las cejas pero mi madre no me daba permiso. Creo que son muy gruesas, se ven masculinas pero ya no importa. Nunca me gustó mi nariz; ahora que mi rostro está delgado sobresale aún más. No recuerdo si mi cabello era liso, creo que sí; mi madre me peinaba todas las noches mientras elogiaba lo bello que era; ahora es solo una maraña sobre la cabeza. Al fondo puedo ver las baldosas percudidas; la llave de la ducha está quebrada; siento el sonido de las gotas que golpean en la tina vacía. Camino hacia la cocina

mientras recojo una a una las barras de chocolate que encuentro. Prendo la estufa, coloco el recipiente más grande y las voy echando. Veo cómo se funden, se reducen, hierven, hacen burbujas. El olor es penetrante. Recuerdo la primera vez que mi madre me regaló una taza de chocolate fundido. Introduje mi dedo, sentí su tibieza, su densidad, lo hundí hasta el fondo, luego lo llevé a la boca. Mis papilas se excitaban, relamía mi dedo una y otra vez. Ella nunca lo supo pero cuando comía el chocolate mojaba mis cucos. El olor evoca sensaciones que creía muertas. Mi cabello roza suavemente la espalda; un escalofrío recorre mi cuerpo erizando cada vello; mis pezones están duros. La casa retiene el calor de la cocción; mi vientre se contrae.

Cuando follaba con el enfermero mi vientre se contraía y expandía si estaba próxima al orgasmo; él lo sabía y reducía el ritmo; le gustaba ver mis ojos de súplica, quería llegar. En ocasiones me giraba, veía el vaivén de sus pies, me untaba de chocolate la espalda, balbuceaba cosas soeces, deslizaba sus enormes dedos hasta mis nalgas. Otras me agarraba de la cintura y me trepaba en el mesón de la cocina; entonces era yo quien esparcía el chocolate por su pecho y abdomen para después lamerlo lentamente. Mantenía mi mirada en sus ojos, bajaba para cubrirlo por completo de chocolate mientras lo masturbaba despacio pero con fuerza. Me concentraba en su respiración. Cuando exhalaba con poderío, como un toro, era el momento. Llevaba su pene a la entrada de mi vagina; él hacia movimientos lentos; me agitaba de pensar en el momento en que lo metiera todo y después: contracciones, jadeos, gritos, rastros de semen y chocolate que se secaban en mi soledad.

Siento un chorro cálido y espeso que baja por mis piernas; había olvidado mi olor. Me dirijo al baño con el chocolate fundido, lo traspaso a la tina, vuelvo a la cocina a derretir más. Realizo la misma acción cuatro o seis veces. La tina está hasta la mitad. Miro mi rostro en el espejo en señal de despedida. Sumerjo mis pies; percibo su tibieza; meto las piernas, la cadera, me siento en su humedad viva, me acaricia con desesperación. Lo rozo con mis manos, noto cómo

se hace más denso, introduzco el abdomen, mi pecho, creo que le encanta mi pecho porque lo empieza a cubrir despacito, luego el cuello, siento cómo juguetea con cada hendidura. Me abraza con complicidad. En silencio, como nunca nadie. §

El vuelo

Por Norman Franz García Rodríguez

Ingeniero de Software nacido en Bogotá. Ganador del Primer Concurso de Literatura de la Fundación Fahrenheit 451, en la categoría de crónica. Escribe en el blog www.eljabonchiquito.blogspot.com, entre otros.

La llovizna oscurece la ropa que escogió anoche, el pantalón de dril, la camisa planchada con cuidado. David, flotando, entregado a lo inevitable, no tiene nada qué admirar: algunas nubes negras se escapan del cielo y forman una niebla que oculta lo distante. Hacía unas horas todo era diferente. El temporal lo emboscó en el camino.

Mientras cae, sopesa las consecuencias de ese aterrizaje violento. La discusión con el dueño de la camioneta, la fragilidad de sus piernas, el dolor en la muñeca del brazo derecho, el arreglo de la bicicleta, la excusa por el retraso en la presentación del proyecto.

Imaginó su condición futura, una incapacidad involuntaria, pero limitada. En otros días esa quietud lo habría satisfecho, pero ahora se preocupaba por la manera en que afrontaría la logística de estar vivo. La ahora concreta imposibilidad de llegar a tiempo, allí en el aire, a clase de siete. La nueva lentitud al subir las escaleras del edificio. Dañar el parche que sale a Patios los domingos. La clasificación del equipo de la U a la siguiente ronda. La fiesta

de cumpleaños de Sandra. La preocupación de su madre. Dormir con su perro.

Se sintió mal al desear sangre en su cabeza, el aspecto dramático que le daría a su rostro simplón una herida visible. Las cicatrices como pretexto para inventar una mejor anécdota.

Antes de estrellarse contra el piso, antes de los cuatro clavos intramedulares que sostendrán lo que le quedará de la tibia en la pierna izquierda, antes de las horas de terapia, de las discusiones legales e incapacidades presentadas a la facultad, alcanzó a preguntarse si, de todas maneras, tanta urgencia era necesaria. §

Mal augurio

Por Paula Alejandra Rojas Rodríguez

Nació en Bogotá en 1993. Egresada de la Facultad de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Externado. Autora del cuento "En muerta vida", publicado en la Revista *Ex-Libris*. Ha participado en dos ocasiones en los Talleres de Escrituras de Idartes. Trabaja como redactora creativa y escribe su primer libro de cuentos.

I

Hilda tiene un mal augurio entre el cabello. Su esposo, Adolfo, no se atreve a quitárselo por miedo a que lo ataque y termine perdiendo alguna extremidad. Como él mismo dice: *No se puede confiar en un augurio violento y embustero*. Con forma de diminuto jinete, cabalga a gran velocidad sobre las trenzas de Hilda, intimidando a las señoras que, ante la impresión que les produce aquel ser aterrador, solo atinan a trazar la señal de la santa cruz sobre sus cuerpos.

Los señores, gordos y pelones, que chocan sus botellas con algún que otro compinche, han regado el chisme de que ese mal augurio que galopa sobre la cabellera de Hilda terminará por matarla. Sin

embargo, ante su terquedad, no hay mayores probabilidades de que alguien en el pueblo la convenza del embrollo del que es protagonista.

El mal augurio, mientras tanto, sigue batallando contra las cerdas del cepillo que Hilda pasa por su cabello todos los días antes que canten los desafinados gallos. Si algo no se puede permitir aquel espíritu cabalgador es perder la cadencia fría y aterrorizante que lo caracteriza, ya que callar aquel sonido de galope desbocado que resuena en la mente de todos los campesinos, solo logrará detener su propósito de perpetuar el aguacero de infortunios y patrañas que se ha desatado en el pueblo.

Hilda ha escuchado algunos rumores sobre el augurio amenazante que pasea sobre su maraña de pelo, pero no los cree. Cada vez que empieza el cotilleo grita: ¡Gente necia! ¡No hay que creer en agüeros! Y se esconde tras la puerta de su estrecho rancho mientras ansía con vehemencia que se detengan los leves golpeteos que de forma progresiva ha empezado a percibir sobre su cabeza.

Adolfo, cansado de los malos tratos que tiene que soportar su doña, decide buscarle ayuda. Por ello hace sonar con brío el portón de brujas, hechiceros, sacerdotes y picapleitos; pero, ante la sentencia de que ninguno trabaja para hombres o mujeres que den la espalda a sus propias calamidades, se aleja con cabeza baja de ellos.

Al llegar al rancho, Adolfo se queda mirando afligido al jinete que, complacido, sigue cabalgando sobre la cabeza de su mujer. Se sienta con cuidado sobre el camastro en donde descansa su vieja y piensa en mil maneras de deshacerse de aquel augurio que parece crecer y correr cada vez con mayor viveza. No obstante, nada lo convence de darle fin a su preocupación. Tal vez a su hijo, Víctor, se le ocurra algo.

Con el pantalón desabrochado, la camisa raída y la ruana a medio poner, el hijo de Hilda se resguarda tras un árbol de eucalipto. Al parecer ha tenido una fuerte desavenencia con su mujer, que lo ha sacado de los chiros. Adolfo se acerca a su hijo, quien, tras escuchar el mal momento por el que atraviesa su madre, pierde los estribos y empieza a gritar a los cuatro vientos una sarta de palabras

ininteligibles. A duras penas, Adolfo alcanza a entender una frase en la que Víctor afirma que con palos de leña escurriendo fuego, él solito, logrará espantar al mal augurio; afirmación que hace que su padre le reproche que es la vida de la mujer que lo parió la que está en riesgo.

Frente a la puerta del rancho, padre e hijo se aclaran la voz, se ajustan los pantalones y chocan contra el piso la punta de las alpargatas. Ha llegado la hora de tener una seria conversación con Hilda. A continuación, abren la puerta con nerviosismo y se encuentran a Hilda, más desmelenada que nunca, con el molino y el maíz listos para ser usados.

Al entrar se da inicio a un parloteo que no dura más de veinte minutos. Hilda, con voz recia, les enumera a su esposo y a su hijo, una larga lista de razones sobre el porqué no se debe creer en augurios. Sin embargo, ninguno de los dos logra concentrarse en el discurso, ya que su atención se la ha robado el correteo alocado del jinete. Así, mientras Hilda explica las razones de su convencimiento, y mientras los ojos de padre e hijo se mueven de arriba-abajo y de lado-a-lado con rapidez, alguien toca la puerta.

Hilda se limpia las manos con la parte interior de la falda y se apresura a abrir. Cuando la puerta ya está separada del marco, Hilda salta de la emoción y despliega una sonrisa que solo puede terminar en la consagración de un fuerte abrazo. Su nietecita, Sol, acaba de llegar al rancho junto con sus padres.

El agasajo con apretones y lágrimas de alegría dura mucho más de lo que se espera, pero mucho menos de lo que se merece, ya que Adolfo lanza un fuerte alarido cuando la pequeña Sol trata de tocar los cabellos de su abuela.

—Más cuidado muchachita, no ve que el augurio entre el cabello se le come la mano —sentencia. A lo que Sol responde confundida:

—¿Qué, abuelito? Yo no veo nada.

Sol, a sus seis años, nunca ha mentido. Por ello, Adolfo y Víctor se miran curiosos. Advierten un notable cambio en el comportamiento del jinete: por primera vez, desde que se albergó entre el cabello

de Hilda, el mal augurio aminoró el trote. El correteo enfurecido desapareció para dar paso a un galope en cámara lenta. Sin querer, Sol les acababa de dar la solución para eliminar a su infortunio.

Adolfo, aprovechando que el ambiente se había transformado en un caluroso recinto de bienvenidas, hala de la ruana a su hijo hasta el galpón, y allí, después de cavilar y cavilar, despliega una entera reflexión sobre lo que acaba de pasar. Con ademán concentrado, le explica a Víctor que de cierta manera lo que les había dicho Hilda era cierto: el mal augurio vivía porque ellos y algunos hombres y mujeres del pueblo creían en él; todavía no la había matado porque ella no creía en su existencia; por eso, la única forma de acabarlo sería enfrentándolo al descreimiento, a la pureza o a la ignorancia.

II

Convencer a Hilda de que los acompañara a la feria del pueblo se convirtió en una larga refriega, ya que aunque su nietecita Sol le repetía una y otra vez que nada la haría poner más triste que tener que dejarla sola en el rancho, Hilda argumentaba que no quería hacerlos pasar un mal rato con el trato supersticioso de los campesinos. No obstante, tras la insistencia, Hilda resolvió ponerse sobre su cabellera una suave mantilla de hilos ocre y marcharse a la feria con las manos de su nieta entre la suyas.

Cuando llegaron, el carrusel, a pesar de su precariedad, resaltaba desde la distancia por sus alegres colores y sus singulares formas. La fila para subirse a aquel le daba la vuelta a toda la plaza. Era frecuente encontrar niños de diferentes edades suplicando para alcanzar a treparse en alguno de esos animalitos de madera que subían y bajaban conforme con la música. En el momento en que Sol lo vio, corrió con ojos dulces hacia sus padres y les pidió permiso para subirse. Ellos, emocionados, asintieron ante su proposición y se apresuraron a ir tras Sol, que antes de conocer la respuesta ya se estaba codeando con otros niños por un puesto en la fila.

Mientras todos esperaban a que Sol tomara su turno para subir al tiovivo, cruzó por la mente de Víctor una idea que, de funcionar, confirmaría el descubrimiento de su padre. Acercándose el momento de que Sol subiera a la atracción, Víctor se acercó con cautela a Sol y a Hilda, y cuando la portezuela que daba acceso al tiovivo estuvo abierta, empujó a Hilda en medio de la horda de niños que se peleaban por entrar al carrusel. Hilda, sorprendida, trató de zafarse de todos los niños que la rodeaban. No obstante, ante la intensa excitación de ellos, solo pudo tomar con fuerza la mano de Sol que la guiaba hacia una figura de asiento tornasolado.

Sentada allí, miró a sus costados y se dio cuenta de que el tiovivo empezaba a girar a gran velocidad. Ya no le eran nítidas las caras de los niños y los adultos que esperaban en la fila; ahora solo eran formas desdibujadas muy parecidas a trazos verticales de colores y dimensiones abstractas. Volteó su cabeza hacia su nietecita Sol y, con ternura, pudo atisbar la rebosante alegría que la invadía. Sus carcajadas, sus gritos, sus saltos de emoción le ayudaron a entender la razón por la que su hijo la había empujado.

Con precaución, se levantó de su asiento y se agarró fuerte a uno de los cilindros dorados que ocupaban un pequeño espacio en el borde del carrusel. Fijó su mirada en los niños que la rodeaban y concentrándose en la energía que le transmitían, se llevó las manos a la mantilla y se despojó de ella, dejando al aire libre a un mal augurio que, en cámara lenta, hacía el mayor esfuerzo por continuar con su trote.

Los intentos que hacía el mal augurio por trotar con mayor rapidez eran en vano. Sus patas delanteras se alzaban con parsimonia; su cabeza y su tronco se iban hacia atrás con facilidad y sus patas traseras parecían tratar de hundirse en un suelo inestable que no se lo permitía. Hilda, con cuidado, empezó a caminar por todo el tiovivo, pasando al lado de leones, osos, caballos, elefantes y jirafas domados por niños que llevaban una sonrisa como bandera. A lo lejos, el esposo de Hilda oraba por que de una vez por todas el ser maligno desapareciera.

Faltaba poco para que el carrusel comenzara a detenerse. Por ello Hilda volvió al asiento que ocupaba su nietecita y la abrazó como nunca antes la había abrazado. Sol le devolvió el abrazo, dejándose embriagar por el olor dulce que desprendía el pecho de su abuela. Cuando el tiovivo empezó a disminuir la velocidad, el mal augurio se había convertido en una extraña esfera de humo negro de la que asomaban la cabeza y los brazos de un pequeño hombrecito que luchaba contra los hilos negros que lo rodeaban.

Cuando el tiovivo se detuvo y los niños empezaron a bajar, Hilda soltó a su nietecita, se levantó y sintió cómo, desde su larga cabellera, se deslizaba una vidriosa piedra negra que girando con violencia fue a dar a los pies de su esposo, quien al constatar la desaparición del mal augurio se encontró con los ojos penetrantes de su mujer que le decían conmovidos que ese mal del que hablaban todos se había ido; a lo que su esposo solo pudo contestar con una suave sonrisa. §

Emigrar o morir

Por Clara González Casas

Docente. Licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás. Especialista en Pedagogía de la Recreación Ecológica de la Universidad Los Libertadores. Participante del Seminario en Docencia Universitaria para la Educación a Distancia de la Universidad del Tolima.

En la estación de Transmilenio, una madre y sus hijos claman ante la indiferencia. En una cartulina, con letras irregulares, denuncian: SOMOS DESPLAZADOS. La implacable mañana arroja sobre sus cuerpos una lluvia fría. La niña de dos años llora sin consuelo; el niño intermedio soporta el rostro entre sus manos y arrastra con rapidez sus pies descalzos; la niña mayor se agarra de la falda de Julia, que sigue con las manos vacías. El personal de seguridad les ordena desalojar el espacio. Un caudal de lágrimas brota de sus ojos. Los invaden los recuerdos de las duras jornadas, los escasos frutos, una escuela que nunca se construyó, las ruinas de un puesto de salud, los ríos y los caminos convertidos en funerarias, el cementerio y la capilla bombardeados, Juan caído en la última masacre, la amargura del silencio, la estéril tierra que les arrebataron para acciones militares y el destierro con la consigna: ANTES DE 24 HORAS DEBEN EMIGRAR O SERÁN FUSILADOS. §

Beta

Por Santiago Cortés

Nació en 1996 en Bogotá. Filósofo egresado de la Universidad Nacional de Colombia. Escritor aficionado y participante de los talleres de escrituras distritales de Idartes en 2018 y 2019.

En sus primeras versiones, el dispositivo no era más que una gruesa pantalla a blanco y negro junto a un teclado casi tan enorme como su batería. Los pocos comandos que ejecutaba se reducían a dar la hora y enviar mensajes cortos con letras cuadradas a otros dispositivos cercanos. Mas el producto fue un éxito desde su lanzamiento y, mientras se agotaban las existencias disponibles, la compañía responsable empezó la fabricación de nuevas líneas del dispositivo, en las que experimentaron con diferentes propuestas para ensanchar el mercado. Fue gracias al avance de la tecnología que se lograron reducir los costes de producción y, sumado al afán por vender, se llegaron a confeccionar versiones de gama media y baja para atraer compradores nuevos de todos los estratos sociales. En medio de tan frenético afán y competencia por vender, el dispositivo terminó cambiando constantemente hasta el punto de que, tras cada actualización, se reinventaba por completo. Las baterías cada vez duraban más y medían menos, las memorias almacenaban más datos y las pantallas se hicieron ultradelgadas y

ultranítidas. Los comandos que podía ejecutar se volvieron cada vez más variados y más ociosos y, gracias al desarrollo paralelo de compañías dedicadas a la producción de contenidos digitales, la popularidad del dispositivo se extendió por todo el globo haciendo su uso casi obligatorio en cualquier contexto. La versatilidad del aparato alcanzó su punto más alto cuando, junto con una poderosa versión equipada con la mejor tecnología del momento, se anunciaron nuevos accesorios para aumentar y mejorar la experiencia de los usuarios del dispositivo. Sincronizándose con accesorios vendidos aparte, de repente fue posible simular experiencias casi tan reales como lo eran presenciales. Se empezaron a comercializar audífonos capaces de tener un sonido más envolvente, sensores de vibración de alta precisión para imitar el contacto con objetos del mundo, guantes especiales para simular texturas del entorno, pantallas con una resolución de infarto capaces de engañar a los ojos, y hasta gomas masticables que estimulaban los nervios de la lengua imitando distintos sabores seleccionables con ayuda de la aplicación. La lista de sabores disponibles se iba alargando con cada nueva actualización y cada rediseño, y los otros accesorios también se fueron sacando en versiones gama baja y media con diferentes funcionalidades, cada línea con sus pros y sus contras.

Fueron los más jóvenes los absorbidos en mayor medida por el uso y consumo de productos virtuales a los que el dispositivo daba acceso, pues los sentidos de los viejos estaban todavía acostumbrados a otros tiempos y se resistían a dejar pasar como real lo simulado. "En mis tiempos las cosas solían ser mejores, más difíciles, pero más personales", decían los padres al ver a sus hijos pasar el día entero conectados a una tomacorriente, con ojos, boca, oídos y manos cubiertos de cables. Pero, de igual forma, esos jóvenes nunca entendieron qué era permanecer en largas filas de espera para realizar pagos o trámites; tampoco entendieron cómo sus padres lograron conseguir lo que consiguieron con tantos procesos innecesarios y retrasos en la comunicación de su época, y les pareció cosa de bárbaros un mundo en el que el acceso a la información solo era

posible por medios tan restringidos como el periódico o los libros. "Que toda una biblioteca quepa en un bolsillo, que haya miles de fuentes noticiosas y de entretenimiento, que cada uno pueda ver lo que quiera cuando quiera desde cualquier lugar del globo, eso ustedes en su época ni lo soñaron", respondían los hijos a sus padres preocupados por los nuevos tiempos. Pero ya no había vuelta atrás, los nacidos bajo el signo de la tecnología vinieron a un mundo en el que lo virtual y lo real se combinaban hasta hacerse indisociables, y sus sentidos aprendieron primero a reconocer iconos y emoticones en lugar de gestos corporales. Causaba gracia ver a un bebé moverse diestramente por entre interfaces de aplicaciones en busca de contenidos infantiles, mientras sus padres no lograban ni encontrar el botón de encendido del dispositivo.

El avance tecnológico no cesó y cada vez se implementaron más actualizaciones novedosas con las que la simulación terminó por tragarse lo real. Se vendieron cascos que coordinaban directamente la actividad neuronal con comandos del dispositivo, y así fue posible prescindir de los controladores manuales para manejar y acceder a contenidos virtuales. A la velocidad del pensamiento se ejecutaban cientos de comandos como escribir, dibujar o buscar información. Y los órganos empezaron a sentirse tan cómodos dejándose afectar por las emisiones de pantallas y auriculares en lugar de oír y ver directamente, que hasta los atardeceres comenzaron a disfrutarse más a través de fotos en redes sociales que vistos a través de una ventana. Las necesidades vitales de los humanos se suplieron con medidas que fueron extremas al comienzo, pero cotidianas después de un tiempo. Para comer, por ejemplo, con sueros y suplementos se bastaba la mayoría de las personas, y si acaso algunos querían probar exquisiteces, accesorios como el simulador de sabores daban la sensación de estar pasando por la garganta manjares y banquetes cuando en realidad no ingerían sino suero y una goma rígida pegada al paladar. El catálogo de accesorios disponibles en el mercado también llegó a albergar juguetes sexuales tan complejos y avanzados que fue posible prescindir del contacto humano sin

perder las sensaciones de placer. Y las relaciones interpersonales se modificaron. Cambiaron la relaciones laborales que ahora se organizaron para proveer y sostener este nuevo mundo virtual que pesaba más que el real, y terminó por olvidarse la idea de que todo ello no era más que una simulación de otro mundo. La pobreza, el cambio climático, la política y el Estado fueron conceptos introducidos paulatinamente en nuevas versiones de esta gran simulación, y la gente terminó viviendo estos fenómenos a través del dispositivo y sus accesorios. La política se veía a través de las noticias, la pobreza en fotos y el cambio climático en estadísticas.

Consciente de toda esta situación, la compañía responsable de la creación del dispositivo dio con la idea más polémica y más innovadora de su historia. Habiendo visto que los sentidos se pueden engañar a través de complejos artilugios, resolvieron ejecutar un código beta de prueba que simulara con precisión el peso y la materialidad de los accesorios conectados para usar el dispositivo, y tanteando con sujetos experimentales, se les pidió que se sacaran de encima todos los accesorios y cableado que llevaban puestos. La sorpresa fue mayúscula cuando los sujetos de prueba, confiados en sus controles mentales y ayudados por la simulación precisa de las texturas y todos los elementos materiales, creyeron haberse zafado de todos los cables y encontrarse desconectados de la simulación. Al ver esto, la sonrisa de los directivos de la compañía indicaba el inicio de una nueva era. §

Simas

Por Leonardo Mauricio Rodríguez Bernal

Nació en Bogotá en 1979. Egresado de Educación Básica de la Universidad Pedagógica. Publicó el cuento "3 de julio (en vivo y en directo)" en la Revista *Demencia* 28 (2018). Cursó el Taller de Escritores de la Universidad Central (2019). En 2019 participó en el taller de creación poética de la Casa de Poesía Silva y en el taller de poesía Ciudad de Bogotá *Los Impresentables*.

A Diego Ortiz Valbuena

El islote se extiende hacia el oriente de lo que era la ciudad. El humo que surge de la marea de lava apenas permite saber qué hay más allá, en la distancia. Percibo lamentos, como si fueran parte de un sueño y yo no estuviera en realidad aquí junto con otros desconocidos, simulando apoyarlos. La luz diurna se disuelve entre la ceniza suspendida en el aire y alrededor un reflujo radiante ilumina nuestros cuerpos.

¿Qué hay para comer? Poco. Huele a carne asada. Otros me han pedido que no diga esas cosas, dicen que ya ha sido suficiente tanto horror. Me duele la boca del estómago, lo golpeo y, humillado, me devuelve toda su inquina. Alguien me reclama: ¡Basta de quejas!

Mi problema lo pude haber solucionado hace algunas horas, saltando al vacío desde los riscos. Mi instinto suicida no debe activarse.

Después de la primera noche, dejé de ver a un hombre al que le presté mis pantalones casi intactos; los había cagado, ensangrentado y meado en la subida. Sospeché que si no le seguía la corriente terminaría agrediéndome. Me imploró que lo mantuviera despierto; le hablé sobre la importancia de la voluntad y le pregunté cuáles eran sus planes para robustecer la esperanza. Al amanecer su espalda ya no lindaba con la mía y me dije: de seguro se arrojó. Me es imposible dejar de pensar en ese imbécil, hundiéndose como Terminator en la siderúrgica. Imagino su cuerpo torturado impactando el flujo, quemándose lentamente, y mis pantalones perdiéndose con él.

Mi tarea es recoger cadáveres y enterrarlos en la cima de una de las peñas. Algo dentro de mí me ha dicho que no haga eso. ¿Por qué más bien no esconder algunos cuerpos entre la maleza alta e irlos aprovechando mientras se nos notifica la llegada de algún tipo de ayuda estatal? No obstante, cavo en el suelo. Después de que los cuerpos desaparecen bajo tierra, me siento aún más solo.

Dos mujeres y un niño se consuelan entre sí a las afueras de las ruinas de una estación de teleférico algunos metros más arriba de nuestro campamento improvisado. Quisiera que me cobijaran también con su ternura. ¡Nada de debilidad ante ellos! ¡Ni llanto, ni arrullos! Bueno, sí los deseo. Me miran. ¿Dónde dejé anoche el trozo de metal que he usado como pala? Cavar me ayuda a sentirme bien. Estar ocupado bloquea sentimientos inútiles.

Sobre estas cimas, parte de los antiguos cerros orientales, donde alguna vez hubo páramos y hoy yacen templos destruidos a modo de antenas de dones espirituales, se están sofocando los condenados. ¿Acaso permitiré que todo acabe para mí? Debo resistir. Fantaseo con estar lejos de aquí.

Froto mi sien con insistencia. Me doy cuenta de que la he hecho sangrar. Veo la mancha en mi dedo índice y lo chupo. Siento en la lengua esa porción proveniente de los vasos sanguíneos. Camino con cuidado evitando ser tocado por una de las olas que chocan

pesadas sobre las playas estrechas. Gota salada, océano interno, soy vitalidad, soy rojo, soy sangre. Otros morirán, seré el único al que los rescatistas encontrarán con vida en un día de cielos despejados. Rojo, me despabilo.

Hallo mi pala, parece refulgir con brillo propio. Recuerdo el cadáver de la chica que murió desangrada hace algunas horas. Duermen los demás; el ritmo de roca hirviente es testigo de mis pasos que se dirigen a la cima, cavan y encuentro la carne que necesito. Palpo su piel tersa, rasgo sus muslos, los jirones entran en mi boca, no está mal, podría ser mejor, trago bocados, mastico. Palpo su cuerpo y me estimulo un rato. Masturbo y penetro. Luego, hago otra incisión con mi herramienta en su bajo vientre. Unto mis manos, poso mi boca sobre esa fuente carmesí mientras presiono alrededor de la arteria astillada. Sudo, impacto músculos mientras voy y vuelvo tomando pedazos.

Una vez he cortado las tajadas del banquete, me acerco a una orilla donde la lava se enfría pero aún conserva un poder tangible y extraordinario para dar calor. Ubico algunas de las piedras menos calientes y sobre la masa humeante y oscura extiendo los trozos de órganos. Estos se asan, sonrío, cuánto alimento hay en nosotros: pulmones, cerebro, hígado, riñones, mamas. Engullo, estoy casi desnudo entre esos vapores. Mi mente y el entorno se despejan. Disfruto la carne tersa, proteína valiosa. El cuerpo incompleto es devuelto furtivamente a su respectiva fosa. Con el calor que hay alrededor es imposible conservar tanta delicia.

Veo pasar delante de mí a una mujer embarazada con una lata de Ensure. Recuerdo el sabor de los baby beef, la carne blanda y jugosa. La sangre mezclada con ese polvo debe saber a manjar de dioses. Ocho meses de embarazo, rostro magullado, voz ronca, culo generoso. Deseo sus tetas y su cría. Cuando ella duerma algo filoso rasgará su cuello. Aunque en realidad el asunto está difícil, la maldita desconfía de mí. Sospecho que porta una navaja. Cambio de plan: Tuve que deshacerme de otros cuerpos sin aprovechar una mínima parte de su carne para evitar conjeturas. Qué desperdicio.

Con los días gano la confianza de la perra encinta y de las otras dos mujeres sobrevivientes. Les traigo carne humana y las convenzo de comer. Llevo conmigo a la preñada cerca de las ruinas con la excusa de mostrarle algo que nos puede ayudar a conservar mejor las escasas porciones. Allí, detrás de un montículo he cavado un hoyo en la tierra. Cuando nos detenemos un rato para descansar en la subida y me le acerco, intenta apuñalarme. Agarro su brazo, ella inclina el filo y rebana una parte de mi muñeca. Le doy un cabezazo dejándola inconsciente. Lamo mi mano, presiono el pellejo de la piel desgajada. Degüello a la muy puta, le abro el vientre, rompo la placenta, veo al feto, lo tomo y lo paso a cuchillo. Bebo de su sangre, refresco mi gaznate. Mi herida gotea sobre la sangría de ambos que yace en el agujero a ras del suelo.

Retiro el botín de carne y órganos y lo escondo en un rincón dentro de la iglesia, bajo ramas de arbustos secos. Arrojo sus esqueletos a la corriente a corta distancia, cerca del borde. Bajo un poco más, aso y mastico la carne del recién nacido. Me parece insípida, la sumerjo en el hoyo, sabe mejor salada por el aliño rojizo. Cuando termino, me acerco al límite y toco una piedra caliente para cauterizar mi herida. El dolor hace que desee el desquite. Voy a cazar y a prepararme para el día de cielos azules en que vendrán por mí. §

Rafael

Por Juandiego Ávila

Bogotá, 1998. Estudiante de Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital. Docente. Hizo parte de la antología *Hilos del destino* de la editorial Aquelarre. Estudió Escritura de Guion de Cine y Televisión en el Sena.

—Te voy a contar un secreto, pero muy muy bajito para que no nos escuchen, vamos a hacer *shhh* pasito si alguno de nosotros hace ruido… ¿Bueno? Hagamos así: *shhh*, con este dedito cerca de la boca, *shhh*. Te voy a contar cómo me volví el campeón mundial del escondite.

—Mi mamá dice que si uno se esconde por mucho tiempo es porque pasó algo malo. ¿No tienes hambre o frío? No me gustan las escondidas. Mi hermano pequeño se perdió por mucho tiempo.

—¡Pero las escondidas son muy divertidas! No recuerdo cuándo fue que empecé a jugar pero es muy bonito que después de todo este tiempo tanta gente aún quiera encontrarme. Nunca me sentí tan querido como cuando me fui. Mi madre no era muy feliz conmigo y a cada rato me decía que yo le había arruinado la vida. ¡Entonces se me ocurrió una gran idea! Si me escondía por un largo tiempo ella

me extrañaría y estaría feliz de hallarme. ¿Por qué estaba asustado tu hermano? ¿Fue porque vio un monstruo?

—Sí… Corrió a esconderse al parque y allí se encontró con… un monstruo de ojos color azul oscuro que le dijo a Rafael que conocía el lugar perfecto para que se escondiera.

—No hagamos mucho ruido que de pronto nos encuentran y perdemos el juego. Eso es: *shh shh shhhh shh*... Así como te enseñé, eso es, qué bonito. Ahora sí. Continúa con la historia.

—Caminaron muy lejos, llegaron al pie de la montaña en el que había un hermoso jardín con todas las flores que el monstruo había plantado. Y en medio de ese jardín había una cueva del tamaño de Rafael. "Antes de que te escondas", le dijo el monstruo, "¿jugamos a las atrapadas?". Mi hermano asintió muy emocionado y jugaron toda la tarde. Las garras del monstruo le quitaban algo de ropa cada vez que lo atrapaban. ¿Qué te pasa?

—¡Yo sé qué pasa después! A mí me pasó algo parecido. Creo.

—A ver. No creo que sea la misma, pero cuenta.

—Rafael y el monstruo jugaron toda la tarde. Tu hermano quedó cansado y lastimado por las heridas que le hacía el monstruo al atraparlo. El monstruo le pidió disculpas y lo besó en todo lugar donde estuviera lastimado. Rafael le dijo al monstruo que quería dormir y caminaron juntos a la cueva para que pudiera descansar muy cómodo.

—Sí, algo así. Después de asegurarse de que estuviera durmiendo muy quieto, el monstruo plantó la más bella flor sobre la cabeza de Rafael. ¿Conocías esta historia?

—¡Sí! Se parece mucho a la que te estaba contando. Un amigable monstruo me enseñó ese jardín.

—¿Te cuento cómo encontramos a Rafael? Bueno, estuvo escondido un mes y todo el mundo lo buscaba: la policía, mi mamá y yo, que hacíamos lo imposible por hallarlo. Hasta que un día alguien nos contó sobre un extraño jardín. Así me lo contó ella: un extraño jardín.

—*Shhh*, habla pasito que hay gente pasando. *Shhh*, son muchos. ¡Qué emoción!

—Todos llegamos allí de inmediato, nos dijeron que las flores estaban hace poco y que sonaban cosas raras antes de que las plantaran.

(—¡Consigan una pala! ¡Rápido!).

—Todos se apuraron y en poco tiempo empezaron a cavar, a quitar cada una de las flores.

—Ya no me gusta esta historia. No me cuentes más. Creo que nos descubrieron.

—Cavaron bajo las flores y encontraron muchos niños. Estaban pálidos y fríos, y ya estaban cansados de estar escondidos. Rafael también estaba pálido. Pero parecía feliz, dijo mi madre.

—Te dije que no me gusta esa historia. Cállate que nos van a encontrar. Cállate. *Shh, shh.* Cállate que están cavando. *Shhh*... ¿Me oyes? §

Feliz día, mamá

Por Cristina Rodríguez Chaves

Nació en Bogotá en 1964. Profesional en Comunicación Social por la Universidad Externado. Hizo parte del Taller Permanente de Investigación Teatral, bajo la dirección de Santiago García. Se especializó en pedagogía de la lúdica y gerencia de proyectos educativos. Profesora universitaria, directora de teatro y actriz.

Con mis amigas habíamos quedado en traer herramientas y elementos de aseo para arreglar el salón. Mi maleta pesaba más que todos los días: llevaba un martillo, lija y un pedazo de vidrio, además de una bolsa llena de piedras de todos los tamaños para jugar a la golosa.

Al llegar al salón saqué el martillo y clavé las tablas del pupitre, usado como trampolín, cueva, montaña y cuanta cosa se nos ocurriera. Angelita se paró sobre su pupitre y se puso a pintar en la pared con unos pinceles. Marcela, por su lado, había llevado una esponja y jabón; lavó las ventanas y el tablero. Cada quien tenía un oficio qué hacer, pero había que dejar el salón de 3º-A como el más bonito; había que sorprender a nuestras mamás, que vendrían al siguiente día a su celebración. Yo quería que mamá estuviera feliz.

Al terminar la limpieza, la profesora llamó a Ángela, le untó el pie de color rojo y se lo hizo poner en una cartulina rosada; a Marcela en una amarilla y a mí en una blanca. Había que pegar la

huella sobre una cartulina negra que la profe había recortado con una tijera de zigzag, y luego teníamos que pegarle confeti. Nosotras hicimos una tarjeta con las hojas calcantes del cuaderno de dibujo. Ángela pintó un lindo oso con su hijito; Marcela una rosa gigante que ocupaba toda la hoja. En cada pétalo escribió el nombre de su mamá. Yo dibujé un tigre de bengala con su bebé caminando entre unas largas ramas verdes. Luego pegamos nuestras tarjetas a las huellas con un pedazo de cinta roja que la profe nos regaló. Cuando todas terminamos el trabajo manual, la profesora los recogió y los guardó en el armario. Sonó la campana de salida media hora más tarde; ya estaba oscuro. Por primera y única vez salimos con calma, para no dañar el brillo del piso.

Angelita y yo subimos a la misma ruta, hablamos del baile y la fonomímica que íbamos a presentar al otro día. Quedamos en usar una falda azul de prenses, zapatos de trabilla negros y la blusa blanca del uniforme. El sanjuanero no tenía problema porque una compañera pertenecía a un grupo de danzas y nos iban a prestar el vestuario. Nos quedamos dormidas hasta que la monitora de la ruta llamó a Angelita; ya había llegado a su casa y su mamá la estaba esperando en la puerta. La monitora le contó a la mamá por qué habíamos llegado tan tarde.

Yo estaba muy cansada, había sido un día de mucho trabajo y hubo trancón en el camino. A mí no me esperaban nunca y era la única niña a la que recogían y dejaban lejos de casa; además, era la penúltima en bajarme. Cuando llegó el bus al paradero, me bajé casi dormida y hacía frío. Cogí por el mismo camino de siempre, el del callejón angosto donde solo cabía una persona. Era el más directo para llegar a la casa rápido. Me faltaba atravesar una cuadra cuando apareció un señor, me preguntó por una dirección y el nombre de una señora. Yo le respondí que no sabía.

Continué avanzando, el señor me adelantó y se paró frente a mí, se acuclilló, me siguió preguntando cosas, me agarró fuerte del brazo izquierdo, me dijo al oído que no fuera a gritar y con la otra mano me cogió las trenzas. Yo estaba inmóvil, miré hacia las

ventanas de las casas, pero las luces estaban apagadas. El señor me seguía hablando, yo no entendía nada, me acercó hacia él con fuerza, no había nadie en la calle, tenía un olor muy fuerte a perfume de hombre, me estaba dando mareo, puso su rodilla en medio de mis piernas y me cogió la rodilla, subió la mano. Sacudí mis trenzas pegándole en la cara al señor y en un solo movimiento le puse un maletazo en la nariz. Gritó, me soltó y salí corriendo. Cogí por otras cuadras, me metí entre un jardín lleno de matas, me agaché tras un arbusto y al buen rato lo vi de nuevo. Pasó muy rápido mirando hacia los lados, se limpiaba la nariz ensangrentada, dio vuelta por la esquina de la cuadra del frente. Esperé un rato más y salí corriendo del jardín. Tuve que devolverme una cuadra para reanudar el camino que me sabía para llegar a la casa.

—¿Dónde andaba? ¡Mire la hora que es! Se queda jugando y no le importa nada, ¿no? —me gritó mi papá, enfurecido, y me entró dándome un golpe en la cabeza.

Mi mamá también estaba brava, me regañó por la hora de llegar. Mi abuelita fue la única que me saludó y me preguntó cómo me había ido en el colegio y si estaba bien.

—Sí abuelita, bien —le respondí mirándola a los ojos, a ver si entendía que no—. Di la vuelta y me fui al cuarto con los ojos encharcados, me quité el uniforme y me di cuenta de que tenía los interiores mojados. No entendí qué había pasado, porque no estaba lloviendo, me cambié y los metí en el cajón del armario para que mi mamá no los viera. Me puse la pijama y me sequé las lágrimas.

—Mabel, a comer —gritó mamá.

Llegué al comedor sin ganas de probar nada, cuchareé un buen rato, mi papá me miró con ganas de pegarme, decidí comer con rabia y miedo a la vez. Estaba terminando la sopa cuando escuché un grito de mi mamá desde el cuarto:

—¡Cochina! —Quedé paralizada con la cucharada de sopa en la mano—. ¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde estaba metida? ¡Mire cómo volvió la ropa! —le dijo a mi abuelita—. Mire, mamá, quién

sabe con qué untó las medias, china horrorosa. ¡Se va a lavar esto ya! ¡Cochina!

Me entregó las medias, una estaba untada de pintura roja. Me fui al lavadero y en la oscuridad del patio lavé mis medias con jabón y lágrimas confundidas con el agua. §

La niña que saltaba la cuerda

Por Jorge Andrés Monsalve Eraso

Nació en Pasto en 1978. Estudio Comunicación Social y Periodismo en la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Realizó diferentes diplomados afines a su carrera y participó en distintos Talleres Locales de Escritura Creativa. Trabaja en su primera compilación de cuentos.

En memoria de esos niños y niñas
a los que les silenciaron su voz.

—Quédate en silencio mi pequeña saltarina, vamos a dar un paseo —le escuchó decir Dalia al hombre que la tomó del brazo y la introdujo en un automóvil azul oscuro. Acababa de cumplir siete años cuando la raptaron.

Después de asesinarla, su agresor arrojó los guantes de látex a la basura, incineró la ropa de la pequeña y limpió el piso manchado de sangre. Destapó una cerveza y se sentó en el sillón para ver un partido de futbol. No sintió remordimiento, ni le temblaban las piernas; no era el primer crimen que cometía.

Como era habitual en él, en la noche regó las plantas de la terraza, probó un bocado de comida y, tarareando una canción infantil, apagó las luces del corredor y durmió como si nada hubiera ocurrido.

Todas las mañanas pasaba frente a la casa de la niña en su carro azul oscuro. Se estacionaba en una esquina y la veía salir de la mano de su padre hacia el colegio. A las once del día se estacionaba frente al parque donde los niños tenían su recreo. Desde el interior del vehículo y con unos prismáticos veía cómo Dalia saltaba la cuerda. En ocasiones pasaba caminando a cierta distancia, con los ojos fijos en la pequeña que alegre brincaba.

A las dos de la tarde dejaba su vehículo a unas cuadras y veía cuando la niña, acompañada de la criada, regresaba de estudiar. Dalia no dejaba de saltar su cuerda violeta riendo sobre la acera.

El fin de semana conocía la hora en que Dalia salía al parque con sus padres, Armando y Ester. Escondido entre los arbustos la veía saltar la cuerda y sin ser visto escuchaba el eco de su tierna voz —♪*Este es el libro del abc*♪; letra primera, letra después: ♪*a, b, c*♪ —cantaba Dalia sin detenerse ni tropezar. Después de saltar, la veía comer un helado o un algodón de azúcar.

Con gran regocijo, los domingos en la tarde, Dalia esperaba la visita de su tío Efrén. Para ella significaba golosinas, juegos y mucho cariño. Su presencia en la casa era un hábito sagrado, y cuando él no iba ella entristecía.

—¡Mira lo que te traje mi pequeña saltarina! —le dijo Efrén a su sobrina, un domingo, obsequiándole una cuerda color rosa porque se acercaba el día de su cumpleaños. Feliz, Dalia abrió aún más sus ojos verdes, grandes como uvas, y sonrió con un brillo especial. Él la abrazó, le dio un beso en la frente y pasó la mano por sus doradas trenzas. A la hora de la cena, como era costumbre, Efrén se sentó junto a ella y entre charlas, risas y anécdotas acarició el cabello rubio de la pequeña, que comía entretenida.

Cierta noche, después de dejar su auto en la cochera, el homicida apagó las luces del corredor y entró a la habitación para dormir.

Como le era habitual, regó las plantas de la terraza y tarareando una canción infantil se echó en la cama. Pasadas unas horas, un curioso ruido interrumpió su sueño. Guardó silencio y escuchó con atención el correteo de pequeños pasos en el oscuro pasillo de su hogar. Creyó que se trataba de algún ratón merodeador. Después de unos minutos abrió de nuevo los ojos al oír que alguien, en medio de la oscuridad de la sala, brincaba. Prendió la lámpara de noche y movió su cuerpo desde la cama intentando examinar la penumbra, pero no observó nada extraño. De nuevo se volvió a dormir hasta que asomaron los primeros rayos de sol.

Una mañana, el tío Efrén fue hasta la casa de su hermano para preguntarle en qué iba la investigación por la desaparición de Dalia. Compungido, Armando le comentó que aún no daban con el paradero de su hija, ni había rastros del secuestrador.

—Ester y yo estamos desesperados —le dijo a su hermano. A modo de consuelo, Efrén le dio unas palmadas en el hombro y le dijo: yo también extraño a mi pequeña saltarina. Mantenme informado.

Al anochecer, el asesino destapó unas cervezas y vio la televisión recostado en el sillón de su sala. Antes de regar las plantas e irse a descansar, sacó de su billetera una fotografía de Dalia: ¡Ah, mi pequeña saltarina, eras tan hermosa! —dijo deslizando su mano por la arrugada foto, y la guardó en el bolsillo del pantalón.

A mitad de la noche se despertó abruptamente al escuchar de nuevo a alguien que saltara una y otra vez. Encendió la lamparilla, miró hacia el oscuro pasillo y no logró ver nada. Luego, el llanto desgarrador de una niña lo hizo sobresaltarse y se levantó de inmediato de la cama.

Agitado, caminó hasta el pasillo, envuelto en la lobreguez de la noche y encendió las luces sin divisar nada extraño. Restregó sus ojos y bostezando apagó los bombillos. Cuando se dirigió a su habitación escuchó detrás de él los saltos de alguien y el golpeteo de lo que parecía ser una cuerda contra el suelo. Se dio vuelta para ver de qué se trataba, pero nadie estaba ahí, nadie más que él.

La siguiente noche, el sueño del criminal fue interrumpido por el llanto inconsolable de una niña y el sonido permanente de sus saltos de cuerda. El no veía a nadie en la oscura sala, pero sentía que lo observaban. Cerró los ojos tratando de conciliar el sueño, pero fue imposible.

—Tú tampoco te ves muy bien —le dijo Armando a su hermano Efrén, una tarde en que lo visitó queriendo saber algo sobre la investigación por la desaparición de Dalia. Las ojeras, la palidez de su rostro y la debilidad de sus pasos lo hacían ver enfermo.

—No he dormido bien estas noches —respondió Efrén y, despidiéndose, caminó hacia su carro azul.

El sol se ocultó. El hombre que segó la vida de Dalia apagó la luz del cuarto, después de inspeccionar que no hubiese nada fuera de lo normal en su vivienda; sus manos evidenciaban un pequeño temblor. Sobre el nochero puso un revólver y cerró los ojos. Bastaron solo unos pocos minutos para que su mente fuera atormentada de nuevo por aquel incesante sonido de una cuerda rasgando el piso, los saltos y el eco del llanto desaforado de una niña. Encendió la lamparilla y apuntó a la nada el revólver.

El ruido de unos pies saltando a la cuerda se acercaba, intensificaba su velocidad, acompañado del llanto amargo y la voz entrecortada que cantaba: ♪*Este... es el libro… del... abc*; *letra primera, letra después*; *abc*♪. El hombre se puso en pie y disparó en varias direcciones.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —decía en medio del delirio. En cuestión de segundos, la visión de una niña ensangrentada saltando la cuerda se hizo real y palpable. Reconoció sus ojos verdes y grandes como uvas frescas, su cabello dorado teñido de carmesí y su rostro inocente y angelical.

—¿Dalia? ¿Cómo? ¡Yo te maté! —gritó el hombre disparando de nuevo.

Además de Dalia, emergieron de la penumbra Felipe, de cinco años; Cristina, de ocho; Lucía, de diez. Al verse rodeado, corrió dirigiéndose a la terraza para intentar liberarse.

—¡Ya basta! ¡Déjenme en paz! —gritaba perdido entre las alucinaciones que lo acorralaron hasta una de las esquinas de la terraza. El hombre tropezó cayendo al vacío, estrellando su cuerpo contra el pavimento.

La policía llegó al lugar, alertada por el vigilante del sector. Al inspeccionar la vivienda encontraron en un oscuro y húmedo cuarto, los restos de niños y niñas arrumados en bolsas. Al abrir la cajuela del auto azul oscuro hallaron, envuelto en una manta, el cuerpo inerte y desnudo de Dalia con signos de tortura y encadenada de manos y pies. Una cuerda de saltar color rosa apretaba su cuello y su apagada sonrisa resaltaba entre un líquido rojizo y seco.

A la madrugada, Armando recibió una llamada de las autoridades informándole que habían encontrado el cuerpo de Dalia en el auto de su hermano Efrén. En su declaración a la policía, el vigilante de la cuadra dijo que mientras Efrén agonizaba sobre el pavimento no dejaba de nombrar a Dalia, asegurando entre sollozos que veía a una niña ensangrentada que saltaba la cuerda frente a él. §

§

§

Poesía

§

Mito y Tragedia

(De *Ecfrasis*)

Por Inés López Ramírez

Nació en Cúcuta en 1959. Licenciada en Ciencias de la Educación de La Gran Colombia. Además de participar en este taller, ha participado en el de Creación Poética de Idartes y en el de la Casa de Poesía Silva.

Venus de Luz y Ensueño,
Cronos tiende un puente milenario
entre las dos.

Símbolo del amor y la belleza, la mano del artista te cubre
como a mí
la benévola tragedia.

Descendiente de dioses, parida por el mar,
en concha-nácar llegas.
Y yo, parida por el barro asida a humanas manos.

Nuestro nacimiento inmortalizado:
Tú, por mito y leyenda,
plasmado en pintura secular.

Yo, por furia de Natura y exacta
y fugaz precisión fotográfica. §

El nacimiento de Venus, Boticelli, 1485

La Venus de lodo, foto Felipe Caicedo, 1985

Plano secuencia

Por Laura Marcela Gómez Duque

Nació en Bogotá en 1996. Trabajó en San Victorino en una empresa familiar. En 2016 realizó un taller de escritura creativa dirigido por Guillermo Zúñiga en el Centro de Desarrollo Artístico Compaz; actualmente hace parte de un colectivo de escritura creado junto con otros autores de este taller de escritura de Idartes.

La decadencia la cargo en los pies y los miro.
Tengo varios animales muertos,
colillas untadas de labial,
charcos de agua estancada,
trozos de lo que en algún momento debió ser comida;
rastros de sangre que van de la doce a la trece,
escupitajos.

Se arrastran las voces tras de mí,
tras el sendero que he trazado para reconocerle.
Reconocer qué es, a pesar de las máscaras de miseria
con las que se oculta a diario.

Levanto la mirada y tropiezo al instante con otra;
levantar la mirada cuesta el alma. §

9:00 a.m.

Por Vaitiere Alejandra Rojas Manrique

Nació en Caracas en 1988. Licenciada en Comunicación Social, mención Comunicación para el Desarrollo Humanístico, por la Universidad de los Andes (Venezuela). Ejerció el periodismo cultural e institucional en su país. En 2018 migró a Bogotá, como parte de la diáspora venezolana. Actualmente es docente de francés.

Te desperté
para liberarte de la frugalidad
de nuestras vidas migrantes,
sin nevera llena de frutas y golosinas,
sin televisor ni radio con qué pasar el rato,
sin los libros que perdimos y vendimos,
sin tus juguetes que no cabían en las maletas de lo necesario.

Cuando comiences a saber
de las cosas de este mundo,
déjale el miedo a mi pecho
y trae a esta vida tu sonrisa de otros mundos.

Por ahora, déjame vestirte
para que comas y juegues en el jardín.

Cuando comiences a saber,
solo te diré
que lamento haberte traído al mundo
en estos nuestros tiempos de incertidumbres,
de abandonos y de miserias rojas,
de maletas repletas del vacío de lo que no pudimos empacar.
Pero más lamentaría no haberte conocido.

Algún día te contaré
que la esperanza es bonita,
que se vuelve hermosa cuando uno la contempla
con los ojos arrugados de sal.

Y con esos ojos te veo jugar
en tu habitación rosada
repleta de muñecas, casitas y tacitas de té.
Se hace de noche.
Te digo que ya es hora de dormir;
tú te acuestas,
yo te cubro con mullidos edredones,
te acaricio el cabello.
Tú me pides que te lea un cuento.
Me siento junto a tu cama,
en una silla blanca de madera,
tomo un libro
de los diez que amontonamos
sobre la mesita de noche,
te leo y tú sueñas despierta,
mientras mi voz te vuelve pesados los párpados
y tu boca sonríe con la paz
de quien no está en este mundo. §

Dolombia

Por Marvan Szekely Helberger

Nació en Bogotá en 1980. Esperaba nacer a orillas del Danubio o en la Selva Negra, al sur de Alemania. Investiga en el hacer y en la práctica de equivocarse machucándose los dedos y haciendo tachones. Su identidad es el mejor accidente de su vida: por lo general lo saludan en inglés o le dicen *míster*. Aprende de lo que no se enseña en ninguna parte.

Tengo dolor de nudos, me duele el punto bobo, me duele la patria y su partida a los pedazos.

Tengo dolor de rabia, dolor de tribu. Me duele el llano, la axila, la Guajira, El Cesar, mi Guainía, Vichada, Putumayo, mis guayabos, mis naranjos, los robles y los tuyos, aquellos cedros, la ceiba de mis ojos, el nazareno de hebras suntuosas violetas como flores del flor morado, el zapán callado y duro, el marfil de blanco paz, el guayacán con yemas, el arrayán y la sombra del samán… Toda mi selva y la geografía en la autopsia de mis manos. Tengo un nudo de aortas en los ríos y un ramo de orquídeas apenado entre las nieblas.

Lagunas ahogadas en sequías y saqueos, me lloran las etnias y el incendio de mis aguas, me duelen mis climas en fiebres deliradas, me duele mi locura de ser tan bella y pisoteada. Me duelen

mis alas, mis ramas, mis brazos, mis troncos y mis piernas. Tengo un nudo de sexos estériles seduciéndose entre espejos. Tengo los años del tiempo destrozándose en segundos y los pulmones sin aire sollozando a los manglares y jaguares.

Me duelen mis ausencias, mis dantas, mis armadillos, el tití, los bebeleches y el mariquiná. Me tallan las muelas y los dientes, tengo dolor de montañas, me tengo entre nudos que se me ahondan en profundas grietas. Me llora la estampida que me deshilacha el suelo, tengo fétido, tengo flácido y tengo sarros y bizarros. Me rasca la costa, el apéndice y la isla. Se me descose la nostalgia de tanto extrañar mis bosques. Tengo vacíos en la voz, me explotan flemas cuando recuerdo hablar al tinamú, a las moradas ninfas, a los zafiros de colas doradas, al manglero colibrí, a los pechiverdes y a las cacatúas.

Tengo un nudo de páramos enlagrimados sin anteojos. Me duelen los ojos y las fosas.

Y lloro a cielo abierto. Tengo dolor de botas, dolor de signos, se me hinchó el escudo.

Me arde el cóndor, tengo mareo de mar y un complejo hastío de laureles.

Tengo síndrome de prócer, adicto a la urna. Tengo un nudo de órdenes, tumores y temores.

Me duele el codo, el godo y el godazo.

Me duelen los gobernículas apostando los potreros y matando a los obreros. Me dan vómito los bobazos atando voces, matando tantos y festejando sus buenos muertos. Con razón y con desquicio me duele el corazón. Me duelen dolores y consuelos, dolores de bruta fuerza y consuelos de terco aliento. Nudo de metales como afán de herraduras amarradas a la prisa. Nudo de metales como máquinas furiosas socavando en la pobreza. Nudos de carne encarnando los cañones. Nudo de represas, nudo de garganta seca, y esa sed que no cesa en calma, ese cauce donde ahora caduca y me deprime el Cauca.

Nidos y nudos de nervios y soberbios. El rato de las ratas sin fe en los errores, las águilas teñidas de negro y las nubes de humo en yarumo para el mal del humor del cielo. Me voy en vértigo al abismo de las leyes y sus excusas sombras de pecado. Me duelen las ampollas del sendero. Voy con la prisa que sufre mi dolor a cavar otro cielo, y con el blanco oscuro y más puro a tallar otros tiempos, con otra cólera, otra franja sin bandera.

Soy dorada y tan boba que me visto de bella y me pagan por puta.

Soy inocente y me confunden culpable.

Estoy viva de rugientes humedades, me desparramo excitada, me dejo de todos y así me dejan.

Tengo entre montañas, entre piernas un parto de trópicos que mueren cuando nacen.

Tengo un nudo delirante, amnesia y purga de placer. Tengo erectos mis pezones y desde mis cumbres derramo leche como cristalinas inocencias. Tengo un hijo muerto, otros secos como desollados llantos mudos, sordos y ciegos que no lloran sus olvidos. §

Las botas de la guerra

Por Yazmín Almanza Callejas

Nació en Acacías y creció entre Villavicencio y La Cuncia (Meta). Estudió Comercio Internacional. Ha participado en varios talleres locales de escritura creativa con Idartes y el TEUC de la Universidad Central. Ha publicado un poema en la revista independiente *El errante insaciable* y una crónica en el libro de crónicas de Idartes.

Por debajo de la puerta
Las botas de la guerra
Los vemos caminar,
los sentimos caminar
Nuestro patio los alberga
Se hidratan con nuestra agua
Con su dedo índice en la boca,
nuestra madre implora
Que no lloremos
Que no lloremos
Alguno de ellos mueve su fusil
El perro chilla
¿Qué hacemos con los niños asustados?
Patean al perro y se van camino abajo

Nadie duerme
Amanece en este pueblo,
y al mismo tiempo que los gallos cantan,
se escucha a lo lejos estallar una granada. §

Elegía para una segunda madre

Por Alejandro Morales

Alejo Morales (Bogotá, 1993) estudió varios semestres de la Licenciatura en Física y de la de Humanidades y Lengua Castellana en la Universidad Distrital; de Ingeniería Física en la Universidad Nacional; y de Antropología en la Universidad de Caldas. Ha hecho parte del taller de poesía de Biblored *Furia de Pájaros* (2015) y del de Poesía de la Casa Silva (2017).

Nadie comprendía el perfume
de la oscura magnolia de tu vientre.
[Federico García Lorca]

Abuela
desmantelado
como el viejo gramófono
que emite su tristeza
por los cuartos sin ventanas de la soledad
te hablo
escribiéndote en el lugar
donde ya no te encuentras

donde solías estar como una manifestación
de lo sagrado e infantil
y donde ahora arrugas de dolor se arquean
para formar una sonrisa
Abuela, ¿acaso le preguntaste al sol qué había sido de tu nieto?
Aquí estoy
recorriendo como liebre enloquecida
los pequeños silencios de tu casa
con tu piel vacía abrazando mi espalda
cuál cáscara que pende de los brazos del otoño
allí, donde sin sentido mi corazón escarba
el oscuro vientre de una fotografía
buscando algún indicio que me lleve hacia tu rostro
Pero, ¿dónde encontrarte,
más que en esta orilla que se aleja
que hacia otra parte nada cuando me acerco?
Remo desde mí mismo
hacia algún lugar perdido en el ocaso
buscando toparme con la barca hundida de tu mirada
buscando, con los remos partidos de mis brazos
la tibieza de tus manos al otro lado de la noche
Abuela, acariciabas mi cabello con tus manos blancas como medusas
¿te acuerdas? tu piel era arena lavada en luz
y tu rostro brillaba como lámpara japonesa
a dos centímetros de mi cuna
Pues estuviste allí
cuando salí de la mezquita hecha añicos de mi madre
envuelto en la manta roja que hilaba su cuerpo
y me recibiste en vez de papá
Eras como un Calipso en la noche
siempre a punto de romperse en las Antillas de mi cuarto
Un canto llevado por las profundidades del viento hasta mi oído
con piedras calientes en los ojos
y un aliento capaz de levantar el mar como una página

Me regañabas cuando le decía a mi abuelo,
Morirás como un dios o como un templo que ha de durar siglos
y tu vida pervivirá como un gran mito entre el canto de los pájaros
Pero cuando el viejo
se partió como una banqueta
por el peso acumulado de sus años
lo asumiste, estabas lista para ser descamada
como el cigarrillo que quemó la boca de tu hija cuando moriste
Ese martes, lleno del hálito ruinoso de las iglesias
entre una corona de brasas y un vestido de humo quedó sepultado
tu nombre
Abuela ¿dónde dejaste *ese corazón de niña campesina*
ese corazón que supo madurar como una inmensa mora
entre montañas de plomo fundido
que vio a todos los hijos caérsele de los dedos
cual hojas podridas
y a su nieta con la identidad partida
llevar sus trenzas como dos insignias nacionales
dónde quedó
ante la palabra cáncer
irradiando como una estrella
en el alto cielo de las radiografías?
Lo cierto es que abuela
sintió una luna fracturársele en los ojos
y en sus venas
el sonido de una larga varilla arrastrada por el suelo
Mientras las hojas caen de los árboles el cuerpo cae del alma
Decías, con tu pequeña boca de gato albino
abriéndose y cerrándose como la mano de un sordomudo
momentos antes de ser cortada
Pero al final, tu alma, torre rota incapaz de comunicarse
sino a través de un párpado caído
(que abrías de vez en cuando como la puerta de una celda)
se despegó violentamente de tu cuerpo, como una lámina

lista para que el hijo de un ángel pudiera
pegar en el correspondiente álbum del cielo
Abuela
los médicos te tomaban como a una cerilla
exponiendo tu cabeza a todas las llamas
Ellos te envolvían en una bolsa blanca
y te quitaban la pintura del nacimiento
dejándote desmadejada como un cubierto
sobre el largo mantel de la cama
Y yo que me corté las uñas hasta sangrar, para no herirte
porque tenía miedo de tocarte
de que te desmoronaras ante mí
como un monumento hecho de tus más preciados huesos
blandos como algas decían los médicos
blandos como el corazón de una ballena herida por el agua
blandos como el carácter de mis tías
cuando les dijeron que no había nada qué hacer
mientras miraba a través de la tela negra que cegaba tus ojos
y veía cómo el cáncer te ganaba la partida abuela
ese cáncer que desde el fondo de tus ojos
miraba su rostro en el agua de hierbas
dejando caer finas cáscaras de sangre
como pétalos sobre un estanque vacío
Ese cáncer al cual entregaste tus cabellos
Tus cabellos que eran renglones donde el tiempo
se sentaba a escribir la plana de los días
donde se arremolinaban para regar su luz
las primeras
estrellas de la mañana
mientras madre cepillaba tu cabeza como a esas muñecas
que se desechan cuando acaba la infancia
En cedazos de pino negro
tocaba para ti el niño azul dormido en tu vientre
el niño que golpeó la campana de tu pecho hasta volverla roja

hasta dejar tu sombra como una niña inválida
sobre el fregadero
Y la muerte
hincando los colmillos en tus pómulos
Y la muerte atropellada en tu garganta
entonando el cántico de un dios vencido
Y la muerte enroscándose
en cada una de tus heridas
como la plegaria de un sacerdote
para el cuerpo que ya no tiene salvación
Y la muerte que me previno en la calle
como una mujer herida por la divinidad
con los nervios arrancados como cabellos
por la incesante melodía de las bombas
El color de la cara se le caerá hasta podrirse, me dijo
Y un día también me caí de su piel
Y un día me levanté de mi soledad
para irme a morir con ella
Y un día apagué las luces del mundo para gritar
Morir es un país que amabas
Y esa noche la muerte vino con tu rostro hasta mi puerta
señalándome con la mirada
el lugar de mi tumba. §

Incendios y Cristal roto

Por José Vicente Gualy

Nació en Bogotá en 1992. Estudió Literatura en la Universidad Nacional. Participó en el taller de escritura creativa "Introducción a la dramaturgia" de Umbral Teatro, en 2018. Actualmente es estudiante de maestría en la Universidad Paris 3 y trabaja como editor y traductor.

Incendios

Mi carne despide deseo.
Quiero consumirme en tu sal.
Pero eres lento y espeso como la salvia
Y no quiero ser una mariposa encerrada en el ámbar.
Frustración.

El deseo ya no quema, pero el tedio incendia.
Espeso humo negro sale de mi pecho.
Mis reproches asfixian, son alquitrán,
mis palabras se elevan y queman con vapor corrosivo.

Resistes, escuchas, estallas.
El fuego te ha alcanzado también,
arde y arrasa,
se alimenta de tu paciencia,
trepa por tus manos,
crepita en tus ojos.
Me encuentro en medio de un bosque en llamas.
No me puedo abrir paso entre las flamas,
cada paso que doy es en falso, cada gesto una provocación.
Me retas, me increpas, me quemas.

Caigo, me angustio, callo.
Te consumes. Me calcinas.
La carne se enfría,
llueve plomo sobre mi pecho,
me ahogo, me hundo, te busco. Resbalas.
La culpa se paga con onzas de lágrimas.

Cristal roto

El peso de su deseo recae sobre mi cuerpo
no puedo con tanto,
me asfixio, me agrieto.
El clímax fue como un disparo.

La bala impactó en mi alma,
resquebrajando su cristalina consistencia en pequeños filamentos
que se adentran en mi carne.
Su disparo hace eco en las cavernas de mi intimidad,
fría y dura como una roca
que emanó brillante e hipnótica
como la lava al comienzo de los tiempos.

Desprotegido
la carne al rojo vivo
hasta la brisa más serena
arde
como un cristal roto. §

De lo recóndito y Jane Chaplin

Por Jonnathan Pastor Jiménez

Bogotá, 1990. Realizador Audiovisual y Multimedia de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Desde 2017 ha participado en varios talleres de escritura creativa organizados por BibloRed, Idartes, Casa de Poesía Silva, entre otros espacios de creación. Su cuento *Gravedad* fue ganador de la primera versión del concurso *Bogotá en 100 Palabras* (2017). Finalista del Primer Concurso Nacional de Poesía Pablo Neruda (Universidad del Rosario 2018).

De lo recóndito

Tío Horacio despierta la mañana con su voz.
Del frío de las montañas lo oigo a él y a su nieto,
cuando la brisa de la ciénaga levanta
las tablas de la casa a punta de susurros.

Los ojos de tío Horacio se abren
como la boca del ínfimo pez guájalo,
abriéndole paso a toda balsa que pesca sin cesar.
Un dedo de cáñamo señala los aleteos del ave multicolor
que recoge el último abrazo del agua.

En las habitaciones de la selva,
ruge un jaguar
el quebranto polvoriento bajo su presa.
Pronto la sombra de una custodia rocosa atrapa
el lugar que traigo a la memoria.

La luz se va
y con ella
la muerte de un sonido ancestral
dibujado en los ojos del pequeño.

El viejo cierra los ojos.
Aquí las nubes ocultan el paraje
por donde el sol aún deambula.

Jane Chaplin

A propósito de una entrevista

Las arrugas se le rompen en los ojos cuando habla de su infancia
el halo de parsimonia amarra del cuello al anhelo
y sobre el aire, un perfume de frenesí.

Me parece verla llorar antes de venir
sufriendo en las celdas de algún cinema del siglo XX.

Un aliento fantasma oscurece sus palabras
provocado tras las palmadas sordas de su padre.
Un hombre que se pierde en las vivas comisuras de sus labios.

La mujer relata. Se expresa rebelde ante los anales de la pantalla.
Chifla. Alguna seña familiar, plena de aire nuestro.
Ya en la tarde, frente a los ojos del mar
sentada en un sillón / extranjero de caribe
guarda una contemplación exquisita
de difícil silencio. §

Poemas de salsa y bolero

Por Estefanía Almonacid Velosa

Bogotá (1991). Periodista y Comunicadora Social de Uniminuto y magister en Estudios Literarios de la Universidad Nacional. Colaboró en *El impúdico brebaje. Los cafés de Bogotá* (1866-2015) del IPC. Sus poemas han sido incluidos en las antologías *Piedras en el trópico*, XVI Encuentro Internacional de Poetas en Zamora (México) y en *10 mujeres cantan a la tierra*, de la Uniagraria. Ganadora del II Concurso de cuento, poesía y dramaturgia de BibloRed en 2013; tercer lugar en el 3° Certamen internacional de poesía *Literarte* (Argentina) y mención de honor en crónica en el 4° Concurso de Escrituras Creativas de BibloRed. Tiene tres poemarios inéditos: *Terracora*, *Organdí* y *Zalamera*.

Bolero de media noche

El dedal se embadurna de aceite de crisantemos
abre atajos en el organdí del florecimiento del pecho.
El encierro en el cofre no ha de durar mucho
los sujetadores volverán en instantes a su lugar.

Lo inquietante sucede en el balcón de media noche
el reloj sofocado en el bolsillo
las luminosidades resurgiendo por la gota que cae en la espalda.
Se acaba una tormenta.
Toña la Negra ha dejado de sonar en la emisora
los dobleces del papel oscuro han terminado.

El sembrador

A Rubén Blades

Jamás había pasado por estas calles un hombre tan despierto.
Con valija, sombrero y pergamino de abogado
se marchó en la búsqueda de Pedro Navajas.
Lo demás lo saben los destinos de todas las caras morenas.
En un encierro El Cantante y en un temblor Plantación adentro.
En esa esquina fue la primera vez que lo vi
fotografiando cortejos y personajes de trajes llenos de cicatrices.
Después lo hallé en todas partes
inclinado en los escaparates con la mirada sostenida
en el punto exacto del respiro para la bocanada.

Cabeza de sol

A Héctor Lavoe

Es la máscara que solo deja ver el respaldo
y luego se pierde por el corredor que se hace trizas.
Héctor es la cabeza del sol.
Lo más impresionante son sus coordenadas
que se rompen y se cosen en la ráfaga de un llanto que se aproxima.
Aparece de espalda bajo el foco

tintinea el zapato al ritmo de la guaracha.
El latir es un niño sentado en una roca bañada por el mar
a lo lejos una mujer llama a Héctor
el canto responde para abrazar el vientre.
Desaparecen los acantilados para ocultarse
el pecho se impone
ha nacido un árbol de loto en su boca. §

Transeúnte y Estancia secreta

Por Abelardo Madariaga

Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital. Nació en Sincé (Sucre) en 1976. Docente de Lengua Castellana. Vive en Bogotá desde 2001.

Transeúnte

Con la tarde
crecen las calles,
pueblan el pavimento.

Soporto el dolor
De los solitarios.
Ebrios de miedo,
En la incertidumbre
De las horas

Transeúnte.

Estancia secreta

Llegas de un
puerto de la noche
a invadirme con tu agonía.

Descalzo desciendo a tus orillas,
ellas me traen otros quebrantos:
no es la metáfora de Heráclito.
Tampoco los del Ganges.

Es el perdido riachuelo de la infancia
Que a la noche llega de otro tiempo.
Como fluidos leves, como espadas. §

Planes y retornos

Por Alejandra Alemán Rodríguez

Nació en Soacha en 2001. Acaba de cumplir 18 años. Estudiante de Derecho de la Universidad Nacional. Ha publicado poesía en la revista *Tinta*.

El vaivén de las horas me genera repudio
el minutero dando estúpidas vueltas,
el segundero siempre ganándole.

Voces emitiendo un voy tarde
Cuando todo pasa demasiado pronto
Corren, giran, y de repente
                paran.
En la ciudad de no adelante por la izquierda
                son el espere su turno.
                su turno de ganar
                de ser el segundero
el empoderado del TIC TAC
Se adueñan torpemente de suspiros

cuando no hay nada más ajeno
Creen que es fácil huirle
cuando esa luz dice próximo cliente
y eres tú. §

Uniforme

Por Fabián Martínez

Nació en Tunja en 1989. Economista de la Santo Tomás. Escribe cuentos, microficciones y poesía. Ha participado en los talleres de escrituras creativas de Idartes en 2017, 2018 y 2019. Sus cuentos han sido publicados en el blog *Sentado en una acera*, en .blospot.com y en el libro *Microfantasías 3*.

And tell me lies about Vietnam
[Adrian Mitchell]

No son frías las mañanas.
Escondí la yerba roja,
huyendo…
Huyendo de una lanza callejera
del plato caliente
donde come la trinidad,
donde el relámpago
se unió a la desnutrición capitalina.

¿Por qué no vienes?
¿Cuándo te son servidos los náufragos de cemento?

Yo abandono
Tú abandonas
Él baila como un muerto
Ella reza sin credo
a la sangre de su vientre.
Ellos se abalanzan
en juzgados hambrientos
de sobornos.

Y nosotros
no sufrimos de fuego.
Somos la caldera.
El epitafio de la niña,
enmarcado en letras anchas:

"Caminan como piedras,
bajan por los cerros,
buscan el sur de su inocencia".

Los apilaban en camiones
y no eran mangos ni mandarinas.
Eran hijos que sufrieron
un juicio cobarde,
en las cloacas de la patria.
A pesar de llevar un uniforme
que nunca se pusieron…
¡Que nunca se pusieron! §

Consolación

Por Cris Tengono

Nació en Bogotá en 1997. Estudia Creación literaria en la Universidad Central. Cursó algunos semestres de estudios musicales con énfasis en canto lírico en la Universidad Javeriana. Editor y director de la revista *Alapalabra* (2018-2019). Actualmente es editor de la revista *Juguete Rabioso*. Ha publicado en distintos medios digitales. También ha realizado talleres de escritura marica, no binaria y cuir organizados por Libros del Armario, Idartes y la Red Comunitaria Trans, respectivamente.

1

En la mañana
Jesús convirtió el agua en vino
multiplicó los peces y nos unió a los hombres.

En la mañana
los montes me llaman
cercando
El alma consolando
Empapando de rocío.

Jesús, el dulce niño, pastor del rebaño
Calor de mi corazón en la mañana
Calor que consume la tierra
Cúpula de delicias
delicias eternas
delicias corruptas.

"Estás de rodillas, pensando en consuelo, pero desde la mañana sabes tu verdadero deseo".

Jesús me enseñó
a pedir perdón
por dar más leña al fuego.

Al medio día el calor del sol
elevándose sobre Bacatá abre sus puertas
dejando atrás
la compañía dulce del pastor
quien desde los cielos
aún no ha podido salvarnos del mal.

Volverá mañana al albor del día.

2

En la tarde
abrí las puertas a las sensaciones
desconocidas para mí
conocidas para otros.

En la tarde
al darle fuego a un unicornio

llevándolo en su cuerno
En mí encendió una llama de esperanza
fuerza y sensibilidad de su espiral.

"Vienes al monte en busca de aquel fuego"

Maravillas en mi mente
a las cuatro y veinte
el humo de la pipa
se levantará

"Te consumé la risa pícara por ver salir del edificio tantos trajes y vidas inconformes"

Mi mente maravillada
convierte las faldas de Los Andes en un Citerón
y allá dirige mis pasos.

"Te llamo entonces para hacerte tíaso con tus amigos"

3

"En la noche
llega a ti aquel placer
de eterno retorno
Entonces te cubriré de nébride".

Mi corazón ardiente sacia ahora su sed.

"Saciará tu sed la unión al tíaso
en cuyo centro me encontrarás
y saludando de rodillas

con las manos extendidas
todo entero
Tú
montado
al toro.

Y yo recibiré de tu ser la unión divina
y yo te entregaré un regalo de vid
mientras golpeas
…Un, dos, tres,
Un, dos, tres…
tu tirso contra el suelo.

Al verte agradecido
Sé que volverás la noche de mañana
Sé que volverás al haber encontrado
la tranquilidad
en la locura”. §

BOGOTÁ CUENTA

Una ciudad entrelíneas

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES IDARTES
BOGOTÁ